

Tierra Adentro

Enrique Finot

Finot, Enrique

Tierra adentro

292p., 12,5 x 18,5 cm.

Ministerio de Culturas y Turismo. La Paz, 2014.

1ra Edición: Editorial Ayacucho, Buenos Aires, Argentina, 1946

De esta edición:

© Enrique Finot

© Ministerio de Culturas y Turismo 2014

Depósito legal:

Equipo proyecto “Biblioteca Plurinacional”:

Fernando Barrientos, Alfonso Hinojosa, Marco Montellano, Martín Zelaya.

Diseño de portada y diagramación: José Manuel Zuleta

Impresor: Prensa digital, Ministerio de Culturas y Turismo.
Unidad de Producción Comunicacional.

La Paz - Bolivia

Tierra Adentro

Enrique Finot

Índice

**PRÓLOGO. El lento regreso por
Maximiliano Barrientos / 9**

Capítulo I / 17

Capítulo II / 35

Capítulo III / 49

Capítulo IV / 66

Capítulo V / 87

Capítulo VI / 106

Capítulo VII / 126

Capítulo VIII / 148

Capítulo IX / 168

Capítulo X / 191

Capítulo XI / 214

Capítulo XII / 240

Capítulo XIII / 266

Sobre esta edición

La presente edición de la novela *Tierra adentro*, de Enrique Finot, fue elaborada a partir de la edición original que en 1946 hizo la editorial Ayacucho de Buenos Aires, Argentina.

La transcripción y edición respeta en gran medida el texto original, aunque se corrigieron erratas, se actualizó ortografía y se eliminaron los pocos pies de página debido a que en su gran mayoría servían para explicar términos actualmente de dominio público como “singani”, “camba”, “cunumi”, “buri”, etc.

PRÓLOGO

El lento regreso

Por Maximiliano Barrientos

Nunca se regresa al mismo lugar del que se fugó. Cuando se vuelve, ese regreso sólo puede ser un gesto hueco. Después de un tiempo, después de que suceden ciertas cosas, todos volvemos a la casa de la infancia, al barrio de los primeros amigos, como turistas.

Hace 67 años Enrique Finot escribió una novela en la que dramatiza la imposibilidad de los regresos, si entendemos a estos como el reencuentro con la tierra que se dejó -y con los afectos, y con las historias que quedaron a medias.

En ese intento de establecer contacto con lo que alguna vez fue propio, siempre hay fisuras, siempre hay memoria que contradice al lugar: lo distorsiona, lo deforma, lo vuelve extraño. Esa turbulencia interpuesta entre el gesto de volver y la tierra a la que se llega, es un espacio idóneo para hacer literatura, para contar historias donde el conflicto humano bulle con significado y guerra.

En Tierra adentro, el personaje central, Lucio Salazar, es un ingeniero que pisa tímidamente la treintena y que vuelve a Santa Cruz tras 15 años de deambular por Europa estudiando, pero sobre todo malgastando el dinero heredado a la muerte de su padre y administrado por su tío, don

Nicanor, un hombre testarudo, que vive por principios que antes eran claros y sencillos, y que luego comenzaron a ser difíciles de reconocer: orgullo, nobleza, cierto culto por la familia y la tradición.

Su retorno no es voluntario, sino que responde a una amenaza de su tío: si no vuelve en un breve lapso de tiempo no podrá contar con la cuota de dinero que mensualmente se le dispensa. Apremiado por la idea de verse en la miseria, Lucio regresa a una tierra que no veía desde su juventud.

Desde las primeras páginas *Tierra adentro* se posiciona como una novela de contrastes: por un lado la alta cultura y el cosmopolitismo del que llega el protagonista, y por el otro la intensidad de un lugar donde la sangre aún no se ha domesticado y la naturaleza y el paisaje adquieren condición de metáfora.

“Ya al amanecer del día anterior, cuando despertó aturdido por el concierto de la selva, recibió una impresión extraordinaria. Sintió que su espíritu vibraba como un instrumento de música recién afinado, al que una mano impaciente trataba de arrancar las armonías más recónditas (...). Sin la intención de interpretar tan inexplicables emociones, pareciera como si de pronto la tierra natal se esforzara en seducirlo y reconquistarlo. ¿Cómo había olvidado tanta belleza? En diferentes países de América, visitando regiones tropicales, se había extasiado en la contemplación de verdaderos paisajes de ensueño. Pero algo le decía que esto era diferente”.

En un sentido amplio, el personaje central de la novela de Finot es el campo de batalla de dos miradas irreconciliables: la forastera, sintetizada por la educación recibida en Europa, y la exótica, representada por las tentaciones típicas del trópico, y de un pueblo -aún no una ciudad- que intenta armarse a sí mismo, construirse en contra de la adversidad y de la pobreza.

Tierra adentro narra un viaje hacia el interior de Lucio Salazar, y ese viaje sólo puede ser un proceso de disolución en el que la mentalidad civilizada es corroída por el misterio de la barbarie.

Finot escribió la novela en 1946, pero la ambientó en los primeros años 20, cuando Santa Cruz era una tierra que tenía un atraso de 40 años con respecto a otras ciudades del país, estaba aislada ya que no existían caminos transitables y todavía no se había construido las líneas del ferrocarril.

Las primeras luchas autonomistas empezaban a surgir y la novela no las deja pasar desapercibidas, las retoma y las explora con una abierta voz crítica. El autor fue historiador y ocupó diversos cargos diplomáticos, además de haber presidido la delegación boliviana en la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz en Buenos Aires.

Fue diputado nacional, ministro de Relaciones Exteriores y miembro de las academias bolivianas de la Lengua y de Historia. Tenía una estrecha relación con la parte occidental del país, lo que hacía que viera con ojos sospechosos los movimientos que clamaban por autonomía y federalismo.

“No hay cruceño que no aliente sentimientos regionalistas, porque nuestra tierra está harta de verse postergada y de ser tratada con injusticia. Pero no hay persona con dos dedos de frente que piense que Santa Cruz mejorará su suerte si se hace independiente o si se une a algún país limítrofe. Santa Cruz dentro de Bolivia puede serlo todo: fuera de ella será muy poco o nada. Yo soy campesino, pero no dejo de comprenderlo. Pero ellos saben que para arrastrar prosélitos necesitan encender las pasiones populares”, sentencia Ricardo, amigo de Lucio, que trata de despertarlo del letargo y de aconsejarle para que no confíe en los miembros del partido autonomista que, en la novela, es un séquito de logieros que lo utilizan como fachada de la nueva campaña electoral.

En los momentos en que la novela se vuelve más política, adquiere un tono didáctico en el que se presiente el mensaje de fondo del autor, pero cuando se olvida de este mensaje y de las buenas intenciones, y se limita a narrar, la historia corre a otra velocidad y se convierte en una fotografía de un lugar desaparecido, de un pueblo que vive en las mejores canciones de Gladys Moreno y de El Camba Sota.

Un lugar donde hay selva y caballos veloces, donde se organiza mañanas de cacería en las que se persigue a chanchos del monte durante horas en un rito que cimienta y festeja la masculinidad. Donde se bebe y se seduce a mujeres hermosas y letales, donde se farrea en buris que duran hasta el despunte de la primera claridad en el cielo. Donde hay frases bellas como esta: “Tengo un potro morro que te va a llenar la casita del ojo”.

Si bien es cierto que la novela trata de la confrontación de dos miradas, la tradicional y la cosmopolita, y también trata de un periodo particular de la historia política cruceña cuyas repercusiones se pueden sentir hasta nuestros días, Tierra adentro es antes que nada una historia de amor. O para ser más precisos, de la posibilidad de recuperar el amor perdido.

Al regresar a Santa Cruz, Lucio se reencuentra con Asuntita, quien una década atrás era su corteja y ahora es una mujer casada, con hijos, que está muy unida con la familia, ya que don Nicanor es su tío adoptivo.

En un principio el trato con Lucio es tenso, formal, pero poco a poco las cosas empiezan a complicarse y retoman la relación truncada años atrás. Todo esto sucede en un pueblo de 20.000 habitantes donde es difícil mantener secretos y donde Lucio intenta sostener una carrera política.

Les va bien por un tiempo, pero la felicidad es frágil, no dura. Lucio cae en una espiral que lo lleva a la abyección. Suaviza el descenso con whisky, con cerveza, con cualquier licor que borre el ruido en su cabeza.

Finot, adoptando la mirada de sociólogo, se atreve a hacer este duro diagnóstico: “Había permitido que se le infiltrasen las tres peligrosas ponzoñas que en Santa Cruz no perdonan a nadie: la política, el alcohol y las mujeres. De la primera creía haberse librado, gracias a su carencia de ambición y a la conciencia de su superioridad intelectual, que le ponía a cubierto de las vanidades lugareñas. Hasta agradecía las experiencias que le proporcionaba la suerte. Pero no podía emanciparse del dominio de los otros dos venenos.

El alcohol, que empezara por ser un antídoto contra el aburrimiento y contra la ausencia de estímulos espirituales, acabó por convertirse en requerimiento imperioso y en tiranía obsesiva y lacerante. El amor le había atraído siempre, como una inclinación propia de su temperamento sensual y de su genio romántico. Sus pasadas aventuras, hasta las más intensas, no dejaron en su corazón otra huella que la del recuerdo complacido o ligeramente mortificante. Pero aquellos arrebatos pasionales, aquellas crisis espantosas que en sus relaciones con Asuntita llegaron a dominarle, eran para él cosas nuevas, a las que no estaba acostumbrado. Ahora se confesaba que bajo tales influencias fácilmente hubiera llegado al crimen. ¿Tendrían razón los autores nórdicos que pintaban en páginas exóticas e inquietantes lo que es el “amor en los trópicos”, lleno de violencia pasional y sanguinaria? ¿O sería la extraña seducción de la mujer cruceña la que producía esas exacerbaciones colindantes con la insania?”.

En los regresos se vuelve como extranjero, en los regresos se arrastra una mirada que siempre es de afuera y que nunca alcanza a reconstruir lo que era propio: en esa discontinuidad se da una dialéctica que al final termina pulverizando todo.

En distintas literaturas contemporáneas se escribieron grandes novelas sobre regresos, sobre lo que suscita la idea del regreso, sobre el conflicto que este implica. Menciono cuatro para dar ejemplos: El común olvido, de la argentina Sylvia Molloy; El sueño del retorno, del salvadoreño Horacio Castellanos Moya; Home, de la estadounidense Marilynne Robinson; y El lento regreso, del austriaco Peter Handke.

Cuatro novelas muy distintas entre sí que, al igual que en Tierra adentro, cuentan la historia de un fracaso, la historia de una fisura que no se cierra y que posibilita la narración.

Quiero citar fragmentos de dos poetas extraordinarios que resonaban en mi cabeza mientras leía la obra de Enrique Finot. De una forma periférica, rozan la esencia de la novela, aunque se enmarquen en contextos culturales y en tradiciones equidistantes.

Uno es de Mark Strand, quizás el más grande poeta norteamericano vivo. En un poema titulado *Elegy for My Father*, anota: “¿Por qué viajaste?/ Porque la casa era fría./ ¿Por qué viajaste? Porque es lo que siempre he hecho entre el atardecer y el amanecer”.

El otro fragmento es de una canción de Jeffrey Lee Pierce, el más grande poeta del punk, fundador de The Gun Club, que murió a los 37 años en 1988 luego de una ardua batalla contra la heroína y el alcohol.

En *Carry Home* se escucha esto: “Regresé a través de muchas carreteras/ y de muchas lágrimas,/ tu carta nunca sobrevivió al calor de mi mano,/ mi mano ardiente,/ mi mano sudorosa./ Tu amor nunca sobrevivió al calor de mi corazón,/ mi corazón violento”.

Lucio Salazar se convirtió en un espectro. Regresó para volverse un fantasma del trópico.

I

— ¡Santa Cruz! ¡Patroncito, ahí está su Santa Cruz! El que así gritaba era el arriero vallegrandino, al propio tiempo que, con el brazo extendido, señalaba un punto en el horizonte.

El camino se alejaba, como trazado a cordel, siguiendo la dirección de los altos postes de la línea telegráfica. Al fondo se divisaba, sobresaliendo por encima de la arboleda y destacándose sobre el cielo claro, apenas manchado por nubes algodonosas, la silueta de un campanario. El viajero a quien iba dirigida aquella jubilosa exclamación era un hombre joven, caballero en buena mula “de paso”, que al punto detuvo la cabalgadura y se quedó mirando aquel indicio seguro de la cercanía de la ciudad. Pero al darse cuenta de que se le humedecían los ojos y de que su semblante podía denunciar la emoción, picó espuelas y tomó, por algún trecho, la delantera de su acompañante. El arriero, sin embargo, no dejó de percatarse de la alteración sufrida por el “patroncito” y se limitó a sonreír socarronamente. ¿No le había dicho cien veces, en el curso del viaje, que volvía a su tierra natal sin entusiasmo, a regañadientes y casi obligado?

Sí, ahí estaba Santa Cruz, a donde regresaba después de quinde largos años de trajines por el mundo. Nunca hubiera creído que la sola visión de una desmedrada torrecilla, que de golpe le salía al paso, pudiera producir en su espíritu aquella extraña conmoción y tener la virtud de enternecerle hasta las lágrimas. Trató de analizar su estado de ánimo y llegó a la conclusión de que no había motivo razonable que justificara tan intempestivo acceso de ternura. Trataba siempre de evitar las manifestaciones excesivamente sentimentales, que consideraba ridículas y nada varoniles. El poblado próximo ni siquiera guardaba las cenizas de sus padres. La novia hacía tiempo que se había casado con otro, cansada de su desdén y su desvío. De los amigos y condiscípulos apenas guardaba memoria y casi ninguno de ellos había mantenido correspondencia. Su larga residencia en países lejanos, en contacto con gentes de otra índole, de mentalidad, costumbres y lengua diferentes, había contribuido a alejarle espiritualmente, acostumbrándole a la idea de que probablemente no volvería nunca por aquellos andurriales.

Estudios, viajes, preocupaciones nuevas y complicaciones amorosas más o menos efímeras, habían trabajado en su ánimo hasta darle la impresión de que ya nadie le ligaba al solar nativo. Pensaba en él sólo incidentalmente cada vez que pasaba por apremios de orden económico. Ciertamente que allí estaban sus tíos, los viejos tíos que le habían servido de padres y habían vigilado su primera educación; pero no podía dejar de considerar que a la voluntad de ellos se debía este forzado retorno a la patria, retorno que torcía el curso de su vida y trastornaba todos sus planes.

Y, sin embargo, he aquí que al acercarse al viejo caserío perdido entre frondas y praderas, se levantaba en su pecho como la explosión de mil ansias contenidas. Efecto, quizá, del alivio que le significaba haber llegado al término de la penosa y larga peregrinación de doce días, sometido a toda clase de privaciones e incomodidades, desde que abandonara el tren en Cochabamba para seguir viaje a través de caminos intransitables y empleando los medios de locomoción más primitivos. Tal vez influencia de las impresiones recibidas desde el día anterior, cuando dejando atrás los últimos escalones de la sierra, ganara “el plan”, la genuina tierra cruceña, tan diferente de todo el resto del territorio boliviano que había recorrido, entrando a Bolivia por Arica, pasando por las altas cumbres, atravesando la altiplanicie, tramontando la cordillera interior y cruzando los valles que marcan el paulatino descenso hacia las llanuras orientales. Nada de lo que había visto anteriormente, ni la topografía, ni el clima, ni la flora y la fauna, ni los habitantes y sus costumbres, se parecían remotamente a lo que ahora le rodeaba. Esto era Santa Cruz, con su lujuriosa naturaleza y se exuberante magnificencia.

Ya al amanecer del día anterior, cuando despertó aturdido por el concierto de la selva, recibió una impresión extraordinaria. Sintió que su espíritu vibraba como un instrumento de música recién afinado, al que una mano impaciente tratará de arrancar las armonías más recónditas. ¿Qué era aquello que invadía todo su ser, como si naciera a otra vida o como si fuera presa de un extraño sortilegio? ¿Sería posible que pudiera sentir lo mismo, otro cualquiera que por primera vez pisara suelo cruceño? Sin la intención

de interpretar tan inexplicables emociones, parecía como si de pronto la tierra natal se esforzara en seducirlo y reconquistarlo. ¿Cómo había podido olvidar tanta belleza? En diferentes países de América, visitando regiones tropicales, se había extasiado en la contemplación de verdaderos paisajes de ensueño. Pero algo le decía que esto era diferente.

Así terminaba el viaje, como deslumbrado por el esplendor del ambiente y como embriagado por los aromas del campo. Se sentía atraído por innumerables accidentes, desde el aspecto de las viviendas techadas con hojas de palmera y rodeadas de sombreadas huertas, de los sembradíos y del ganado, hasta el continente airoso de los campesinos, hombres y mujeres, limpios, alegres, francos y cordiales.

Pasó la noche inquieto, lleno de una sobreexcitación inexplicable. No hacía calor, porque era la mejor época del año y reinaba una temperatura tibia y sedante. Pero el sueño no acudía a sus ojos y ni el cercano rumor del río alcanzaba a adormecerle. Al amanecer estuvo en pie y activó la partida, como si sintiera el ansia de abreviar la última jornada. Y al filo del mediodía, pasando por el caserío de La Guardia, eligió la choza más humilde para detenerse y pedir que le sirvieran un bocado. Recibió allí la acogida más cordial y más simpática. Una campesina joven y graciosa, que molía algo en el tacú con rítmico temblor de senos y caderas, detuvo su faena para abrir la tranquera y dejar el paso franco a la caravana compuesta de dos cabalgaduras con sus jinetes, dos mulas de carga y un mozo de a pie. Hombres y bestias se acogieron a la

sombra de un árbol enorme, buscando alivio a la sofocación y a la fatiga.

-Apéese, señor. Pase a descansar- saludó la dueña de casa.

Y luego, echando mano a una de las gallinas que pululaban por todo el contorno, corrió al cobertizo que le servía de cocina y se dispuso a aderezarla.

Arriero y ayudante, entretanto, quitaban la impedimenta a las mulas de carga, aflojaban las cinchas a las de silla e iban por forraje al lugar que la buena mujer les indicara.

En cuanto a ésta, no se daba punto de reposo. A una indicación del huésped, que había penetrado en la vivienda, le trajo agua en una jofaina y le proporcionó todo lo necesario para el aseo de su persona.

Mientras en la cocina se hacía el condumio, el viajero transformó su aspecto, después de lavarse y afeitarse. Procedió a cambiarse algunas de las prendas de vestir, sustituyéndolas por otras limpias, sin dejar de observar cuanto le rodeaba, con cierto interés, no exento de curiosidad. Todo allí era sencillo y hasta pobre, pero pulcro y ordenado en grado sumo. La casita se componía de un alero que miraba al camino; de una salita de paredes blanqueadas provista de una hamaca, una mesa y algunos asientos rústicos; por último, de un dormitorio, que a la vez parecía servir de depósito y despensa.

Satisfecho de la inspección y del aliño impuesto a su persona, el viajero comprobó que se sentía muy a gusto, alegre y rebosante de optimismo. Con excepción de las paradas

en los escasos pueblos del camino, ésta era la primera vez que podía disfrutar, durante la penosa travesía, de cierta comodidad y de la necesaria limpieza. Cansado de pernoctar en chozas destartalladas e insalubres, en odiosa promiscuidad y sin disponer de más espacio que el indispensable para colocar el catre de campaña, ahora no volvía de su asombro al ver cómo los humildes campesinos de su tierra sabían vivir y acoger en su casa al forastero.

Pronto estuvo la mesa puesta y se entregó a la tarea gratísima de devorar el locro de gallina y los huevos frescos que le sirvieron en abundancia.

Finalizaba el yantar cuando hizo su aparición el dueño de casa; un robusto mocetón, descalzo de pie y pierna, de pantalón arremangado, cuchillo a la cintura y escopeta en bandolera. Arrojó al suelo, en un rincón, dos gruesas perdices y una pava de monte, piezas de caza que seguramente acababa de cobrar; miró a los presentes sin mayores señales de sorpresa, apoyó su arma contra el muro y, despojándose del sombrero de palma, saludó con desembarazo, dirigiéndose al comensal:

-Buenas tardes. Siga., que está en su casa.

El aludido se creyó obligado a incorporarse en el asiento y a extenderle la mano.

-Perdone que hubiéramos invadido su propiedad. La señora tuvo la bondad de recibirnos y atendernos.

-Hizo muy bien señor. Ya le dije que está en su casa.

-¿Fuiste al chaco de la banda?- Interrogó ella.

-De allá vengo. El maicito está maltón, pero el arroz no adelanta. Como llovió este año tan poquingo...

Y se puso a envolver un cigarrillo, que ofreció a su huésped.

-¿Pita usté?

Por su parte la mujer escanciaba el humeante y aromático café.

A una seña del patrón, el arriero sacó de las alforjas una botella de coñac, que fue servido para todos.

-He comido espléndidamente y estoy muy agradecido-dijo el forastero-. Les ruego me acompañen a tomar esta copa.

-Por usted, señor. ¿Cruceño? -preguntó el dueño de casa.

-Sí, cruceño; pero vuelvo a mi tierra después de muchos años.

-¡Cómo le esperará su familia!

-Desgraciadamente mi familia se reduce a mis tíos. Mis padres murieron no tengo hermanos. Me llamo Lucio Salazar.

-¿Hijo del doctor Zoilo?

-Del mismo.

-Entonces su tío es don Nicanor Mendoza.

-¿Le conoce usted?

-¿Cómo no he de conocerlo? Mi padre fue su mayordomo y yo me crié en Las Maras. Para establecerme aquí me ayudó

añanzándome. Es muy bueno, pero al que se la juega no lo perdona.

-Pues me alegro de haber parado en su casa en lugar de haberme detenido en otra cualquiera. Y creo que esta coincidencia merece otro trago.

Roto el hielo, se entabló la conversación como si se tratara de un encuentro entre antiguos conocidos. El campesino informó que estaba casado desde hacía poco más de dos años. Había tomado aquellos terrenos “al partido”, es decir, para cultivarlos a medias con el propietario. No le había ido mal y ya planeaba la manera de adquirirlos. ¿Y él, el señor Salazar, pensaba quedarse en Santa Cruz definitivamente?

Sonrió éste en forma algo enigmática. No tenía nada resuelto. Poseía algunos intereses que pensaba liquidar y quizá regresaría al extranjero. Además, todo dependería de cómo lo recibieran sus paisanos.

-¡Barajo! -comentó el otro-. ¿Cómo han de recibirlo? Sobro todo las paisanas. Joven, bien parecido y con plata...

El viajero, efectivamente, era un guapo mozo, de regular estatura y bien proporcionado. Aparentaba algo más de treinta años tenía el tipo del verdadero cruceño: ojos y cabellos negros, rostro ovalado, cutis ligeramente moreno y algo pálido. Se sintió complacido por el elogio.

-¡Vaya! Me está usted adulando. A lo mejor ellas opinan de otro modo. Y a todo esto, se está haciendo tarde; hay que seguir viaje para llegar antes de que cierre la noche.

La pareja se negó rotundamente a aceptar ninguna remuneración por la comida y ni siquiera quiso cobrar el forraje, que siempre corre por cuenta del arriero. A duras penas el marido se quedó con el resto de la botella de coñac, que Salazar aseguró ya no le haría falta.

Todavía quedaba un buen trecho por recorrer sobre un camino llano, bordeado de cultivos y de granjas, para salir al Pari, la pampa famosa, campo de batalla en la guerra de la independencia. Lucio Salazar marchaba ensimismado, meditabundo y al mismo tiempo invadido por suave melancolía. ¿Qué le reservaría la suerte en su ciudad natal? ¿Se acostumbraría de nuevo a la vida monótona y patriarcal, sin más sacudidas que las inevitables intrigas lugareñas? ¿Encontraría siquiera alguien con quien hablar de las cosas que le interesaban y que fuera capaz de compartir sus gustos?

Ante la llegada inminente, un tropel de pensamientos se agolpaba en su espíritu. ¡Otra vez en Santa Cruz! Nunca lo hubiera soñado, sobre todo a partir de la época en que, muerto su padre, tomó la resolución de radicarse en Europa. Pero suya había sido la culpa, por imprevisor y tarambana. Se le imaginó que nunca se le acabaría el dinero y que su patrimonio sería inagotable. Su padre, explorador y descubridor de gomaes en el noroeste, había fallecido en Beni cuando menos se esperaba y cuando sus negocios se encontraban en el mejor pie. También su madre, todavía joven, había dejado de existir poco tiempo antes, víctima del clima y de las enfermedades endémicas. Ambos procedían de viejas familias cruceñas, descendientes de los conquistadores. Sus apellidos -Salazar y Aguilera- figuraban en el acta de la fundación de la primitiva

ciudad, erigida en Chiquitos, a mediados del siglo XVI, lo que siempre habían tenido a mucha honra. El vástago era, pues, cruceño ciento por ciento; los autores de sus días, de no haber pasado a mejor vida, habrían sufrido gran desazón al informarse de que el hijo único, al que habían consagrado sus desvelos, desertaba el viejo solar para convertirse en un trasplantado, en un ser sin personalidad y sin relieve, en uno de los del montón, que se confunden en el anonimato de las grandes urbes del viejo continente.

Mientras sus progenitores luchaban en la región de la goma, Lucio se quedó en Santa Cruz, encomendado a los cuidados de la hermana de su padre y del esposo de ésta. Los tíos habían vigilado su educación con cariñoso esmero, hasta la época en que, habiendo él obtenido el bachillerato y frizando en los dieciocho años, salió para Europa, por la vía de Beni y del Amazonas, con el propósito de realizar los estudios de ingeniería con que soñaba su padre. Aquella fue la última vez que abrazó a su madre. Con el esforzado industrial todavía volvió a encontrarse en Bélgica, durante un viaje de negocios que éste realizara un año antes de su muerte.

Huérfano a los veintitrés años, después de una liquidación realizada en el Beni por agentes y apoderados poco escrupulosos, el joven entró en posesión de una regular fortuna en efectivo, amén de las propiedades de Santa Cruz, para cuya administración renovó los poderes a su tío don Nicanor Mendoza. Esas propiedades consistían en una estancia de ganado vacuno en Cordillera, dos casas en la ciudad y una quinta en los

alrededores. La prematura herencia no dejó de aturdirle, como era natural. Sin convertirse en un dilapidador, se dio a gastar el dinero con cierta largueza y, por carecer de consejero experimentado, hizo inversiones poco afortunadas que le acarrearón pérdidas en el capital y considerable disminución en las rentas. Descuidó ostensiblemente los estudios, viajó, se divirtió en grande y, sin llegar a extremos deplorables, de la noche a la mañana se encontró con que sus recursos escaseaban y apeló al producto de las propiedades administradas por el tío. Mientras los pedidos de fondos no sobrepasaron el rendimiento de los bienes, el apoderado nada tuvo que objetar, aunque se sentía inquieto por la prodigalidad de que daba muestras el muchacho. Pero cuando las exigencias de éste fueron más lejos y el tío tuvo que adelantar dinero de su peculio y hasta que recurrir a préstamos hipotecarios, después de agotar consejos y amonestaciones se plantó en redondo y declaró que no le enviaría un centavo más, como no fuera lo indispensable para terminar la carrera, obtener el título y pagar los gastos de regreso. Notificole al mismo tiempo que se negaba a vender las propiedades, agregando que si Lucio trababa de enajenarlas por otro conducto, haría pleito, reclamando gastos de administración y comisiones y que obstaculizaría cualquier operación, por tiempo indefinido. Confesaba, en resumen, que quería impedir a toda costa que su sobrino acabara de arruinarse y que la manera de conseguirlo era obligarle a regresar, en cuyo caso, le entregaría sus bienes, libres de todo gravamen. Colocado en semejante disyuntiva, Lucio

no tuvo más remedio que aceptar esas condiciones no le faltó el buen sentido necesario para plegarse a la voluntad de su tío, sin tratar de engañarle por cualquier medio. Terminó sus estudios que por suerte tocaban a su fin y emprendió viaje, reconociendo que la actitud de don Nicanor era justa y razonable. ¿La idea de su padre no había sido la de proporcionarle una profesión con la que pudiera ser útil a su patria, donde sólo se formaban abogados, politicastos y enredadores? Regresaría, pues, lo antes posible y haría el ensayo de su readaptación. Si fracasaba, siempre tendría tiempo para venderlo todo y emigrar. Su título podía ayudarle a obtener una situación en cualquier parte.

Lo que acabó de decidirle fue una carta de la tía Mercedes, que durante tantos años le había servido de madre y que con tanto amor había guiado su infancia. Le decía, con sencillez encantadora, que anhelaba su regreso, como la mayor aspiración de su vida; pero que si eso le hacía desgraciado, no tomara al pie de la letra las bravatas del viejo y que ella procuraría mandarle algún dinero. Por lo demás, estaba segura de que, a la larga, conseguiría ablandar a su marido. Realmente —se dijo el ingrato, al recibir la conmovedora misiva— soy un descastado y un egoísta. ¿Qué hago aquí, cuando tengo seres queridos que me llaman y me esperan? Y como, por suerte, su última conquista había empezado a tratarle con frialdad, quizá a consecuencia de los largos intervalos con que ya empezaban a llegar las libranzas procedentes de Bolivia, no le fue difícil anunciar su partida, declarando que le impulsaba la necesidad de “ponerse en contacto

con la naturaleza”. Su residencia era por entonces París y la frase estaba de moda. En el círculo de sus relaciones la noticia no dejó de producir sensación. Agregó que se proponía escribir sus impresiones; y como sus inclinaciones literarias eran notorias, pese a que contrastaban con la aridez de su profesión, todavía disfrutó por unas semanas del envidiable prestigio de un personaje exótico que se prepara a emprender un viaje a la parte central de la América salvaje, para visitar sus posesiones y sus minas y para hacer el balance de sus riquezas fabulosas.

La travesía por Nueva York y por el canal de Panamá fue larga e interesante y consiguió disipar en su espíritu la nostalgia del bien perdido. El viaje a través de Bolivia le dio la oportunidad de conocer su patria y de imponerse de sus características y posibilidades. En cuanto a las tierras orientales, ya se ha visto cómo, con su indudable hechizo, le habían producido una impresión inefable. Tenía razón, pues, el arriero al observar, con regocijada malicia, el cambio que se había operado en el “patroncito”, al sentirse éste de nuevo en el ambiente de su infancia. El hombre aquel era un individuo original y verdaderamente notable. Su compañía, además de útil, era sumamente entretenida y grata. Correísta de oficio, había envejecido en el trabajo de transportar valijas postales entre Cochabamba y Santa Cruz, sin perjuicio de prestarse de cuando en cuando a conducir viajeros distinguidos. Esta última tarea consistía una auténtica especialidad. Era alegre, servicial y muy simpático. No le faltaba ingenio para soltar un donaire, al punto de

que más de una vez, con uno de sus dichos oportunos, acertaba a disipar las murrias inevitables ocasionadas por la monotonía del viaje. Gustaba entablar diálogos pintorescos con los conductores de recuas que encontraba al paso.

-Buenos días, paisano. ¿De dónde se viene?

-De Comarapa, señor.

-Hágame el favor de decirme ¿sigue el pueblo en el mismo sitio?

Y ante la mirada atónita del interpelado, agregaba como para subrayar la burla:

-¿Cómo quedó la mujer del cura?

A Lucio le divertía su insaciable curiosidad. Cuando estaba de buen humor se complacía en contestar sus interrogaciones, que generalmente versaban sobre materias galantes. ¿Era verdad cuanto decían de las francesas? ¿Eran tan lindas y tan complacientes?

-Sobre todo –respondía el preguntado- son muy inteligentes y espirituales.

Montenegro –que así se llamaba el arriero-, manifestaba sus dudas acerca del papel que la inteligencia y el espíritu podrían desempeñar en ciertos menesteres. Y acababa por sentenciar:

-Le apuesto, patroncito, que las cruceñitas son mejores que todas las gringas que usted ha visto en las *Uropas*.

En esta ocasión había comprendido, sin embargo, que el humor del “patroncito” no estaba para bromas. Solamente salió de su silencio cuando vio que se aproxima una intensa polvareda.

-Es un carruaje –dijo-. Creo que vienen a recibirlo. Por el camino se acercaba, en efecto, un coche descubierto, pintado de rojo y tirado por una pareja de buenos caballos. Venían en él algunas personas, entre ellas un hombre de cabello blanco y señorial continente, en quien el viajero reconoció a su tío. Como se encontraban ya en plena pampa, el vehículo se detuvo a corta distancia, a la sombra de algunos árboles. Los pasajeros descendieron y, al cabo de pocos minutos, rodeaban a Lucio que había echado pie a tierra en medio de un coro de exclamaciones jubilosas. Detrás del vehículo se había detenido también un grupo de jinetes.

-Ya estás aquí, hijo. Mucho te hemos esperado.

El recién llegado no acertaba a disimular su emoción. También al viejo se le humedecieron los ojos. Tío y sobrino permanecieron abrazados un buen rato. A éste no le fue difícil reconocer a todo el mundo: parientes, amigos y antiguos condiscípulos. Allí estaba don Pedro Toledo, cuñado de don Nicanor, abogado de nota y político en desuso, que había recorrido toda la escala de las situaciones públicas a que podía aspirar en el distrito; sus dos hijos, Pedrito y Antonio José; Ricardo Bejarano, condiscípulo e íntimo amigo de Lucio desde la infancia; el señor Buceta, conmitón de don Nicanor y otras personas.

Allí mismo se improvisó un refrigerio. Aparecieron canastas provistas de emparedados y algunas botellas de cerveza que venían en una caja con hielo. Los presentes se sentaron sobre la hierba o sobre los cojines del coche.

-Tenemos que esperar aquí –explicó alguien- porque hay mucha más gente que viene a recibirte. Calculábamos que llegarías a las seis y son apenas las cinco y media.

La conversación se hizo general. Todos interrogaban a Lucio sobre el viaje, refiriéndose muy especialmente a la última etapa, incómoda y hasta peligrosa. Llegaron otros coches y aumentó el número de jinetes. Entre éstos venía el señor Wilson, residente británico y antiguo amigo de la familia, que sostuvo con Lucio una corta charla en perfecto inglés, ante la expectación de los presentes. El mozo hacía esfuerzos por mostrarse natural y por parecer amable. Y sin duda lo conseguía, porque en todos los semblantes se notaban signos inequívocos de complacencia.

Cerca ya del anochecer, la cabalgata ingresó a la ciudad, provocando la curiosidad del vecindario. Las gentes –en especial las del bello sexo- se asomaban a las puertas y ventanas para presenciar el acontecimiento. Don Nicanor repartía saludos a diestro y siniestro.

-Saludá, hijo –decía- aunque no conozcás a las personas. De otro modo van a decir que has llegado muy entonao.

El joven obedecía, sonriendo.

En la casa del tío, situada en calle central, esperaba un nuevo concurso de amigos y conocidos. Luego de saludar a los

presentes, Lucio corrió al interior, en pos de la tía Mercedes, que le recibió en un transporte de risas y de lágrimas.

-¡Hijito! Ya creía que me iba a morir sin volver a verte.

La buena señora había envejecido y engordado un poco, pero se mantenía ágil y se multiplicaba dando órdenes. A lo largo de uno de los corredores del patio se extendía una mesa interminable. Aquello significaba que habría banquete. Lucio abrazó también a la vieja Mica, la sirvienta de confianza que había ayudado a criarlo y que seguía haciendo funciones de ama de llaves, con gran autoridad y no poco despotismo.

-Asuntita se escapó –explicó la tía- porque ha estado ayudándome todo el santo día y no quería que la vieran sin arreglarse. Tiene manos divinas para los postres. Ya verás los que ha preparado.

¡Asuntita! Lucio no esperaba saber de ella tan pronto. Había sido su amor de colegial y casi su novia. Era también sobrina de doña Mercedes, hija de un hermano de su marido, muerto muy joven. Aunque Lucio y ella no eran parientes, se consideraban primos porque en cierto modo habían crecido juntos. Don Nicanor la quería mucho y le había tomado bajo su protección cuando murió la madre, dejándola todavía niña y sin más apoyo que aquel tío. Los dos eran, pues, los sobrinos mimados desde pequeños. Insensiblemente se habían dado cuenta de que se querían, sin habérselo confesado nunca. Sólo cuando se habló del viaje a Europa como de algo próximo e inevitable, la tristeza de Asuntita precipitó las explicaciones. Sin decirlo a nadie se habían dado palabra de

casamiento para cuando el volviera convertido en un hombre hecho y derecho. Por aquellos días ella había abandonado definitivamente el internado del colegio.

-¿Me esperarás? –le preguntó él, en arranque romántico.

-Te lo juro. Jamás podré querer a otro –le contestó ella.

Las cortas e inocentes relaciones no fueron un secreto para doña Mercedes, que se regocijaba íntimamente con la idea de verlos unidos más adelante. La chica podía esperar, porque tenía tres años menos que el futuro ingeniero. En cuanto a él, ojalá que no la olvidara con la separación y el cambio de ambiente. Pero sucedió así, por desgracia. Lucio fue el primero en cortar la correspondencia. La muchacha languideció durante cinco años, aun después de perdida toda esperanza. Luego no tuvo más remedio que casarse con un comerciante alemán que la pretendía con insistencia. Era un buen partido. Al saberlo, Lucio tuvo como un asomo de arrepentimiento; pero ya era tarde. Además era muy joven para pensar en casarse -veintitrés años- mientras ella había cumplido los veinte, edad en la que los climas tropicales encierran para la mujer el peligro de quedarse para vestir santos.

Todos estos recuerdos se agolparon a la mente del recién llegado, mientras regresaba al salón a reunirse con los invitados. “¡Pobre Asuntita! –se dijo-. ¿Cómo estará? Decididamente no habíamos nacido el uno para el otro”.

El banquete fue de los que hacen época. Don Nicanor había echado la casa por la ventana. Espléndida comida,

vinos y licores de marca y magníficos discursos. Obligado a sentarse a la mesa en traje de camino, Lucio agradeció los votos que se formularon para darle la bienvenida y augurarle todo género de éxitos y venturas. Tuvo palabras de gratitud para todos, especialmente para su tío, y dijo que esperaba poder consagrarse con todas sus fuerzas a impulsar el progreso de su tierra natal. Lo curioso del caso era que lo decía con absoluta sinceridad. Le había bastado llegar para sentir y pensar de esa manera. Don Nicanor no cabía en sí de gozo.

La concurrencia se retiró pasada la medianoche. Aquella fiesta fue, sin duda, un gran acontecimiento. Así lo dijo la prensa y lo afirmó durante muchos días la opinión de las gentes.

II

Lucio, don Nicanor y el cuñado de éste, quedaron solos, comentando los sucesos del día. Doña Mercedes, después de haber dado órdenes para que se levantara la mesa y se recogiera el servicio, hizo su aparición.

-Yo no quería –dijo a Lucio- que te fatigaran la noche de tu llegada, con fiestas y atenciones. Pero se encaprichó el viejo y, como siempre sale con la suya... Debés estar muerto de cansancio.

Y aunque el sobrino aseguró que se sentía muy bien, le condujeron a su habitación, una gran sala con puerta y ventana sobre la calle.

-Aquí estarás en libertad de hacer lo que te dé la gana y de recogerte a la hora que te convenga, sin molestar a nadie y sin que nadie te moleste –sentenció don Nicanor.

Una estera flamante cubría el piso en toda su extensión. Los muebles eran sencillos, pero cómodos. El lecho estaba cubierto por un amplio mosquitero de tul. Una hermosa hamaca chiquitana, de colores vivos y ornada de vistosos encajes, cruzaba la habitación, sostenida por argollas de hierro empotradas en el muro. Una lámpara eléctrica daba luz suficiente para leer.

-¡Espléndido! –exclamó Lucio-. Aquí voy a estar como un príncipe.

Y se tendió en la hamaca voluptuosamente.

-Hum... -murmuró el tío- Ojalá no le tomés gusto. Es el más grave de los vicios cruceños. Aquí todo el mundo se pasa la vida en la hamaca. La hamaca y el clima tienen la culpa de nuestro atraso. La hamaca es como el opio: adormece y hace soñar hasta en despierto.

-No tanto, hombre, no tanto –protestó don Pedro-. Hay mucha gente que, con hamaca o sin ella, jamás hace aquí nada de provecho.

Los baúles, ya despojados de sus fundas impermeables, estaban alineados a lo largo de la pieza. El joven entregó las llaves a su tía y ella se ocupó de sacar un pijama, una bata y las zapatillas de casa.

-En el comodín tenés agua pa tomar. También hay candelero con vela y pajuelas -agregó la buena señora.

Y explicó que la instalación de luz era nueva y que todavía estaba sujeta a interrupciones. Además, la corriente se cortaba antes del amanecer. Don Pedro dijo que, con todo, se trataba de un gran progreso. Lucio se informó sumariamente de las condiciones en que se había implantado el servicio y opinó en el sentido de que, con calderas alimentadas con leña, no era posible obtener luz y fuerza baratas y permanentes. Había que pensar en otro medio. Tal vez las caídas de agua de la sierra, podrían resolver técnicamente aquel problema.

-Pues hombre –comentó don Nicanor- en ése y en otros problemas que interesan a tu pueblo podrás ocuparte con provecho. Tu padre tenía tema de que Santa Cruz necesita ingenieros y no abogados y picapleitos.

-Ingenieros y... dinero –aclaró don Pedro-. Y, sobre todo gente honrada. Mucho se lleva gastado aquí en obras públicas que nunca se realizan. Vivimos quejándonos de los gobiernos, pero somos los cruceños los que nos encargamos de hacer desaparecer los escasos recursos con que a veces nos ayuda el erario. No hace mucho que se votó una partida para un camino importante, y el constructor que sacó el contrato tuvo que repartir la mitad de la asignación en comprar políticos y funcionarios. El resultado fue que el camino se construyó en tal forma, que un año después ya no existía. Se pueden citar los nombres de todos esos sinvergüenzas.

-¿Y no hay quién los denuncie y los ponga en la picota?
–Interrogó Lucio, verdaderamente indignado.

-No falta de cuando en cuando quien lo haga, pero nadie le hace caso. Las autoridades, la justicia y los representantes nacionales, con raras excepciones, forman un conjunto de intereses y constituyen lo que se llama “la situación política”, contra la cual nadie puede nada.

-¿Y nadie protesta ni denuncia esos hechos ante el Gobierno?

-El Gobierno hace la vista gorda porque necesita de sus partidarios.

-¡Qué atrocidad!

-¡Ay hijito! -Corroboró doña Mercedes-. Parece mentira, pero así es nomás. Y basta de política. Ahora necesitas descansar. Tiempo tendrás para saber las cosas de tu tierra y lamentarlas.

Le dejaron solo. Se desvistió y, apagando la luz, se tendió de nuevo en la hamaca. Luego se iría a la cama, pensó. Realmente la hamaca era una delicia. ¿Tendría razón su tío? No tardó en encontrar una posición cómoda, desplegando la tela y acostándose transversalmente. Empezaba a recobrar sus hábitos de antaño. Porque –se dijo- hay que saber emplear este recurso de descanso, irremplazable en el clima tropical, ya que sirve de asiento, de lecho y de medio de ventilación.

Se quedó pensando, mientras fumaba, en la extraña suerte que le condujera de nuevo a su ciudad natal. ¿Qué sería de él? Luchaban en su espíritu las más encontradas impresiones. ¿Conseguiría adaptarse a esta vida? Aunque sintiéndose completamente ajeno a la idiosincrasia y a las preocupaciones de las personas con quienes había alternado y departido desde su llegada, no dejaba de reconocer que su trato era entretenido y agradable. ¡Qué sencillez tan encantadora, qué chispa en la conversación y cuánto ingenio natural y espontáneo! Había reído de buena gana oyendo esa especie de concurso de agudezas y donaires al que la gente joven se había entregado durante la comida y después de ella, comentando los últimos sucesos. ¡Qué ironía tan sutil y qué sentido del humor tan admirable! Casi todos los invitados rivalizaban en frases oportunas y llenas de gracia, en que la herencia andaluza salía a relucir a cada paso. No,

seguramente no llegaría a hastiarse en medio de sociedad tan amena y divertida. Y en caso de aburrirse tenía el recurso del campo. Ya esa noche se había hablado de excursiones y de partidas de caza. ¿Qué más podía apetecer si estaba ansioso de cosas naturales y sencillas?

El rumor de una música lejana vino a desviarle de tan plácidos pensamientos. Eran los compases de un viejo vals, ejecutado por una banda de instrumentos de viento. Una murga primitiva y estridente, en absoluto igual a las que había conocido en su infancia. Insensiblemente aquella música le produjo una suave melancolía y le transportó a otros tiempos. “Algunos trasnochadores que dan versos -pensó- o algún buri en los suburbios”. Él también había dado versos cuando jovencito y se había iniciado en los buris, las alcohólicas y eróticas expansiones de los barrios populares. La partida hacia otros mundos tuvo la ventaja de arrancarle de esa vida de placeres fáciles y evitó que descendiera por la pendiente, lo que habría sido inevitable, pese a las enérgicas reprimendas de don Nicanor, que nunca le perdía de vista.

Pensando en los amigos y camaradas de aquel tiempo, de los cuales sólo había visto a Ricardo hasta ese momento, recordó sus años de seminarista. Extraño colegio aquel, entre religioso y laico, en que se había educado la mejor juventud de la ciudad y que durante mucho tiempo gozó de prestigio incontrastable. A decir verdad, tal prestigio procedía exclusivamente de su fundador y mantenedor, un santo varón, cuyo espíritu evangélico corría parejo con su amor por la cultura. El colegio, sin embargo, pedagógicamente considerado, estaba muy lejos de satisfacer las aspiraciones

menos exigentes. Se estudiaba de memoria y no se escatimaban los castigos materiales. Allí sólo descollaban los grandes memoriones o los muchachitos serios y aplicados. Lucio se preguntaba ahora qué suerte habrían corrido Delgado, Melgar, Aguirre y tantos otros, que eran generalmente los elegidos para dar examen “de etiqueta”. ¿Habrían llegado a ser algo en la vida? Todo parecía indicar lo contrario, porque no los había oído mencionar entre los nombres de figuración, ni en la política ni en el ejercicio profesional. De uno de ellos ya le habían dicho que estaba dedicado a criar vacas; otro que no era más que un oscuro agricultor. ¡Qué lástima! ¡Cuánto esfuerzo malgastado! Y habían sido las lumbreras de la clase.

Lucio pensaba todavía con horror en las amarguras del suplicio escolar. Se pasaba la lista a las seis y media de la mañana, exigencia que imponía la necesidad de saltar de la cama al amanecer. Y él era un perezoso, así para madrugar como para el estudio de memoria. Por otra parte, había entre los profesores hombres verdaderamente crueles y perversos. Recordaba a cierto alcohólico empedernido que, tras una noche de libaciones copiosas, hacía temblar a los muchachos y se complacía en destrozarles las manos a palmetazos. Verdaderamente Lucio todavía no se daba cuenta de cómo había llegado al final de los cursos y alcanzado el bachillerato. Lo curioso era que siempre salía bien de los exámenes, quizá porque contestaba a las preguntas como Dios le daba a entender. Y como los examinadores no tenían los libros de texto por delante...

Pero no todos los profesores eran malos. Entre ellos no faltaban algunos sujetos inteligentes y comprensivos –por lo general los más jóvenes- que intuitivamente reaccionaban contra los métodos medievales y que procuraban dar interés y comprensibilidad a sus lecciones, inspirando confianza a los alumnos. Como eran pocos, eran los más estimados y Lucio evocaba sus nombres con cariño.

En cuanto a la eficacia de la instrucción recibida en aquel colegio, pudo apreciarla en Bélgica, cuando se vio obligado a seguir dos años de cursos preparatorios para poder ingresar a la universidad. Ciertamente que esos dos años le sirvieron para aprender francés y para adquirir algunos conocimientos fundamentales, no sólo en matemáticas –lo que era indispensable- sino también en otras materias que constituyeran la base de la ilustración media que se exigía en Europa a todo estudiante universitario. De esos dos años preparatorios procedían sus aficiones literarias y su iniciación en la cultura clásica. En una palabra, su despertar a la vida del espíritu.

De Santa Cruz, en cambio, llevó otro género de conocimientos prácticos: esos conocimientos que los jóvenes europeos adquieren más tardíamente y cuya ignorancia les favorece para ser mejores estudiantes. Ricardo y otros amigos habían sido sus iniciadores en las prácticas sexuales, en el uso del alcohol y del tabaco. Pero la amistad con Ricardo fue de carácter más íntimo, porque se trataba de un muchacho noble, sincero y dotado de un admirable buen sentido. Lucio no tardó en hacerle su confidente. Juntos iban a todas partes, se paseaban por la ciudad y por el campo, concurrían a los

billares, hablaban de sus amoríos y comentaban los libros que caían en sus manos. Asiduos lectores de Dumas, Walter Scott, Pérez Escrich y Fernández y Gonzales, trataban de identificarse con los personajes de las novelas románticas y se comunicaban sus impresiones, sus sueños y sus proyectos para el porvenir. Sufrieron mucho al separarse. Pero la modesta situación de la familia de Ricardo no le permitió pensar en viajes ni en estudios en el extranjero. Tuvo que afrontar la vida y se resolvió a soterrarse en el campo para ayudar a su padre en las faenas agrícolas que procuraban el sostén a los suyos.

La música seguía escuchándose. Después del viejo vals se sucedió una serie de tristes, que hacían pensar en el alma atormentada de algún enamorado sin esperanza. Pero Lucio recordó que, desde tiempo inmemorial esa era la costumbre. La predilección por la música plañidera –pensó-, tan ajena al temperamento alegre del cruceño, constituye un contraste digno de observarse y es quizá un fenómeno semejante al que ofrece el carácter andaluz, tan pronto sacudido por el castañeteo de la malagueña y del fandango, como invadido por la honda y desoladora angustia del cante flamenco. Así debía ser en efecto, porque a los pocos minutos la banda dejó escuchar las saltarinas notas de un carnaval.

A todo esto Lucio no llegaba a conciliar el sueño. Varias veces había ido de la hamaca a la cama y de la cama a la hamaca, sintiéndose desasosegado y febril. No era cansancio, porque más cansado llegaba en las noches a las paradas del camino y se quedaba dormido como un tronco. Quizá estaba nervioso por efecto de las impresiones recibidas

y por la abundantes libaciones. Por fin resolvió quedarse en el lecho, que no era muy blando, pero sí fresco, limpio y fragante. Las sábanas con encajes de “crochet” –una de las inocentes coqueterías de doña Mercedes- olían a lejía y hierbas aromáticas.

Muy tarde consiguió dormir, pero con sueño sobresaltado y lleno de extrañas pesadillas. Se perdía en el bosque, entre impenetrables espinosos matorrales. Luego daba con una laguna de aguas verdes y viscosas, que despedían emanaciones asfixiantes. Quería salir de allí, pero los senderos eran cenagosos e impracticables. Las alimañas salvajes le acechaban y las serpientes venenosas trataban de acometerle a cada instante. Conseguía abrirse paso hasta un descampado, en donde había una choza miserable. Se asomaba a la puerta y veía en el interior un camastro inmundo, en el que yacía una mujer esquelética y desdentada, con el cuerpo devorado por llagas. Una nube de mosquitos la rodeaba por todos lados. Cuando el intentaba huir, un ejército de sapos y de lagartos le impedía el paso. Quería gritar, pedir auxilio, pero las palabras no le salían de la garganta. En esto oía una voz de mujer que le llamaba...

Cuando abrió los ojos vio a su tía al lado de la cama. Le tomaba el pulso, con cierta inquietud reflejada en el semblante, como cuando era niño y ella le asistía en sus enfermedades.

-Te quejabas en dormido –le dijo- y me has dado un susto; pero no me atrevía a despertarte. Creí que tenías fiebre.

Un alegre rayo de sol entraba por la ventana del patio.

Lucio se desperezó y contestó sonriendo:

-No se alarme, tía; no tengo nada. Pero estaba soñando cosas horripilantes.

-Las pesadillas vienen del estómago cargado. ¿A ver la lengua?

Exactamente igual que en los tiempos pasados. Tuvo que obedecer. Doña Mercedes hizo mil aspavientos.

-¡Qué barbaridad! Esperá un rato.

Ni corta ni perezosa salió del cuarto y no tardó en volver con un frasco, un vaso de agua y una cuchara. Era su remedio favorito: la sal de frutas. El sobrino soltó la carcajada, pero no tuvo más remedio que tragarse el brebaje, dándose cuenta de que la buena señora tenía razón.

-Su comida de anoche, tía: fiambres, pescado y hasta frutas “de lata”.

-Qué querés, hijo -explicó ella-. Es lo que yo digo: el lujo de los banquetes consiste aquí en dar conservas. Como son caras...

-Pero pienso desquitarme –dijo él-. Quiero comer las cosas cruceñas. Estoy delirando por un masaco y un majao.

-Vas a comer todo eso hasta cansarte. Pero ahora vas a tomar tu vasito de guaraná. ¿Qué querés como desayuno?

-Café tía. Café con rosas, que tengo ansias de comerlas.

-Si supieras –dijo ella- el gusto que tengo de oírte hablar así. No sos como esos mentecatos que vuelven después de

un año, hechos los gringos. Y vos sí que tendrías razón si hubieras olvidado nuestras costumbres.

Le trajeron el guaraná aromático fresquito, que le cayó admirablemente. Desde antaño conocía sus efectos saludables. Luego vino el desayuno. Embutido en la bata y calzadas las zapatillas de tafilete, abrió la mitad superior de la puerta que daba a la calle y se asomó a curiosear. No eran sino las siete y media. Al borde de la acera estaba plantado don Nicanor, en mangas de camisa, respirando a pulmón lleno la brida mañanera. Hablaba con un carretero. Interrumpió el palique para saludar a Lucio.

-¡Qué madrugador! –comentó jovialmente-. Apostaría que la vieja ya entró a despertarte. A las seis y media ya no podía aguantarse las ganas y andaba rondando tu cuarto.

-¡Pobre tía! Es tan cariñosa y tan buena.

-Para lo que le ha servido. Siempre has sido con ella muy ingrato. Sólo le escribías a la muerte de un obispo y cada carta le daba motivo para llorar por quince días. No sé cuándo se ponía más insoportable: si cuando le escribías o cuando dejabas de escribirle. Casi se volvió loca cuando supo que venías. Transformó la casa, cambió empapelados, hizo pintar paredes, puertas y ventanas.

Lucio convino en que, realmente, nunca fue para sus tíos lo que debió haber sido. Reconocía que siempre le rodearon de un interés y de un afecto que sólo se concede a los hijos: a esos hijos que desgraciadamente ellos no habían tenido.

-Pero al que Dios no le da hijos el diablo le da sobrinos –apuntó don Nicanor-. Felizmente Asuntita ha sido una muchacha buena y nunca nos ha dado disgustos. ¡Qué diferencia con vos, que desde chico parecía que tuvieras el diablo en el cuerpo!

Calló el sobrino, reconociendo que la reprimenda era merecida y justa. La discusión con el carretero era sobre el precio del güiro, que don Nicanor gustaba de comprar personalmente para sus caballos.

-¡Cuatro matitas por dos bolivianos! ¡Qué barbaridad! Ustedes están cada día más aprovechadores.

-Es por la falta de agua –replicaba el conductor de la carreta de bueyes-. Los maizales están secos.

-El hecho es que mis caballos no pagan lo que comen. Los voy a mandar al establecimiento, porque tenerlos a pesebre me cuesta un ojo de la cara.

El “establecimiento” era la hacienda agrícola. Puras baladronadas porque don Nicanor vivía orgulloso de sus caballos y no podía pasar sin ellos. Tenerlos en el campo ofrecía grandes inconvenientes: los pastos pobres, la sabandija, etc.

-¿Y cómo está usted de caballos, tío? –preguntó el sobrino-. Estoy pensando que necesitaré comprarme uno.

-Ahora verás, ahora verás. Tengo un potro moro que te va a llenar la casita del ojo.

Pagado el forraje, el carretón siguió calle adelante con el resto de su fresca y verdosa mercancía. Tío y sobrino no tardaron en encontrarse en el patio, a esa hora inundado de luz y de alegría. El naranjo en flor y los jazmines del Cabo llenaban el ambiente con su fragancia. La música estaba a cargo de dos tordos y un matico, que formaban la más escandalosa algarabía. Al borde de los corredores y del aljibe, las macetas ponían la nota de color, luciendo gran variedad de flores y de plantas decorativas.

-¡Qué hermoso patio! –exclamó Lucio entusiasmado-. Anoche no pude verlo bien. Está mejor que antes.

-Las plantas son la preocupación de Mercedes. Goza lo indecible cuando los transeúntes se detienen en el portón para admirar sus macetas.

Pasaron al traspatio, en donde estaban las pesebreras. Cuatro animales relucientes y bien cuidados se alineaban bajo un alero que los protegía del sol y de la lluvia. Dos grandes bateas labradas en troncos de una sola pieza servían para el forraje o para el grano. Allí estaban, además de la pareja de tiro, el tordillo en quien don Nicanor tenía depositaba su confianza y el anunciado potro moro, que recibió al amo con un relincho de amistosa bienvenida.

-¿Te gusta? En otro tiempo eras un buen jinete.

-Y creo que todavía podría recobrar mis aptitudes con un poco de ejercicio.

-Pues aquí te entrego esta alhaja. Queda a tu servicio. Es un animal lleno de brío, pero muy noble y muy dócil si el que

lo monta sabe dirigirlo. Con decirte que yo, viejo y pesado, me permito jinetearlo algunas veces.

Y, al hablar, don Nicanor pasaba la mano por el pescuezo y el anca del animal, que se dejaba acariciar con voluptuoso estremecimiento. Era un lindo espécimen criollo, de remos finos, cabeza pequeña y líneas delicadas, que acusaba buena ascendencia.

La pasión de don Nicanor había sido siempre por los caballos. En esto denunciaba su origen y su alcurnia de verdadero hidalgo. Su mayor vanidad consistía en poseer los mejores ejemplares y en sostener las apuestas más subidas en las carreras que se concertaban en los pueblos, con motivos de ciertas festividades. Por lo demás, se preciaba de haber sido y de ser todavía un hombre de a caballo. “Es mi único vicio y el único lujo que puedo darme con la plata”, acostumbraba decir, como tratando de disculparse. Su distracción favorita era montar por las tardes, ya para ir hasta su quinta, ya para recorrer los alrededores, ya para buscar a algún amigo o para solventar algún negocio.

-En cuanto las visitas te dejen respirar, ya lo sabés, saldremos a pasear todas las tardes. Y cuando yo me vaya al campo, aquí estará el potro siempre a tus órdenes.

-Pero este animal debe costarle muy caro.

-Por lo mismo quiero que te luzcas en él. ¡Qué caramba! Mi sobrino tiene que andar siempre bien montado.

III

Don Nicanor Mendoza era todo un carácter y un ejemplar del señor cruceño que ya va desapareciendo. Aunque apegado a la tradición y a las viejas costumbres que imprimen un sello propio al oriente de Bolivia, era un factor de progreso y un espíritu tesorero, audaz y emprendedor. Franco, enérgico, un poco extravagante y honrado a carta cabal, todos sabían a qué atenerse cuando prometía una cosa y lo que debían esperar de él quienes trataran de sorprender su buena fe. “Yo soy un pobre hombre –decía frecuentemente-. De mí todo el mundo hace lo que quiere. Pero, eso sí, con mi consentimiento”. Porque bueno sí lo era y caritativo y servidor. Pero no toleraba un ultraje ni perdonaba las jugarretas de cualquier bribón. Se le apreciaba, pues, tanto como se le respetaba, por sus bellas cualidades y por su indomable energía. Cuando se hallaba seguro de andar en lo justo, no había poder humano que le hiciera retroceder. Aunque sus ascendientes fueron gentes de situación desahogada, desde muy joven se puso a trabajar con provecho y alcanzó a reunir una apreciable fortuna. No se esforzaba por amor al dinero, sino por adquirir la respetabilidad que concede la independencia económica y, sobre todo, por disponer de los medios para poner en

práctica sus ideas progresistas. Compraba tierras para ensanchar sus explotaciones agrícolas; buscaba la manera de mejorar el ganado, adquiriendo sementales en el extranjero, su quinta en los alrededores de la ciudad era un modelo de iniciativa, en donde se aclimataban árboles y plantas que eran novedades en la región. Poseía el orgullo del esfuerzo creador. Se ufanaba de sus plantaciones de frutales y de sus avenidas de palmeras. Lo raro era que, siendo un cruceño hasta la médula, lo que quiere decir algo poltrón, y sin haber viajado más que a Buenos Aires -suprema aspiración de las gentes acomodadas de su tierra- odiaba la molicie y la rutina y vivía ávido de novedades, que buscaba a porfía en libros y revistas.

Su único defecto era la irascibilidad. Pero con la misma presteza montaba en cólera que se aplacaba como por ensalmo y volvía a recobrar su índole jovial. Doña Mercedes poseía el secreto para calmarlo: no contradecirle cuando estaba excitado y esperar el momento oportuno para hacerle volver sobre sus pasos. Había renunciado a la vida pública porque no quería verse arrastrado a situaciones extremas y porque no transigía con los manejos turbios que son recuentes en la política provinciana.

Para algunas personas don Nicanor Mendoza era un loco o por lo menos un “chiflado”. No le perdonaban que hiciera las cosas a su manera y que en general se apartara de las rutas trilladas. Tampoco toleraban su sinceridad y su franqueza. Pero quienes le conocían de cerca no vacilaban en opinar que era un hombre cabal, cuya palabra era sagrada y cuyos consejos valían oro. La vida activa le mantenía robusto,

fuerte y sano. Era envidiable la manera cómo llevaba sus setenta años.

Lucio se aficionó en seguida a su continuo trato. Fuera de los cotidianos paseos a caballo, en los que tenían ocasión de hablar a solas, habitualmente trataban animadas conversaciones de sobremesa, en las que solía intervenir don Pedro Toledo. Tampoco Ricardo era extraño a esos paliques. Pero las visitas que Lucio se veía obligado a recibir, interrumpían las expansiones familiares y las convertían en reuniones más amplias y ceremoniosas. Todo Santa Cruz se había creído obligado a buscar al recién llegado. Algunas personas acudían por obligación, otras por simpatía y las demás por simple curiosidad. Pero los primeros quince días no le dejaban ni a sol ni a sombra.

Las visitas de cumplido se recibían en el salón. Los íntimos se dirigían directamente a la habitación de Lucio y se instalaban en ella como en su propia casa. Y como nunca faltaban sobre la mesa los buenos cigarrillos y la botella de whisky... A veces no le daban ni tiempo para vestirse y con frecuencia se quedaban a almorzar o a comer dos o tres personas, a la vieja usanza, sencillamente y porque allí les había cogido la hora.

Cuando se fue disipando esta afluencia de atenciones y homenajes, Lucio pudo salir alguna noche y una que otra tarde a la tertulia de la plaza. Según que su acompañante fuera don Nicanor o que lo fuera Ricardo, el grupo al que se incorporaba tenía muy diferente carácter. Incluso su ubicación era distinta en los asientos del parque. El

círculo de su tío se componía de cuatro o seis hombres de edad, muy graves y muy importantes, cuya conversación rodaba sobre tópicos serios y trascendentales: la llegada de una nueva autoridad, las variaciones del tiempo, el precio de los granos. Todo sin perjuicio de sabrosos paréntesis consagrados a la maledicencia. El banco de Ricardo era el de la gente moza, en donde se hablaba de todo, se discutía a gritos y cada cual arreglaba el mundo a su manera. En uno y otro sitio se comentaban los sucesos de actualidad y las notas salientes de la vida privada. Que sin don Fulano visitaba clandestinamente a doña Zutana; que si el joven Mengano, más pobre que una rata, se casaba con la hija de un ricacho del campo; que si la viudita de Perengano andaba en malos pasos...

En el grupo de don Nicanor, éste era siempre el que llevaba la batuta. Se le echaba de menos cuando se encontraba en el campo. Los concurrentes habituales eran, además de su cuñado don Pedro, el señor Buceta, el farmacéutico Lairana y el doctor Antuña –abogado catedrático- amén de otros elementos esporádicos. Lairana tenía fama de mentiroso y sus noticias eran siempre acogidas con reservas. Buceta era un sabihondo, erudito en cuestiones científicas, históricas y geográficas; en una palabra, una enciclopedia ambulante. En este banco las reuniones se disolvían temprano, salvo las noches de gran calor, en que la asamblea se prolongaba hasta horas avanzadas.

El banco de los jóvenes era el centro de las discusiones más acaloradas, cuando no de la más alegre y expansiva

algarabía, especialmente si por allí hacia su aparición el “loco” Fernández, que, con sus simplezas, costeara la risa de los contertulios.

Aparte de estos cenáculos consagrados, el resto del recinto lo ocupaban gentes pacíficas y anodinas, que acudían a refrescarse. En las primeras horas se notaba cierta afluencia en las heladerías, las cantinas, el hotel y las cafeterías establecidas en la plaza. Los domingos y los jueves la música de la banda de la Policía atraía al paseo alguna concurrencia de familias y de gente del pueblo. Eran, además, noches de cine, en las que el teatro ofrecía viejas películas, con el inevitable acompañamiento de la banda.

Insensiblemente Lucio iba acostumbrándose a esta vida elemental y rutinaria. Cuando don Nicanor no estaba en la ciudad o Ricardo no venía a buscarle, le gustaba quedarse a conversar, en el corredor de la calle, donde la tía también reunía todas las noches su tertulia de vecinas y allegadas. A estas reuniones solía concurrir Asuntita, con quien Lucio se había topado una mañana, a los dos o tres días de su llegada. El encuentro fue casual y no dejó de impresionarle. Ella conversaba con doña Mercedes en el portón, en momentos en que él se disponía a salir a la calle. Asuntita parecía venir de compras, cargada de paquetes y muy sofocada. De pronto no la reconoció en aquella buena moza, de aire tan desenvuelto y elegante. La tía le hizo caer en cuenta y se acercó a saludarla. Se abrazaron, con cierto encogimiento por parte de él y con la mayor naturalidad

por lo que a ella tocaba. Dueña de sí misma, eludió los cumplidos que él le dedicara.

-¡Vaya, hombre! Te obligaron a venir. Si supieras cómo te compadezco. Seguro que te sentís como perro en barrio ajeno, y disculpá la comparación. Te será muy duro acostumbrarte.

-Ya sé –contestó Lucio- que tú también has viajado y que sabes apreciar la diferencia.

-Pero a mí me gusta mi tierra –aclaró ella- y en ninguna parte me siento más feliz y más contenta.

-Yo también estoy muy satisfecho.

-Sí, por ahora, con la novedad de la llegada y con lo bien que te han recibido. Pero ya verás más tarde. Acabarás por irte de nuevo.

-Apenas llego y ya quieres que me vaya. Pero me quedaré aunque no te agrade.

Asuntita se encogió de hombros y dijo con indiferencia, que él encontró ofensiva:

-Hombre, por mi podés quedarte todo el tiempo que querás. No tengo vela en el entierro.

Doña Mercedes intervino, conciliadora:

-¿Se van a pelear ahora, cuando se ven después de tanto tiempo? No sean niños.

Pero Lucio volvió a la carga, con intención manifiesta.

-¡No me he de acostumbrar en mi tierra, cuando aquí hasta los gringos se acostumbran! Bien se ha acostumbrado tu marido, me aseguran.

-Porque es hombre caballeroso y modesto, a quien todos aprecian por sus buenas cualidades.

Y tendiéndole la mano con aires de reina, se despidió de él, dejándole entre ofendido y humillado. La desolación se retrataba en el semblante de doña Mercedes. Aumentó su pena cuando vio que Lucio se batía en retirada:

-Muchas gracias. Entiendo que has querido decirme que soy todo lo contrario y quedo informado de que me tienes en muy pobre concepto. Eres muy amable.

Volvieron a verse con frecuencia. Ella estaba acostumbrada a visitar a la tía diariamente, con tanto mayor motivo cuanto eran vecinas. Él se manifestaba entre herido y reservado. Comprendía que la actitud de Asuntita era lógica y que tenía motivos de resentimiento. Ella, sin embargo, no volvió a provocarle. Era natural en todas sus actitudes y no daba señales de recordar el pasado. Cuando llegaba la ocasión, declaraba que era feliz en su matrimonio y que el cariño de sus hijos colmaba sus aspiraciones. Casi a pesar suyo Lucio comprobó que la muchacha había adquirido el aplomo y la distinción de una gran dama; que era muy inteligente y muy sagaz observadora; que los dos años de Europa, adonde la llevara el marido al poco tiempo de casados, le habían aprovechado maravillosamente. Hablaban por lo general de cosas triviales, pero él comprendía que entre ellos se interponía una nube que era necesario disipar por medio

de una explicación honrada. Hasta que un día en que se encontraron a solas, se decidió a abordarla.

-Asuntita -dijo-, yo me porté mal contigo y no supe apreciarte en lo mucho que vales. Era muy joven y la vida que llevaba me alejaba cada día más de la resolución de casarme. Tampoco creía que era justo exigir que me esperaras por más tiempo. No estaré tranquilo hasta saber que no me guardas rencor y que sinceramente me perdonas.

Guardó ella un largo silencio y por fin contestó con voz tranquila y reposada:

-No te acordés más de eso. Sólo fue una niñería. ¿Qué sabíamos del amor y de la vida en aquel tiempo? El amor es otra cosa. No necesitas que te perdone, porque nada tengo que perdonarte.

A partir de ese momento se hicieron verdaderamente amigos y la confianza empezó a reinar entre ellos, con gran satisfacción de la tía y del propio don Nicanor, que no había dejado de comprobar con pena la falta de un entendimiento fraternal entre sus sobrinos. Lucio fue informándose gradualmente acerca de la vida de Asuntita. El marido, don Federico Wende, acababa de emprender viaje a Alemania por razones de negocios y con el propósito de dejar allí a sus dos niños de ocho y nueve años, a quienes quería colocar en un buen internado para que aprendieran el idioma y recibieran una educación esmerada. La madre había accedido a esta separación, comprendiendo que era conveniente y que no debía contrariar las aspiraciones de su esposo, aunque le imponían un sacrificio superior a sus fuerzas. No había

querido acompañarlos por evitar un más duro desgarramiento si los veía quedarse en manos mercenarias y, además, porque sin intervenir ella directamente en la marcha de los negocios, era conveniente quedarse a vigilarlos.

Don Federico Wende había ido por primera vez a Santa Cruz como representante y agente viajero de una casa importadora. En viajes sucesivos fue enamorándose de la tierra y de sus gentes, hasta el extremo de concebir y realizar la idea de establecerse por propia cuenta. Los negocios marcharon bien y el comerciante se labró una situación envidiable, haciéndose estimar por su seriedad y corrección, a la vez que por su afabilidad y don de gentes. Cuando empezó a interesarse por Asuntita, los amigos le hicieron objeto de mil bromas inofensivas y de ciertos inocentes chascarrillos. Se trataba de la belleza más festejada que nunca había alentado las aspiraciones de ningún pretendiente. Con don Federico fue amable, aunque sin darle esperanzas. Él no la asediaba con declaraciones ni manifestaciones ruidosas. Era atento y respetuoso. Por eso fue que cuando se convenció de que no debía pensar más en el tarambana de Lucio, optó por conceder su mano, sin mayores aspavientos, al gringo que la solicitaba con tanta delicadeza y que le ofrecía una situación desahogada, segura y honorable. La pobre estaba curada de romanticismos. Era huérfana y aunque nada le faltaba en casa de sus tíos, comprendía que estos no habían de ser eternos y que ella necesitaba de un apoyo sólido en la vida. Al casarse ni siquiera pensó que se sacrificaba, aunque creyeran lo contrario los pretendientes desdeñados. El novio, además, era del agrado de sus tíos que temblaban a la idea de verla

en manos de cualquiera de los mocitos calaverones que la rondaban. Sin volverse loca por el marido, llegó a estimarle. Él por su parte, se desvivía por hacerse grato, por rodearla de comodidades y por satisfacer todos sus deseos que, por lo demás, nunca eran ni extravagantes ni excesivos. Si aquello no era la felicidad, no había duda de que se le parecía. Vio colmada su dicha cuando le nacieron los hijos: un par de angelotes rubios, sanos y muy simpáticos, que eran la chochera de don Nicanor y doña Mercedes.

Con esa especie de reconciliación con Lucio, la vida familiar cobró nuevos encantos, porque la muchacha volvió a ser en la casa lo que había sido siempre, antes de que la llegada del “primo” la hubiera alejado por unos días. Ahora acompañaba a doña Mercedes la mayor parte del tiempo, a la vez que se acompañaba ella misma, tan sola desde que partieron los hijos y el marido.

En cuanto a Lucio, seguía interesándose por las cosas que le rodeaban, con un empeño que hasta a él le sorprendía. Comprobaba que durante los años que durara su ausencia, la ciudad no había dado un paso en los servicios urbanos ni en cuanto a ornato o en materia de salubridad e higiene. Algo había adelantado el hospital, por obra de dos médicos cruceños educados en el extranjero, que se empeñaron en ampliar y mejorar la casa de salud. Pero todo lo demás seguía igual. Las calles cubiertas de arena que se metía en los ojos y en la boca de los transeúntes en cuanto soplabla el viento. Las aceras desiguales, en las que no se había cambiado un ladrillo desde que las casas fueron construidas. Los canales de desagüe formando en la vía pública charcos malolientes,

focos permanentes de infección y criaderos de mosquitos. El mercado inmundo, lleno de basuras y plagado de cucarachas y otros bichos.

Y como el mozo no se percataba de manifestar sus impresiones con vehemencia y con franqueza, no tardó en comprobar el efecto de sus críticas. “Puesto que todo lo encuentras malo –le habían dicho- estás obligado a contribuir con tus esfuerzos y tus consejos a que esa situación cambie o se corrija”. De allí nació la idea de hacerle munfcipe.

Cuando don Nicanor se informó de esos rumores, no le causaron desagrado ni extrañeza. Al fin y al cabo se trataba de una preocupación que podía contribuir a que Lucio se vinculara con su tierra.

–Lo único grave en el asunto –le expresó- es que tendrás que intervenir en la política.

Lucio afirmaba que esa no era su intención, pero al mismo tiempo se sentía halagado al ver que todos coincidían en sostener que su presencia en el concejo municipal era indispensable. ¿Quién mejor que él para intervenir en la obras públicas, para presentar iniciativas de mejoramiento y para llevarlas a cabo, dadas su experiencia su capacidad? Buen número de sus contemporáneos, por otra parte, habían organizado un nuevo partido político: el partido del porvenir, decían ellos, que se proponía reaccionar contra los métodos gastados y que se inspiraba en una tendencia localista. Empezaron a rodearle con el propósito de solicitar su adhesión a la entidad de moda, pero no quería dar su palabra y eludía todo compromiso, con subterfugios y evasivas. También las

otras agrupaciones trataban de atraerle a sus filas. Pero él, instintivamente, prefería reservarse, no por cálculo ambicioso, sino porque pensaba que el interés político había de ser un vínculo más que le reatará y le obligará a echar raíces en el solar nativo.

Pero los amigos no cesaban de asediarse, aunque la opinión de don Nicanor y la de Ricardo –para él muy valiosas- se inclinaban en el sentido de aconsejarle que primeramente se ocupara de sus asuntos personales y de asegurar su situación económica, para pensar después en consagrar sus energías a los intereses de la colectividad. “La caridad –decía don Nicanor- debe empezar por casa”. El tío insistía en que Lucio debía asumir la dirección de sus negocios y quería entregarle inmediatamente la administración de sus casas y de la estancia, para lo cual, una vez descansado de las fatigas del viaje, debía ir a Cordillera a ponerse en contacto directo con mayordomos y apoderados. Lucio estaba de acuerdo con esta manera de pensar y se defendía con tan razonables argumentos.

Mas el demonio de la vanidad empezaba a tentarle. ¿No le decían todos que un hombre de su valer y de sus méritos se debía a su tierra y a su patria? Acabó por creer que poseía las fuerzas y la capacidad para poder dedicarse algo más tarde al servicio de “la cosa pública”, como decía don Pedro Toledo, en su estilo campanudo y grandilocuente. Por otra parte veía con pena y con alguna envidia a mediocridades ejecutoriadas y a nulidades completas, ocupando las más elevadas situaciones. Los del nuevo partido, llamado pomposamente Autonomista, aprovechaban tan favorable

estado de ánimo para convencerle de que debía afiliarse al grupo, del que estaba llamado a ser indiscutible jefe. Le rodeaban continuamente, asegurándole que se ocupaban también de crearle popularidad y “hacerle ambiente”. Al mismo tiempo le llenaban la cabeza con la eterna cantaleta regionalista: Santa Cruz estaba abandonada y despreciada por los gobiernos; los recursos nacionales se empleaban en dar a los collas todo género de adelantos y de medio de progreso (ferrocarriles, caminos, etc.); las riquezas del oriente, entre tanto, permanecían estancadas.

Lucio Salazar llegó a creer de buena fe que sólo faltaban un impulso decidido y una voluntad fuerte para cambiar tan deplorable estado de cosas. Un puñado de hombres jóvenes, honrados e inteligentes podía arrastrar al pueblo a una acción decisiva que reivindicara sus derechos.

En esto surgió, entre los elementos más caracterizados, sin distinción de colores políticos, la idea de ofrecerle una fiesta de bienvenida, aunque ya había transcurrido un mes desde su llegada. La iniciativa mereció la aceptación más entusiástica. Pero los jóvenes, especialmente los del movimiento autonomista, se negaron a unirse a la manifestación, expresando que preparaban otra por separado, en la que Salazar se vería rodeado por los hombres de su generación, a los que estaba ligado por idénticos ideales y principios. Esta pugna por agasajarle habría sido suficiente para vulnerar la modestia de cualquier persona de mayor reposo y experiencia. En Lucio fue el comienzo de una especie de desvanecimiento de la voluntad, que podía conducirlo muy lejos. Para colmo de males, sus parientes y

amigos más cercanos se sentían tan ufanos como él ante ese desborde de homenajes.

Las dos fiestas se celebraron en fechas y en sitios diferentes. Rivalizaron en esplendor y en entusiasmo. La de “los viejos”, como decían los muchachos, tuvo realización en el Hotel Universal y consistió en un almuerzo con discursos y “con banda”. La de los jóvenes –entre los cuales había algunos que frisaban en los cuarenta años– tuvo lugar en una quinta de los alrededores. Picantes, chicha y orquesta criolla. No faltó quien hiciera notar que para una fiesta “cruceñista”, organizada por enemigos jurados de todo lo que oliera a colla, el menú y la bebida habían sido elegidos con poca *sindéresis* y sin sentido alguno de la realidad política.

–Puede ser– contestó uno de los organizadores–, pero los picantes son del gusto de todos y la chicha es mucho más barata que el vino y la cerveza.

Después del “día de campo”, Lucio y los manifestantes volvieron a la ciudad con la orquesta por detrás, ejecutando carnavales. Eran como cuarenta y algunos de ellos habían hecho los honores a la chicha y los cocteles, servidos con profusión. No faltaron los gritos de entusiasmo y los vítores al autonomismo y al “doctor” Salazar. Acompañaron a éste hasta su casa y allí, como era de rigor, fueron invitados a descansar. El descanso consistió en otra fiesta que se prolongó por varias horas. Nuevos, discursos, música y cerveza.

Al calor de las copas y de las efusiones inevitables, Lucio quedó vencido en sus últimos reductos y acabó por prometer que se uniría a la acción política de los autonomistas. Sería

munícipe, por lo pronto, y más tarde diputado. Aquél era el hombre que necesitaban por su preparación y su cruceñismo incontaminado.

El protagonista de la fiesta quiso todavía aplazar todo compromiso formal, alegando que su incorporación debía dejarse para cuando regresara de Cordillera, a donde tenía que viajar indispensablemente para atender sus intereses. La evasiva provocó una protesta tumultuosa y airada. ¡Cómo! ¡Un hombre como él, anteponiendo el interés personal al interés colectivo, cuando su pueblo lo necesitaba y exigía un sacrificio de su parte! Las elecciones municipales debían realizarse antes de un mes. Era la primera lid electoral que libraría el partido. Además, el viaje a la estancia podía postergarse para después, sin ningún perjuicio. No había disculpa que valiera. Estaba acordado.

Los más vehementes y los que llevaban la voz cantante eran los dirigentes del grupo: Cabrera, Arteaga, Hurtado y Montaña. El primero, abogado, que fuera condiscípulo de Lucio en el Seminario, aunque le llevaba en dos o tres años. Había ido al colegio ya machucho, desde el establecimiento agrícola de su padre. Era muy estudioso y de una ambición a prueba de desengaños. Tenía facilidad de palabra y grandes aptitudes para la carrera política: falta de escrúpulos e inconcebible audacia. El segundo, también abogado, aunque sin pleitos, malograba su inteligencia natural con una incontenible tendencia al alcoholismo. Cuando no estaba bebido, razonaba con algún acierto. Pero generalmente se encontraba bajo la acción del licor y, en tales condiciones, era violento y agresivo. Hurtado era el gracioso de la banda.

Todo lo convertía en chiste, aunque en realidad abusaba de su ingenio. Por un acierto que le era celebrado, incurría en mil impertinencias y salidas de tono que sólo festejaban sus aparceros. Montaña era quizá el más inteligente de todos, pero el peor inclinado. Temperamento bilioso, lleno de pasiones, calculador y despiadado. Buscaba en la política la manera de ejercitar venganzas y de cobrar agravios imaginarios. Era un amargado, un individuo a quien hacía desgraciado la felicidad ajena. Los demás eran muchachos de inteligencia mediana, algunos de buena fe y sinceramente movidos por la novedad y el atractivo de “la causa”.

Cuando los manifestantes se retiraron, don Nicanor, don Pedro y Ricardo, quedaron en conciliábulo con el héroe de la fiesta.

-Creo que no has debido comprometerte con tanta facilidad —expresó el cuñado de don Nicanor, invocando su autoridad y su experiencia en ese género de menesteres-. En política hay que andarse con tiento.

-Además —agregó Ricardo- presumo que quieren aprovecharse de tu dinero. Te creen riquísimo. Casi todos ellos son unos pelados. Si los ponés de cabeza, no se les cae del bolsillo ni el pañuelo.

Según la opinión de don Pedro, Lucio hacía mal en incorporarse al autonomismo sin saber exactamente de qué se trataba. ¿Le habían dado a conocer algún programa escrito? Todo hacía suponer que se proponían agitar el regionalismo solamente como un medio de propaganda personalista.

-Pero es la propaganda de una aspiración justa. En Santa Cruz no hay quien no vibre cuando se toca una cuerda tan delicada –argumentó Salazar-

Don Nicanor callaba. Quizá estaba en parte de acuerdo con su cuñado y con Ricardo, pero tal vez creía también que su papel consistía en dejar a su sobrino que tomara libre y espontáneamente la orientación que más le agradara. Como no había perdido el temor de que Lucio mantuviera secretamente el propósito de emigrar, en el fondo le asistía la esperanza de que éste, una vez envuelto en la política, le tomara afición, se apasionara por ella y ser arraigara. Se limitó a manifestar, a guisa de conclusión:

-Que sea lo que Dios quiera. Quizá es tu destino que te lancés a la vida pública. Un hombre de tus dotes puede y debe aspirar a las más altas situaciones. El camino es lo de menos, si se procede con honradez. Si algunos de esos jóvenes tienen propósitos torcidos, vos no los tenés y eso te basta.

Lo que Lucio no dijo, porque se le había exigido la más absoluta reserva, fue que Cabrera le había comunicado aquella misma tarde, que existía una agrupación secreta, además de la organización política oficial visible, que era en realidad la que dirigía y orientaba al partido. Los iniciados en esa especie de logia eran muy pocos. Oportunamente debían avisarle la fecha fijada para su incorporación. Allí sería informado de todo lo que no podía divulgarse en cuanto a los fines y a los alcances de la tendencia regionalista.

IV

Sin perjuicio de las actividades políticas, Lucio se venía ocupando de instalarse convenientemente. Hacía dos meses –decía- que abusaba de la hospitalidad de sus tíos; por eso deseaba poner término a una situación que le resultaba embarazosa. Necesitaba cierta libertad de movimientos. Pero doña Mercedes, al conocer sus intenciones, puso el grito en el cielo. No podía admitir que su sobrino saliera de la casa. Ella había entendido que se quedaría definitivamente a vivir con ellos. ¿Quién le atendería como su tía, si se instalaba en otra parte? ¿Quién cuidaría de su comida y de su ropa? ¿Tan mal le trataban que quería abandonarlos? ¿Tanta prisa tenía por gastar su dinero por el solo gusto de gastarlo? Don Nicanor, sin embargo, acabó por comprender que el mozo necesitaba disponer de cierta independencia y propuso una transacción. Lucio conservaría su habitación en la casa, para cuando fuera necesario, pero viviría oficialmente en la quinta que poseía en el Trompillo y que era parte de la herencia de sus padres. Apenas distaba algo más de un kilómetro del centro de la población. Comería con ellos cada vez que le tocara la hora en la ciudad y que estuviera libre de compromisos. La casera de la quinta lo atendería en lo demás.

En sus cotidianos paseos a caballo Lucio llegó una tarde hasta la vieja casona, comprobando que se podían utilizar, sin gran trabajo y con pequeño gasto, dos o tres habitaciones aireadas y espaciosas, además de una amplia galería que daba sobre la huerta. Sin pérdida de tiempo procedió a los arreglos necesarios: limpieza general, instalación de algunas lámparas de gasolina y de petróleo, colocación de tela metálica contra los mosquitos en puertas y ventanas, improvisación de un baño de ducha, con agua de la noria, utilizando un tanquecito portátil que se izaba por medio de una roldana. Algunos muebles de estilo rústico, ideados por él mismo, unas esteras de junco y dos hamacas para la galería, complementarían el menaje. El conjunto así logrado sería económico, a la vez que cómodo y agradable. Y una tarde, por fin en su habitación de la casa de los tíos, se entregó a la tarea de desembalar, auxiliado por Asuntita y por Ricardo, los libros y enseres que, con antelación a su viaje, remitiera de Europa, por intermedio de una casa de comercio, en cuatro grandes cajas que ya le esperaban en Santa Cruz desde antes de su llegada. Eran los restos de su departamento de estudiante acomodado, adornos y objetos de arte, amén de una mesa desmontable para dibujo, de algunas armas y de los útiles y materiales ajenos a la profesión de ingeniero.

Asuntita y Ricardo le ayudaban a desempaquetar, solícitos y curiosos, las maravillas que iban saliendo de las cajas: libros lujosamente encuadernados, un reloj de mesa, un gran tintero –aparatoso e historiado–, algunos cuadros –especialmente acuarelas y grabados–, varios adornos –pisapapeles y ceniceros– en bronce, cristal y porcelana,

fotografías –en su mayor parte de mujeres– que Asuntita contemplaba seria y callada; objetos de tocador, cigarreras de cuero y de plata, artículos deportivos y, lo más sorprendente, una magnífica colección de pipas de madera de ámbar y de barro, que hizo exclamar al bueno de Ricardo:

–¡Caramba! también pitás en cachimba? No sabía que te habías vuelto tan gringo.

–Sólo fumo en pipa cuando estoy en casa –contestó Lucio–. Es una costumbre de estudiante. Pero adoro mi colección de pipas como adoro todos mis cachivaches.

Lo que más había era libros, muchos libros, que el ingeniero iba colocando cuidadosamente en una mesa, para luego mandarlos a la quinta en paquetes ordenados. Ricardo y Asuntita devoraban los títulos, aunque casi siempre la desilusión se retrataba en sus semblantes. Estaban casi todos en inglés y francés. Excepcionalmente aparecía un volumen en español: Una antigua edición del Quijote, con hermosas láminas, algunos tomos de clásicos castellanos, obras históricas y colecciones de versos de autores americanos.

–Estos libracos en gringo –apuntó Ricardo– tienen la ventaja de que no te los pedirán prestados.

–¿No tenés novelas? –interrogó Asuntita.

–¡Cómo no! Entre estos libros hay algunas, pero no sé si serán de tu agrado. Novelas modernas hay en esa maleta. Las compré para entretenerme en el viaje. Pero no me entusiasman, con excepción de algunas de Valera, Palacio Valdés y Valle Inclán. También hay traducciones del francés.

La interesada abrió la valija que Lucio le había indicado y, con el permiso de éste, fue eligiendo las obras que particularmente le interesaban.

-¡Uy! Novelas de Felipe Trigo y de Blasco Ibáñez. ¿Me las prestás?

-Ya lo creo. ¿Con que te gusta Felipe Trigo? Es muy colorado...

-¡Vaya! Una mujer casada puede leer cualquier cosa- aclaró ella, poniéndose como la grana.

-Puedes cargar con todos esos libros y hasta quedarte con ellos. No me hacen falta. Es la literatura que está de moda en España y en la América española. No entra en mis gustos, aunque por curiosidad siempre leo de todo un poco.

Agotado el contenido de las cajas y colocados libros y objetos en el suelo y encima de las mesas, la habitación ofrecía un aspecto abigarrado y pintoresco.

-Parece que vas a poner una tienda –comentó la muchacha.

-La tienda se instalará en el Trompillo. Quedas invitada al estreno, que será, a más tardar, esta semana.

-Se nota que tenés apuro.

-No es apuro, hija, sino necesidad de poner orden y tener las cosas en su sitio.

-Que no te oiga tía Mercedes porque se va a morir de pena. ¡Qué egoístas son los hombres! Con tal de estar a sus anchas y de hacer su gusto...

El reproche fue demasiado vivo para que no diera en el blanco. Lucio miró a Asuntita severamente, ofendido por sus palabras. No comprendía su actitud airada.

-Mi tía es muy sensible y se altera por nada. Tampoco creas que me voy para siempre; pero deseo tener un lugar cómodo para trabajar. Además, siempre estaré aquí a todas horas, como de costumbre.

-Ya sabemos a qué clases de trabajos te dedicarás en la quinta. Cómo se nota que estás desesperado.

Y calló de golpe como avergonzada de su audacia. Fuera por efecto del calor, del ejercicio al vaciar los cajones o por cualquiera otra causa, tenía los ojos brillantes y el rostro arbolado. Ricardo subrayó la alusión con una risita solapada. Lucio protestó:

-No tengas cuidado. Serán trabajos serios y decentes. Qué mujer tan maliciosa y desconfiada...

Aunque cada vez más corrida y comprendiendo que había ido demasiado lejos, ella todavía tuvo bríos para replicar, aparentando serenidad:

-Ha sido una broma. No te imaginés que a mí me importa lo que podás hacer en la quinta. Creo que sos libre y dueño de tus actos.

Y sin agregar una palabra salió de la habitación, olvidándose hasta de llevar los libros que había separado. Los jóvenes se miraron silenciosamente.

-Hum... -musitó Ricardo.

A poco llegaron los “autonomistas”. Se hizo gran algazara con los libros y los objetos desembalados. Unos curioseaban los volúmenes de títulos dorados; otros se pasaban los objetos de mano en mano, especialmente dos estatuillas desnudas, que dieron motivos para ciertos chistes salaces; los de más allá examinaban las armas.

Montaño, el “sabio” del grupo, mientras hojeaba los libros, aprovechó la oportunidad para exhibir sus conocimientos y para dar una lección al europeizado, demostrándole de paso que también allí, en Santa Cruz, había gente a la que no se podía deslumbrar con rebuscados alardes de cultura.

-¿Moliere, Corneille, Racine? -Y hacía gala de pronunciar correcta aunque afectadamente los nombres extranjeros-. ¿Pero hay todavía por esos mundos quien se ocupe de esas antiguallas? ¿Horacio? ¿Virgilio? ¡Y en latín! Vaya, hombre. Creo que has venido a tomarnos el pelo.

Salazar atajó la impertinencia.

-Son los libros -dijo- que tuve necesidad de leer y comentar en la academia preparatoria en que me inscribí antes de ingresar en la universidad. El profesor de francés exigía que nos familiarizáramos con los clásicos. Les tomé afición y siempre me gusta frecuentarlos. No he tenido la intención de tomarle el pelo a nadie.

-No te acalores, que no es para tanto. Pero tampoco quieras apabullarnos con tu cultura clásica. Sin haber ido a Europa, también sabemos aquí algo de esas cosas. ¿Moliere? He leído El misántropo, El médico a palos y Las preciosas ridículas. De Racine conozco Andrómaca, Fedra y Atalía,

inspiradas en la tragedia antigua. Horacio y Virgilio tampoco me son desconocidos...

-Un momento -interrumpió Lucio-. Lo que más se admira en los autores clásicos es al estilista o al poeta. Y eso sólo puede apreciarse en la lengua en que fue escrita cada obra maestra. No sólo es cuestión de tema sino de arte literario.

-No hablo francés, pero lo leo y lo traduzco.

-No lo dudo, pero quiero darte una explicación del porqué he traído esos libros. Los aprecio y, además, como los tenía en Francia, no había razón para tirarlos. Por otra parte, son ediciones raras y de mérito.

-Ya comprendo. Por eso es que sirven para exhibirlas. Aquí no podemos darnos esos lujos. Lo que me extraña es no ver entre tus libros algo de sociología y de política.

-Eso no entra ni en mi profesión ni en mis gustos. Mis libros son de ingeniería o de arte. Nunca me he preocupado de política. Por eso es que, ahora mismo, pienso que hago mal en meterme en cosas que no entiendo. La política debe quedarse para ustedes, que la comprenden y la practican. Zapatero a tus zapatos. ¿No te parece?

Montaño quedó cortado. Comprendió que había “metido la pata”. No era rivalizando intelectualmente con Salazar y mucho menos tratando de criticarle, como se iba a conseguir que se afiliara abiertamente en el partido. Medió Cabrera, con melosa sonrisa, después de haber dirigido a su cófrade una furibunda mirada.

-No le hagas caso. Es que Montaña quiere siempre exhibir su sabiduría. Pero su vanidad es inofensiva. La política no es cuestión de técnica sino de patriotismo y, en nuestro caso, de amor al campanario.

Y Ricardo, que desde el principio de la discusión se agitaba nervioso, intervino sin acertar a contenerse.

-No es solamente vanidad –dijo- también es envidia.

-¿Envidia de qué? –saltó Montaña-. ¿Envidia de qué, especie de palurdo?

Como la cosa se ponía fea, se inquietaron los ánimos. El dueño de casa se apresuró a restablecer la calma.

-Hombre, Ricardo, no hay que tomarlo tan a pecho. Entre amigos estas cosas no tienen importancia...

Pero Bejarano ya había mordido el freno.

-¿Yo, amigo de ese envenenado? ¡Dios me libre! –exclamó, tomando su sombrero.

Y salió sin despedirse.

-A nosotros sí que Dios nos ha librado de su presencia –apostilló Cabrera-. Porque necesitamos conversar largo y detenido. El tiempo corre y hay que tomar importantes determinaciones. Basta ya de niñerías. ¿Podemos hablar en serio?

Lucio se apresuró a cerrar la puerta que daba a la calle, al propio tiempo que invitaba a sus amigos a sentarse.

En pocas palabras se explicó la situación. El próximo sábado se reuniría el partido en gran asamblea, en un club,

para expresarse en la jerga política. En esa reunión se proclamaría la candidatura para la elección de munícipes, candidatura en que figuraría el nuevo correligionario don Lucio Salazar, ilustre ingeniero titulado en Bélgica. La lista se componía de seis nombres: Salazar, Cabrera, Montaña, Hurtado, un señor Limpias (rico hacendado) y un artesano, Porfirio Campos, zapatero acomodado. Se habían presentado y seguían presentándose objeciones a la inclusión de este último. Los candidatos artesanos, se había dicho, son un peso muerto en las elecciones. Se cree generalmente que atraen la simpatía y los votos de las gentes de su clase, pero ocurre todo lo contrario. Los combaten por emulación. No les gusta que ninguno de ellos se levante por encima de los otros. Pero no faltaban las opiniones en contrario, afirmando que Campos tenía prestigios, amistades y vinculaciones muy útiles para la propaganda en favor del partido. Tenía además, una situación económica desahogada y estaba listo a suscribir con largueza la cuota para los gastos electorales.

Bajo la impresión recibida poco antes, Lucio aventuró una excusa y manifestó que quizá su nombre no debería figurar entre los candidatos. La protesta fue general. Ya estaba decidido y la noticia había despertado entusiasmo incontenible. ¿Iba a tomar en serio y se iba a resentir por las tonterías de Montaña?

Luego empezó a tratarse el capítulo de los gastos. Se dijo que quinientos pesos por candidato serían suficientes para cubrir las exigencias de una elección municipal, comprendiendo la propaganda de prensa, los carteles, las papeletas de sufragio, los clubes y, si a mano venía, hasta la compra de votos el

día de la elección. Pero como Arteaga hiciera constar que carecía de recursos, es decir, que estaba yesca, se propuso que se le eximiera de la cuota y que se cubriera el déficit con fondos del partido. Era de advertir que Arteaga gozaba de gran popularidad entre la masa obrera, porque se pasaba la vida bebiendo con los artesanos. Su inclusión en la lista tenía, pues, una importancia excepcional.

-Son los únicos que lo convidan –comentó Montaña por lo bajo.

Salazar preguntó entonces con qué fondos contaba el partido y se le hizo saber que con las acuotaciones de sus organizadores y dirigentes: mil pesos por cabeza, que solamente suscribían “los que podían hacerlo”. Como “él podía”, comprendió la indirecta.

En seguida se le dijo que debía incorporarse al grupo secreto, a la logia, reservada para los iniciados en las verdaderas finalidades de la agrupación y se le notificó que la ceremonia estaba señalada para esa misma noche. Hurtado y otro asociado vendrían a buscarle a los once y media.

Al despedirse, Cabrera le llamó aparte. Las necesidades de la campaña electoral exigían un esfuerzo económico. Le rogaba entregarle la cuota para las elecciones y, de serle posible de pronto, la contribución al partido. Lucio se allanó a extender en el acto un cheque por mil quinientos pesos, suma por la que se le otorgó un recibo. Emocionado por tanto desprendimiento, Montaña le expresó al despedirse, que le felicitaba por su biblioteca y que se prometía seguir cambiando ideas con él sobre temas tan interesantes.

Aquello era casi una explicación que borraba las huellas de lo sucedido.

-Aquí no hay con quién hablar de estas cosas –le dijo-. No hay ambiente intelectual. Milagro será si después de un año todavía te quedan ganas de abrir un libro.

-Espero que me quedarán por mucho tiempo –contestó el ingeniero-. Tengo la manía de la lectura.

-¡Ojalá! Parece que no te desagradan los buris y que tampoco te excusas de tomar un trago. Por ahí se dice que eres muy inteligente y muy ilustrado, pero que te gusta echar con frecuencia una canitas al aire.

-Como a cualquier hijo de vecino...

-Tanto mejor. En la vida para todo hay tiempo. También los vicios son útiles cuando se sabe administrarlos.

El “sabio” era un puro almíbar. Hasta le sonrió con servilismo y le golpeó la espalda.

Se despidieron cordialmente. Lucio los acompañó hasta la puerta y pudo notar que, al volver la esquina, estallaban en sonora carcajada. No se le ocurrió pensar que estuvieran burlándose de él. ¿Por qué habrían de burlarse? Algún chiste de Hurtado...

Más tarde regresó Ricardo, se quedó a comer y, ya entrada la noche, acompañó a Lucio a dar una vuelta por la ciudad. Ricardo estaba furioso. Siendo como era, tan bondadoso y sencillote, no le faltaba malicia para atribuir intenciones ocultas y planes torcidos a aquella banda de ambiciosos y

pedantes. Conocía la vida y milagros de cada uno de ellos y jamás se había prestado a formar parte de la camada. Estaba inquieto por el amigo y quería ponerle en guardia.

-Te sacaron plata, ¿no? –interrogó como al descuido.

-¿Cómo lo sabes?

-Apenas salieron de aquí fueron al banco. Sandoval, el contador, me lo acaba de avisar. Mil quinientos pesos son para ellos una fortuna...

-Bueno. Los gastarán en las elecciones.

-Lo que no gasten se lo meterán al bolsillo. Ya deben haberle hecho aflojar también al zapatero. Limpias les ha prometido setecientos, en cuanto venda su azúcar. Total, que ustedes pagarán la elección y probablemente serán derrotados.

-¡Pero hombre! Si nos derrotan a nosotros, también los derrotarán a ellos.

-No lo creás. No sería “la primera mona que desuellan”. Emplean las candidaturas cruzadas.

-¿Y qué es eso?

-Un procedimiento que consiste en suprimir de la papeleta del voto algunos nombres, o en sustituirlos con otros de las listas contrarias. La ley lo permite. Esos votos cruzados son depositados por los electores de confianza y, al hacerse el cómputo, arrojan una diferencia en favor de los autores del fraude. Esto asegura el triunfo de algunos, sacrificando a los demás. ¿Qué te parece?

-No creo que pretendan hacer eso conmigo. ¿Con qué fin?

-Yo tampoco, porque tu persona les da prestigio y necesitan explotarte. En esta elección tienen muchas probabilidades. Son activos e intrigantes. Ahora andan ofreciendo cargos municipales a todo el mundo. Además hay muchos inocentes que se tragan eso del regionalismo. La bandera que agitan es la del odio a los collas. Anoche ya hubo un incidente: casi mataron a palos a un empleado del telégrafo, que es cochabambino. Le asaltaron entre varios porque se negó a gritar “¡Viva Santa Cruz independiente!” No los conocés. Son capaces de todo. Y no pensés que te digo la verdad porque me han llamado palurdo. Estoy orgulloso de vivir del trabajo del campo. No soy como ellos, que viven “de la caza y de la pesca”.

Lucio guardó silencio, como si estuviera reflexionando. No creía que la exacerbación del regionalismo llevara a nada bueno. ¿Qué se conseguiría por ese medio, si el partido llegaba a triunfar en una elección de senadores y diputados? Se le tildaría de separatista y no podría alcanzar nada útil. Era necesario poner fin a esa tendencia absurda y contraproducente. ¿A los jóvenes no les bastaba imponerse con talento, honradez y buenas intenciones?

Ricardo parecía adivinar el curso de tales reflexiones.

-Han elegido –dijo– el único argumento que puede despertar al pueblo. Si triunfan, ya se las arreglarán para decir que no hay tal regionalismo y que se les calumnia para desprestigiarles. Por todo esto me inquieta que ingresés a la política en tan mala compañía.

-Lo que yo creo –alegó Lucio- es que tú exageras al atribuirles tan perversas intenciones. Estoy seguro de que entre ellos hay muchachos sinceros.

-Tampoco yo niego que los haya, pero son lo menos y los que carecen de influencia. El grupo está manejado por cuatro energúmenos. No hay cruceño que no aliente sentimientos regionalistas, porque nuestra tierra está harta de verse postergada y de ser tratada con injusticia. Pero no hay persona con dos dedos de frente que piense que Santa Cruz mejorará su suerte si se hace independiente o si se une a algún país limítrofe. Santa Cruz dentro de Bolivia puede serlo todo: fuera de ella será muy poco o no será nada. Yo soy campesino, pero no dejo de comprenderlo. Pero ellos saben que para arrastrar prosélitos necesitan encender las pasiones populares.

-No negaré que te encuentro razón –dijo Lucio, visiblemente preocupado-. Pero te aseguro que no me prestaré a servir de instrumento para tales fines. Si llego a descubrir que la conducta de mis amigos no es correcta y desinteresada, me separo de ellos sin ningún escrúpulo. Déjame ver, observar y darme cuenta.

-Te asiste el derecho más perfecto. Sólo he querido prevenirte. No pretendo hacerte ver a través de mis ojos ni que aceptés mi opinión a fardo cerrado. Por otra parte, si has decidido actuar en política, no sé qué otro camino podrías tomar. El partido del Gobierno, como siempre, está formado de incondicionales y de logreros que tratan de conservar la pitanza. Los opositores son, por lo general, otros tales, que tratan de recuperar las situaciones perdidas. Si alguna vez

aparece entre unos y otros un hombre y de buena fe, al final tiene que encerrarse en su casa, vencido y decepcionado.

-Pero no es posible –protestó Lucio- inhibirse y cruzarse de brazos sin haber luchado.

-Así es –asintió Ricardo.- Quién sabe si tu influencia les sirva de algo. Tu preparación y tu pureza de ideales pueden obrar un milagro.

A cada momento Lucio se maravillaba más de que Ricardo, tan modesto, poseyera ideas tan claras y tan sensatas sobre el problema político. Tras de un largo silencio se apoyó en el hombro de su amigo para decirle afectuosamente:

-Agradezco y aprecio mucho tus consejos. Procederé con cautela y siempre tendré en cuenta tus opiniones. Pero ahora debemos separarnos porque tengo un compromiso para más tarde.

Por calles extraviadas regresó a su casa. A la hora convenida vinieron a buscarle Hurtado y un muchacho muy alto y muy flaco, con aspecto de alucinado. Era de pocas palabras, misterioso y enigmático. Lucio lo recordaba vagamente, pero no había sido amigo suyo. Era menor que él por lo menos en cinco años.

-Me alegro de conocerle –saludó ceremoniosamente-. Estoy encargado de estar cerca de usted, una misión muy delicada. Supongo que estará prevenido.

Echaron a andar. En el trayecto explicó a Lucio, en tono confidencial, las características de la institución a la que iba a incorporarse. No debía sorprenderse de nada. El secreto

absoluto era la primera condición que se imponía a los asociados. Todo ellos eran “muy hombres” y no retrocedían ante nada. Si tenía miedo o sentía algún escrúpulo, todavía era tiempo de volverse atrás. El lema era, como en las novelas espeluznantes, “todos para uno y uno para todos”. La delación o la traición se castigaban con la muerte. Salazar no sabía si tomarlo en serio o soltarse a reír a carcajadas.

-¿Cuántos han muerto hasta la fecha? –interrogó, sin embargo, con intención de guasa.

-No se burle, compañero, que esto es muy grave –contestó el otro, solemne y amoscado-. El día que haya que suprimir a alguno, yo seré el primero en ofrecirme para ejecutar la sentencia.

Lucio le miró, dudando si estaría en presencia de un simplón o de un fanático peligroso.

-Callate, hombre –terció Hurtado cachazudamente- que vos no sos capaz de matar ni una mosca.

Y como el aludido se picara, fue a Lucio a quien correspondió el papel de poner paz entre los temibles carbonarios.

A poco se hundieron en la sombra de los barrios sin alumbrado, caminando por el centro de la arenosa calle, para apagar el ruido de los pasos y para no andar a tropezones por las aceras desiguales. Al incierto resplandor de las estrellas, Salazar se dio cuenta de que dejaban atrás las últimas casas y de que marchaban ya a campo traviesa. De repente se vieron detenidos por una

especie de muro blanquecino, que parecía cerrarles el paso. Lo flanquearon, tomando la derecha y recorrieron como un centenar de metros, por entre barbechos y malezas.

-¿El cementerio? –preguntó Lucio.

-Sí, el panteón –contestó su misterioso acompañante.

Se detuvieron algo más lejos éste imitó, con rara habilidad, el graznido de un pájaro nocturno. Después de breve espera se oyó a lo lejos un grito semejante. Un ruido entre los matorrales hizo comprender que alguien se aproximaba. Luego brotó una extraña claridad –el foco de una linterna- que dio de lleno sobre los recién venidos.

-Está bien –dijo una voz-. Por aquí.

Siguieron en silencio al hombre de la linterna, por un sendero sinuoso y estrecho que se abría en terreno inculto cubierto de hojas secas.

Lucio creyó recordar que se trataba de una extensión de campo baldío, reservada de tiempo atrás para una posible ampliación del cementerio.

-Este es un lugar seguro –dijo el conductor- al que nadie se atreve a venir de noche por el miedo a los muertos. Tampoco es frecuentado durante el día. Hemos arreglado una tapera abandonada, para reunirnos sin temor de sorpresas. También ponemos centinelas.

Tres golpes pausados fueron la señal para que se abriera una puerta. Los cuatro hombres penetraron en un recinto

lóbrego. Salazar se sintió guiado por uno de ellos, hasta que la puerta se cerró a sus espaldas y se encontró en las tinieblas.

Cuando fueron prendidas varias velas, Salazar pudo distinguir lo que le rodeaba. Luego vio que, a lo largo de las paredes sin blanquear y sostenidos sobre pilas de ladrillos, algunos tablones servían de asiento a varios hombres cubiertos con capuchas negras. Eran como diez o doce, silenciosos y enigmáticos.

El encapuchado que parecía presidir rompió a hablar campanudamente.

-Hermanos en el ideal: estamos reunidos extraordinariamente para recibir en nuestro seno a un nuevo afiliado, de acuerdo con los ritos establecidos. Señor Salazar: ¿está usted decidido a ingresar en la sociedad secreta Amigos del oriente y a comprometerse a todo lo que ordenan y exigen sus estatutos?

-No conozco esos estatutos –contestó el interrogado-. Para comprometerme tengo que saber exactamente lo que se exigirá de mí y cuáles son las obligaciones que contraigo.

-El hermano secretario dará lectura a nuestras constituciones.

Uno de los encapuchados extrajo del bolsillo algunos papeles manuscritos y empezó a leer el documento mencionado, cuya esencia establecía que no se trataba de una logia afiliada a la masonería internacional, sino de una organización local, exclusivamente destinada a trabajar por la felicidad, el porvenir y el engrandecimiento del

oriente del país, así como por el bienestar, la dicha y el progreso intelectual y material de sus asociados. Las demás disposiciones eran de orden reglamentario.

-Si no he entendido mal –expresó Salazar- se trata, más o menos, de una sociedad secreta de socorros mutuos.

-Todas las logias, con poca variación, persiguen el mismo objeto –declaró el presidente-. Nosotros nos ayudamos y protegemos mutuamente, porque hemos comprendido que sólo con una acción en absoluto solidaria podemos obtener la preponderancia que nuestra organización necesita para cumplir sus propósitos, no con fines personales ni mezquinos, sino altruistas y encaminados al bien colectivo. El poder y la influencia que cada uno de nosotros alcance, serán puestos al servicio de la institución y redundarán en beneficio de todos, al mismo tiempo que servirán para defender los intereses de nuestra tierra natal, que tanto lo necesita. Debemos mandar en Santa Cruz, en todas las esferas de actividad, para hacer posible la realización de nuestros ideales. Ya somos una fuerza, que día por día va aumentando. En las próximas elecciones nos apoderaremos de la municipalidad. Nuestro propósito es agrupar los elementos más eficientes y prestigiosos. Por eso hemos invitado al señor Salazar a que se nos una fraternalmente.

Lucio se dio cuenta de que nada había de reprehensible en los objetivos que perseguían los Amigos del Oriente, deduciendo de allí que su incorporación en nada podía perjudicarlo. Quizá, por el contrario, podía serle útil. En cuanto a las prescripciones reglamentarias: absoluto secreto, obediencia ciega a los acuerdos de la mayoría, obligación de

sacrificarse hasta la muerte, comprendía que eran postulados teóricos, destinados a asegurar la disciplina y mantener el sigilo.

Dada su conformidad, se procedió a recibir su juramento. La asamblea se puso de pie y, terminada la ceremonia, todos dejaron los capuchones y se acercaron a felicitarle. El presidente, a quien el iniciado ya había reconocido por la voz, era Cabrera. Estaban allí varios de los del grupo autonomista. Lo que no dejó de llamar su atención fue encontrarse con personas cuya presencia en aquel sitio ni siquiera había sospechado: funcionarios públicos (entre ellos un juez), dos comerciantes, un empleado de banco y hasta un oficial del ejército, todos cruceños.

Luego pasaron a sesionar. Entre los asuntos que se trataron no hubo uno solo que no tuviera carácter personal. Cierta comerciante se quejó de que el banco, cuyo administrador era colla, enemigo de todo lo cruceño, le había negado crédito. Se acordó, en consecuencia, abrir contra el banco una enérgica campaña de prensa. Se recomendó al juez que activara la libertad provisional de un obrero autonomista, que estaba preso por heridas y por escándalo. Al secretario de la prefectura, allí presente, se le recomendó que facilitara el nombramiento de un hermano de Cabrera, para un cargo subalterno en la oficina de su dependencia. Se habló, por último, de la elección de munícipes, acordando que debía ayudarse “a los amigos”.

La reunión se disolvió sigilosamente. Los asistentes regresaron a la ciudad por parejas aisladas y por rutas

diferentes. Lucio Salazar se acostó esa noche sin saber a ciencia cierta si había realizado un acto serio o si había incurrido en una majadería. Su buen criterio le inclinaba a suponer lo segundo. En todo caso estaba seguro de que la ceremonia no podía haber sido más ridícula y grotesca.

V

El traslado a la quinta tuvo que postergarse por algunos días. El carpintero había pedido prórroga para entregar los muebles que faltaban y, además, estaba próxima la fiesta de Las Maras, el establecimiento agrícola de don Nicanor. Era tradicional que en esta fecha se trasladara la familia al campo, con un grupo de parientes y amigos invitados. Lucio no podía faltar, como tampoco Ricardo que, además de íntimo de la casa, tenía su propiedad en la misma dirección. Como todos los años, la fiesta sería sonada. Habría misa con sermón —el padre Pérez estaba ya comprometido—, carreras de caballos y diversiones populares para el personal, sin contar las comilonas de mesa larga, la música y el baile.

Era costumbre que en aquellas ocasiones don Nicanor hiciera las cosas a lo grande. Además del festejo de su cumpleaños, la fiesta constituía una especie de obligación para con su gente y para con algunos de sus vecinos del campo, agricultores en pequeña escala, entre los cuales al señor Mendoza no le faltaban protegidos y compadres. Los grandes hacendados del contorno —la región de Montero y de Warnes— con rara excepción, no mantenían entre ellos muy estrechas relaciones. Generalmente tenían pleitos

o disgustos por linderos o por peones, siempre escasos y siempre dados a la perniciosa costumbre de abandonar un trabajo, dejando deudas, para conchabarse en otro, a cambio de dinero adelantado. Y aunque don Nicanor era en ese sentido inexorable —no contrataba un jornalero nuevo sin hablar previamente o sin entenderse por carta con el antiguo patrón— no podía decirse lo mismo de otros, que sostenían perpetuas rencillas porque no dejaban de sonsacarse mutuamente al personal. Una excepción de la regla era Ricardo Bejarano, que si bien no podía clasificarse entre los mayores terratenientes, mantenía sus trabajos en buen pie, sin perjudicar a nadie, y era un vecino honorable, un amigo seguro y un hombre decente en el más amplio sentido de la palabra. Don Nicanor, a decir verdad, no vivía en malas relaciones con nadie, pero rehuía el trato íntimo con aquellos de sus vecinos que encontraba poco simpáticos o que le eran desafectos por envidia o por celos injustificados. Aunque era miembro prominente de la Junta Rural del Norte, asociación fundada por los hacendados para proteger el interés colectivo y fomentar el progreso de la industria agropecuaria, no gustaba inmiscuirse demasiado en los asuntos ajenos, conociendo como conocía, por experiencia, los desagradados y dificultades con que se tropieza en el trato entre competidores y rivales. Tal conducta no le impedía, por supuesto, prestar un servicio, dar un consejo o acudir en ayuda del necesitado.

Esa política de don Nicanor había conseguido el feliz desarrollo de sus explotaciones agrícolas en gran escala, permitiéndole vivir en paz con todos y hacer de La Maras el establecimiento más floreciente de la región, con sus diversas ramificaciones industriales: cría de ganado, fabricación de

azúcar y de alcohol, curtiduría, aserradero y otros trabajos. El régimen disciplinario que había implantado para jornaleros y empleados, enérgico a la vez que patriarcal y humanitario, era la base sobre la cual descansaba la marcha de la empresa, sin tropiezos ni dificultades. Allí trabajaba todo el mundo, de la mañana a la noche, pero con alegría y provecho, porque la alimentación era sana y abundante, bueno el alojamiento y porque no faltaban los recursos de toda índole, ni los honestos esparcimientos. Había escuela, botiquín y tienda en que se vendían los artículos casi al mismo precio que en la ciudad, sin apreciable recargo. Todo estaba organizado y sostenido a su costa por el patrón que, al mismo tiempo era suprema autoridad para fallar en disputas, conciliar dificultades, castigar faltas y hasta para intervenir en desavenencias familiares. En su ausencia gobernaba el mayordomo o administrador, hombre de campo, activo y honrado, a quien el señor Mendoza había educado a su imagen y semejanza.

La casa de la hacienda era inmensa y formaba un cuadrilátero cuyas alas, constituidas por la vivienda del propietario y su familia, las habitaciones para alojados, la administración, los almacenes y depósitos y la maestranza, encerraban un enorme patio que se llenaba en las épocas de cosecha, sirviendo para secar el café y para mil otros menesteres. La capilla y la escuela formaban edificaciones separadas. Más lejos quedaba la fábrica de alcohol y la “casa de paila”, en donde se elabora el azúcar, con sus anexos de molienda de caña. Luego se extendían los potreros y los corrales, colindantes, con los terrenos de cultivo –más de trescientas hectáreas- que abarcaban sembradíos de

caña, arroz, de maíz y de yuca, independientemente de huertas y cafetales. Toda la extensión de la propiedad estaba circundada de cerco de alambre y los potreros cubiertos de pasto natural o de gramíneas cultivadas. Los corrales tenían valla de madera toscamente labrada, pero sólida, segura y a prueba de embestidas del ganado. Detrás de la casa principal estaban situados el gallinero, la cochera y las cuadras. A cierta distancia y formando una plazoleta, se agrupaban las casitas de los peones, con techo de motacú, sombreadas por algunos árboles, con aspecto rústico pero limpio y ordenado. Cada peón vivía con su familia y disponía del espacio necesario para las faenas domésticas y para la cría de algunos animales.

La entrada a la residencia, por amplia avenida bordeada de palmeras airosas y cimbreantes, remataba en una especie de terraza cubierta, circundada de un barandaje. Por delante había un jardincillo coquetón y bien cuidado. Muebles de mimbre y de lona rayada de vivos colores, daban a aquel recinto cierto aire acogedor y confortable. Don Nicanor estaba orgulloso de estas comodidades, que demostraban cierto buen gusto que él había introducido en su fundo, contrariando la rutina tradicional que se observaba en otras propiedades. Sabía que al principio los vecinos habían criticado sus innovaciones, pero que ya empezaban a imitarle.

Allí estaba, lleno de satisfacción y muy ufano, a la llegada de la alegre comitiva que venía de la ciudad y que había salido el día anterior, en coche o a caballo, para encontrarse en La Maras, a buena hora, en la víspera del acontecimiento que iba a festejarse. Venían en el coche doña Mercedes y

Asuntita, con don Pedro y el padre Pérez, amigo de la casa y habitualmente encargado de los oficios religiosos en acontecimientos semejantes. Los de a caballo eran Lucio, Ricardo, los Toledo, Antonio José y Pedrito, la novia de éste y una amiga de ella, muchacha de buen palmito y en estado de merecer.

Habían pasado la noche en Warnes, muy contentos, aunque bastante cansados por el trote de treinta y cinco kilómetros, más que menos, que mediaban entre el pueblecito y la ciudad. Las personas del bello sexo se alojaron allí con una familia amiga; el padre Perez, en la casa parroquial, y los jóvenes en la posada, pomposamente llamada “hotel”. En éste último sitio cenaron todos, en mesa redonda, con mucho apetito y extraordinaria algazara, unos bisteques con huevos fritos, rociados con unas botellas de cerveza que desataron el buen humor y prepararon los ánimos.

-Si así empieza la cosa desde aquí -había comentado el presbítero, que tampoco se andaba con remilgos- mañana y pasado se va a armar la grande.

La grande se armó, por de contado, desde el punto y momento en que los excursionistas, después de saludar a don Nicanor, de posesionarse de sus respectivas habitaciones y de desempolvarse someramente, volvieron a la terraza, donde empezaron a circular los aperitivos con alentadora profusión. Allí estaba ya la orquesta venida de Montero: dos guitarras, dos flautas y un violín, que atacaban violentamente un paso doble. Los galanes sacaron parejas y sin más dilación empezó el baile.

A la tercera corrida de copas llegaron nuevos invitados. En dos caballitos enclenques y colilargos se presentaron don Basilio Pedraza, vecino del lugar, su joven heredero y sus dos hijas. Las muchachas venían a la ancas. Don Nicanor salió a recibirlos, alborozado. Ayudó a las chicas a bajar de los caballos y se dejó abrazar con visible satisfacción.

-¡Compadre, cuánto gusto de verlos por acá! Ya creía que me iban a hacer la compañía del ahorcado...

-¡Qué esperanza, compadrito! Primero muerto que faltar en esta fecha, a comerle y a beberle medio lao.

-Así se hace. ¡Qué grandes y buenas mozas están mis ahijadas!

Don Nicanor hizo las presentaciones. Las dos muchachas, efectivamente, eran sus ahijadas de bautizo. Se mostraban tímidas delante de las señoras de la ciudad y parecían algo rústicas, pero eran frescas y bonitas de verdad. El muchacho era menor que ellas. Los jóvenes de la ciudad se acercaron como moscas a la miel, mientras el padre abrazaba a doña Mercedes con mil extremosos aspavientos.

Don Basilio Pedraza era el tipo de campesino cruceño de modesta situación, que posee un pedazo de tierra que cría unas vaquitas con su trabajo personal y el de su familia; que nunca sale de pobre, pero que vive sin mayores preocupaciones, satisfecho de su independencia y solamente ansioso de conquistar el aprecio de las gentes. Bonachón y algo simple, no era por eso un individuo ignorante ni completamente iletrado. Había estudiado algo y no se resignaba a que le tomaran por cualquier destripaterrones.

Su único lado flaco era el de la predilección por las palabras y frases rebuscadas, con cuyo empleo pretendía demostrar que había recibido una esmerada educación. Odiaba el lenguaje ordinario y vulgar y, aun hablando con los cambas usaba expresiones castizas y cuidaba de la pureza del léxico, incurriendo en exageraciones peregrinas y verdaderamente regocijadas. Por cierto que tal empeño le ponía en ridículo y provocaba entre sus conocidos mil burlas malintencionadas. Pero él se encogía de hombros y despreciaba esos brotes de lugareña estolidez. Detestaba particularmente los modismos y los giros del lenguaje popular y no transigía con las expresiones regionales provenientes de las lenguas indígenas. Su lectura favorita era el diccionario de la lengua y se decía que estaba empeñado en aprenderlo de memoria.

Cuando Pedraza saludó a Lucio, le reconoció como antiguo compañero de colegio. Pero resultaba que en la época en que el primero terminaba la secundaria, el otro ingresaba al ciclo primario en el mismo establecimiento. Unos doce años de diferencia. Lo que no fue obstáculo para que don Basilio se lanzara al tuteo y para que proclamara en alta voz que acababa de encontrarse con un antiguo condiscípulo.

-Ya sé -le espetó- que has cruzado el piélagos y que tu psiquis ha brillado en las justas ecuménicas de las ciencias y de las artes. Pero presumo que no rehusarás tu amistad a este humilde e ignaro agricultor que cumple su sino fecundando el humus, proliferando la simiente y produciendo la mies que se transformará en nutritivo sustento.

-¡Bravo! -gritó Ricardo, amigo de Pedraza y festejador infatigable de su enrevesado lenguaje. -¿Qué te habías creído? También aquí sabemos expresarnos.

Salazar sonrió de buen talante e invitó al “condiscípulo” a brindar por el feliz encuentro. Minutos después doña Mercedes daba la señal para pasar a la mesa.

En el gran comedor, un tanto desmantelado, tomaron asiento, a la derecha e izquierda de los anfitriones, que ocupaban las cabeceras, los bulliciosos y hambrientos comensales. Las señoritas de la ciudad se situaron juntas e iniciaron un cuchicheo con risitas contenidas, que parecía referirse a las chicas del campo, cuyos atavíos, además de modestos, quizá no estaban de acuerdo con las exigencias de la moda. Éstas se detuvieron junto a la puerta, algo corridas y con señales de azoramiento. Pero Ricardo y Lucio, a la ley de hombres mundanos y galantes, acudieron a ayudarlas y les brindaron asiento.

Transcurrió la comida dentro de la mayor animación. A pedido de Ricardo, habló don Basilio para brindar por don Nicanor, en los términos más rebuscados y floridos de su repertorio. Todos aplaudieron rabiosamente, tal vez para ocultar la risa, que les retozaba por el cuerpo.

-Usted siempre hace hablar a mi papá para que se burlen los puebleros -censuró una de las hijas, Petrona, más conocida por el diminutivo de Pituca.

Protestó Bejarano. ¡Cómo! Nadie pensaba en burlarse del señor Pedraza. Y aunque así fuese, don Basilio gozaba hablando en público y no había por qué privarle de ese gusto.

-No me convence. Me la va usted a pagar...

-Se lo pago cuando quiera. En cuanto estemos solos la dejo hacer conmigo lo que le dé la gana. Me entrego sin condiciones a su venganza.

En esto se puso de pie el padre Pérez y dijo su brindis como todos los años. Hizo votos por la salud y felicidad del señor Mendoza, cuyas virtudes cristianas puso de manifiesto. Como al día siguiente, con tanta fiesta, las gentes no estarían para discursos, se había tomado la resolución de felicitar a don Nicanor en esta comida de la víspera. Contestó este con la mayor sencillez sin levantarse del asiento y agradeció a los oradores, asegurando que se sentía dichoso al verse rodeado, una vez más, por su familia y sus amigos predilectos.

Todos volvieron a la terraza, a excepción de la gente joven, que optó por pasearse a la luz de la luna, con pretexto de despejar la cabeza. A Lucio le tocó acompañar a la otra hija de Pedraza, que había sido su vecina de mesa. Se llamaba Luisa y era muy simpática y algo ingenua. Confesó que tenía dieciocho años y que la rondaba un pretendiente: un muchacho de su trecho, que a ella no le gustaba porque forzosamente la condenaría a soterrarse allí, en el campo. Tenía ansias de cambiar y de ver el mundo.

No había estado en la ciudad más que una vez. Lucio aventuró algunas galanterías. Siendo ella tan guapa, bien podía aspirar a algo mejor. La encontraba encantadora, pero ella no le creía. Seguramente se lo decía por reírse de ella.

Allí estaban esas muchachas de la ciudad, tan elegantes y desenvueltas. Ella ni siquiera sabía bailar los bailes de moda. ¡Quién se iba a fijar en una pobre campesina!...

Salazar aprovechó un accidente del terreno para tomarla del brazo y seguir así, oprimiéndoselo suavemente y acariciándole la mano. Regresaron a la casa en momentos en que volvía a oírse la orquesta y se reanudaba el baile. La francachela duró hasta avanzadas horas y Luisita no rehufó las libaciones. Lucio siguió calentándole las orejas y asegurando que le tenía prendado. De rato en rato, Ricardo cogía la guitarra y entonaba canciones amorosas, tristes y lánguidas. Y así, hasta las doce, hora en que se renovaron las felicitaciones a don Nicanor, con gran ruido de cohetes en el patio, gritos de júbilo y desbandada general.

Ricardo y su amigo tenían la misma habitación. Al acostarse y mientras tomaban el sueño, cambiaron impresiones. Las Pedracita eran *bocato di cardinale*. Y no tenían nada de esquivas. Lucio convino en que había pasado una noche muy agradable.

Se despertaron muy temprano con la música y el repique de campanas. Los peones tenían también su orquesta, compuesta de flautas y tambores. Después de afeitarse y hacer sus abluciones, Ricardo y Lucio salieron a dar una vuelta por las diferentes reparticiones del establecimiento. Habían cambiado los trajes de montar por ropas ligeras y claras. La temperatura era ya un tanto calurosa y les hizo bien la brisa mañanera.

Volvieron cuando llamaban al desayuno.

Estaban ya en el comedor todos los fiesteros, muy peripuestos y endomingados. A medida que se iban despachando, salían para dirigirse a la capilla.

La misa fue solemne pero no muy larga. El elemento masculino joven se situó junto a la puerta para ver salir a las muchachas. Luego se les reunió para ir hasta la plazoleta, donde debían empezar las diversiones de la peonada. Administrador y capataces se multiplicaban para repartir algunas botellas de aguardiente, los costillares y las grandes lonjas de carne con que debían prepararse los asados al aire libre. El personal había comenzado el baile. Era de ver a las cambitas de pie descalzo, contoneándose abrazadas a los galanes de camisola y pantalón de macana. Algunas eran graciosas y bien formadas. La alegría parecía contagiosa y no tardó en hacerse general.

-¡Caramba, que usted es mirón! –le sopló Luisita a Lucio, haciéndose la disimulada-. No me ha dejado oír misa como Dios manda.

-¿Quién, yo? No podía evitarlo. La encontraba más bonita que la virgen que estaba en el altar.

-¡Jesús, qué hereje!

Entre las otras parejas menudeaban los diálogos. Volvieron a la casa y otra vez se organizó la danza. Era lo que decían los forasteros: “Estos cruceños se pasan la vida bailando”. Aunque Lucio bailaba con todas, daba siempre preferencia a su conquista. Aquella, a la vez, lo complacía y halagaba.

Después del almuerzo don Nicanor notificó a sus invitados que quedaban en libertad para descansar y dormir la siesta hasta las cuatro. A esa hora se realizaría la carrera que estaba preparada: el potro moro contra el caballo de don Antonio Ortiz, rico propietario cuya llegada se esperaba de un momento a otro. Mil pesitos, fuera de las apuestas que pudieran concentrarse. Luego vendrían los toros y se comería un asado.

Salazar necesitaba descanso. Había bebido mucho, porque con el sistema de “obligar” con las copas, no era posible excusarse. “Con usted, señor. Le obligo por entero”. Y la respuesta consabida: “Pago y obligo”. La cadena interminable. Y si con los hombres se podían eludir estas efusiones, sobre todo cuando ellos eran de confianza, con las mujeres era imposible, porque toda negativa constituía un desaire. Y estas chicas del campo eran como esponjas. No valía ni excusarse por enfermedad, porque la respuesta era fulminante: “Si está enfermo ¿por qué no va a acostarse?”. Por otra parte, Lucio acababa de tener un desagrado. Viendo que Asuntita bailaba con Ricardo, se había acercado a invitarla y ella se había negado.

-¿Para qué vas a bailar conmigo? Te faltaría tiempo para tus flores del campo.

Y como él insistiera, tratando de arrastrarla por la fuerza, le había lanzado a la cara:

-Déjame en paz. Estás borracho.

Presenciando la escena, Ricardo había sonreído enigmático. Y él, Salazar, se había afirmado en la convicción de que Asuntita le seguía detestando.

A la hora fijada, la comitiva se encaminó a pie hacia el lugar en que la carrera debía celebrarse y que era poco distante de la casa. La pista había sido preparada en uno de los potreros y trazada en línea recta, formando dos trochas paralelas, libres de hierba y convenientemente apisonadas. Los caballos debían correr por esos senderos y sin salir de ellos. Entro uno y otro mediaba la distancia necesaria para que los jinetes no pudieran perjudicarse mutuamente. Allí era imposible toda triquiñuela semejante a las que usan los jockeys en los hipódromos: cruzar al adversario o impedirle el paso con alguna maniobra contraria al reglamento.

Estaba ya presente don Antonio Ortiz, que esperaba con impaciencia. Le acompañaba un grupo nutrido de jinetes, todos ellos gente del campo, amigos suyos y aficionados a las carreras. El caballo que debía correr por su cuenta, un bayo nervioso y de mayor alzada que el moro, estaba allí, cogido de la rienda por un peón que trataba de calmarlo.

Don Nicanor llegó con su gente y con la escolta de la peonada y de la chiquillería ansiosa de presenciar el espectáculo.

Se saludaron cordialmente. El señor Ortiz –un hombre como de cincuenta años, entrecano y de buen tipo- descendió de la cabalgadura para complimentar a doña Mercedes y a la compañía. Luego volvió a montar, porque dijo que se veía mejor la carrera desde encima del caballo. El moro estaba ya allí, conducido por un hombre de confianza.

Se ultimaron los arreglos, se midió la distancia –unas doscientas varas, es decir, dos cuadras- se colocó un juez

de llegada y don Basilio Pedraza se encargó de dar la señal de partida.

La carrera debía ser “en pelo”, según la costumbre inveterada. Nada de silla ni de pesos inútiles que estorbaban los movimientos del caballo. Los jinetes eran dos peones, vejancón el uno y el otro muy joven, casi un muchacho. El primero tenía la cabeza amarrada con un pañuelo rojo; el otro la llevaba libre y despejada.

De un salto se pusieron encima de los caballos. Los animales aumentaron su brío al sentir a sus jinetes y la partida se hizo algo dificultosa porque no se conseguía igualarlos.

Un grito unánime saludó la salida y luego sobrevino la ansiedad general por el desarrollo de la prueba. Los dos caballos corrían juntos, formando un solo grupo, sin que fuera posible advertir cuál llevaba ventaja. Los jinetes castigaban sin piedad. Cuando el juez de llegada bajó un pañuelo, que mantenía en alto, muchos corrieron para conocer el resultado. El bayo de Ortiz había ganado por medio cuerpo.

Don Nicanor se acercó a su adversario, invitándole a que llegara a la casa a descansar, pero éste se excusó atentamente, alegando que debía regresar a su “lugar”, que era tarde y que tenía que caminar más de tres leguas. Y, despidiéndose, emprendió el regreso, seguido de sus acompañantes, no sin haber convenido en repetir la carrera en una fecha que fue señalada y por una suma el doble de la apostada aquella vez.

La expectativa de los toros hizo olvidar el desagrado producido por la pérdida de la competencia hípica. Aquel

número debía realizarse en uno de los corrales próximos a la casa de hacienda. No bien la familia y los invitados tomaron posiciones en el tablado que estaba dispuesto, se abrió una tranquera e ingresaron a la palestra tres hombres de a caballo que conducían, con lazos atirantados que le mantenían sujeto, a un torito negro, adornado de moños de cinta roja y provisto de una carona bien cinchada, a la que se había amarrado una bolsa con dinero. En cuanto el bicho se vio libre de dogales, para lo cual fue necesario ejecutar una maniobra complicada, surgieron los improvisados toreros, se acercaban con timidez y echaban a correr en cuanto el cornúpeto hacía la tentativa de enfrentarlos. De todas partes surgía una rechifla atronadora. Eran los peones con sus familias, encaramados en lo alto de las tranqueras. Por fin apareció un valiente, provisto de un trapo rojo, y el toro se le echó encima, sin darle tiempo a ejecutar ningún esguince. Un grito de espanto salió de todas las gargantas, pero se cambió en suspiro de alivio cuando se vio que el encontronazo no pasaba de un revolcón. El maltrecho lidiador se puso en pie, requirió el capote y citó a la fierecita, que acudió al reclamo.

Esta vez se realizó la suerte con limpieza, una, dos, tres veces, y estalló la ovación por todos lados. El torito salió por la tangente y se alejó hacia otro extremo del corral.

En esto hizo su aparición un nuevo actor, cuyo paso era inseguro y tambaleante. No llevaba más defensa que su chaqueta en la mano y se dirigía al toro con inconsciente temeridad. Don Nicanor gritó a los hombres de a caballo:

-¡Saquen a ese borracho! ¡Se va a hacer matar!

A duras penas consiguieron arrastrarlo fuera del recinto. Insistía en que aquello era, para él, juego de niños. Volvieron a la carga los toreros improvisados y acosaron al cornúpeto por derecha e izquierda. Huían los unos y acudían los otros, hasta que consiguieron fatigarlo. Por fin pudieron atraerlo junto a un árbol solitario y allí, amparándose en el obstáculo, con astucia y con engaño, le arrancaron la carona y la taleguita del dinero. El público dejó escuchar un clamor de protesta y don Nicanor intervino para que se diera la mitad del botín al del trapo rojo y se repartiera el resto entre los otros.

La novelería se concentró luego en los juegos populares. Frente a la casa estaban instalados los entretenimientos tradicionales: el rompecabezas y el palo encebado. El primero era un armatoste cilíndrico al que había que encaramarse con tiento, tratando de conservar el equilibrio, hasta alcanzar el premio –un pañuelo, una menda o una botella de licor- que se colocaban en el otro extremo del aparato. Cuando parecía que algún afortunado estaba a punto de atrapar el objeto ambicionado, un movimiento brusco o un estremecimiento nervioso hacían girar el mecanismo y daba en el suelo con el aspirante, en medio del consiguiente coro de carcajadas.

En el palo encebado los mozos habían estado luchando desde la mañana. Era muy alto, muy liso y completamente embadurnado de materias lubricantes. Los más afortunados habían llegado a la mitad –unos diez metros- bregando con extraordinario esfuerzo de pies y manos. La cucaña estaba plantada verticalmente y eran muchos los candidatos que ambicionaban llegar al extremo superior, colgado de prendas de vestir, baratijas y dinero.

Las probabilidades eran para los que vinieran luego, los pretendientes anteriores, con sus ropas, habían limpiado en gran parte la cucaña. La ascensión tenía que ser más fácil. Por eso se disputaban el turno, hasta el extremo de que el mayordomo tuvo que intervenir para poner orden entre los candidatos. Al fin se dio la preferencia a un muchacho de apariencia desastrada. Ligándose los pies con una correa y frotándose las manos con arena, para hacerlas menos vulnerables, al jabón y a la grase de que estaba recubierto el palo, inició la ascensión con verdadero ímpetu y en pocos minutos alcanzó la mitad de la pértiga. Después de corto descanso reinició la tarea y ante la sorpresa general consiguió encaramarse en el estacón atravesado en la extremidad superior y empezó a descolgar y a lanzar a tierra el botín tan codiciado: pañuelos, un sombrero nuevo, una camisa, un cuchillo de campo. Sólo se puso en el bolsillo el dinero y una botella de aguardiente, que podía romperse si la arrojaba desde arriba. Bajó como un rayo, resbalando con gran facilidad y presteza, para evitar que desapareciera el producto de su trabajo.

Las carreras de “embolsados” fueron el número siguiente.

En el comedor esperaba el asado, al que hicieron los honores la familia y los invitados. Pronto se encendieron las luces y continuó la jarana.

-Pero esto es matador –comentaba Lucio, que había perdido la costumbre de tales festejos-. Estas son las bodas de Camacho.

-Esto no es nada -afirmaban los demás-. Esto sigue hasta mañana por la tarde.

Y siguió, efectivamente, aunque al tercer día ya no podían tenerse en pie los más aguerridos y entusiastas. Don Basilio dormía la mona en una hamaca. También a uno de los jóvenes Toledo se le había ido la mano en el “trago”. Las sacerdotisas de Terpsícore tenían los pies hinchados.

El almuerzo, como era natural, fue un poco lánguido. Todos estaban cansados. Los que mejor se tenían eran los dueños de casa: doña Mercedes, don Nicanor, Asuntita y don Pedro, que rehuían las libaciones y se acostaban temprano. Después, hasta el padre Pérez había participado en el fandango. Sin faltar a la normas gustaba de la compañía de las muchachas, y se pasaba las horas muertas contemplando el baile y escuchando las canciones, a las que era aficionado. Lucio comunicó a sus tíos que no regresaría con ellos a la ciudad. Ricardo le había comprometido a pasar por su establecimiento y a quedarse allí un par de días para ir a cazar. Como la familia Pedraza vivía en la misma dirección, saldrían juntos en cuanto bajara el sol. Por lo tanto, el concurso tenía que dividirse.

Nadie objetó la determinación. Lucio había traído su escopeta y era natural que quisiera aprovechar de aquella escapatoria para gustar un poco más de las delicias del campo. Hubo sí, algunas sonrisitas disimuladas.

A la hora de partir todos estaban en el patio, a excepción de Asuntita, que no aparecía por ninguna parte. Ricardo y Lucio la buscaron para despedirse, sin poder averiguar en

dónde se encontraba. Las Pedraza volvieron a acomodarse como habían venido, a la grupa de los caballos del padre y del hermano. Como Lucio montaba el moro, creyó oportuno consolar a su tío por haber perdido la carrera.

-¿No cree usted, tío, que el potro se portó mal por el mucho trabajo que le he dado esta temporada?

-No hijo. Todo lo contrario. Todavía está un poco gordo y algo pesado. Lo que sucedió fue otra cosa que acabo de averiguar. Antenoche lo descuidaron estos bárbaros. Se escapó y estuvo retozando con las yeguas. Si llegó a saberlo a tiempo, suspendo la carrera. Y, a propósito, tené cuidao. A lo mejor te pasa lo mismo en las elecciones.

Una carcajada general acogió la salida de don Nicanor. Por suerte la familia Pedraza había tomado ya la delantera y doña Mercedes estaba distraída en otra cosa.

VI

Saliendo de los dominios de don Nicanor, los dos amigos tomaron el camino que había de conducirles a El Cafetal, la propiedad que Ricardo poseía por el lado de Montero. Éste necesitaba urgentemente aparecer por allí, pues la llegada de Lucio le había retenido afuera mayor tiempo del que tenía pensado. Atendía sus trabajos agrícolas personalmente y residía en Santa Cruz sólo durante cortas temporadas. El establecimiento era herencia de su padre, pero como su madre vivía, trabajaba también para ella.

Los Pedraza había tomado la delantera pero Ricardo y Lucio no se dieron prisa en alcanzarlos y marcharon al paso comentando los incidentes de la fiesta. Después de tanto bullicio y ajetreo, no les disgustaba encontrarse aislados en medio del campo, en la tranquilidad de la tarde serena y plácida.

Entre ellos mediaban largos silencios, como para dar lugar a la reflexión y al descanso. Lucio estaba ansioso de concentrarse en sí mismo, pues los acontecimientos y las emociones de los últimos días le tenían algo desconcertado. ¿Cómo era posible que le sucediera lo que le estaba sucediendo? ¿A dónde habían ido a parar sus petulancias

de mujeriego y de mundano y sus experiencias de hombre maduro, que sabe analizar sus impresiones y ponerlas a tono en cada caso? “Los hombres no cambian –le había dicho Ricardo- y son siempre los mismos, cualquiera que sea el ambiente en que se educan. Tú sigues siendo el muchacho impresionable y romántico”. Le irritaba la claridad con que su amigo leía en su espíritu y adivinaba sus estados de alma. No le sorprendió, por lo tanto, que le abordara, preguntándole:

-¿Preocupado?

-Preocupado... ¿de qué? No es para tanto.

-No me refiero a la que va adelante. Tu preocupación se quedó en Las Maras.

-¿Qué quieres decir?

-Lo que estás pensando. Mejor sería que fueras franco.

-¿Qué crees tú que le sucede a la Asunta? ¿Por qué se las ha tomado conmigo y siempre me está molestando?

Sonrió Ricardo.-¿No sabés por qué? Y te creés una bala perdida...

-Yo no me creo nada. Pero no hallo justo que las tonterías del pasado den lugar a ese rencor que me sigue por todas partes.

-No se trata de rencor sino de celos. ¿Cómo podés estar tan ciego? Celos porque te mudás de casa, que el otro día no pudieron contenerse, cuando se habló de tu traslado a la quinta; celos porque bailás con otra; celos ahora, al ver que

hemos salido de Las Maras, al parecer en seguimiento de las Pedraza.

-Pero no alcanzo a comprender lo que pretende con todo esto.

-Yo no creo que pretenda nada. Simplemente está enamorada como lo estuvo siempre. Pero no te inflés, rana, que podés reventar. Asuntita es una mujer honesta y nunca se ha dicho de ella la cosa más pequeña que pueda comprometer su honra ni su fama. Lo que pasa es que no puede contenerse. Trata de dominarse y es en vano.

-Te juro, sin embargo, que no he pensado perturbarla y que no se me ha cruzado por mi mente la idea de hacerle el amor.

Mentía a sabiendas. Se mentía a sí mismo y le mentía al amigo de la infancia. En realidad, todos sus pensamientos y sus actos estaban dominados por esa sola preocupación.

-Pues, por lo mismo. Si hubieras empezado a arrastrarle el ala, te habría mandado a paseo. Se habría ofendido a la idea que de la supusieras conquistable. Como no le has hecho caso, aparentemente al menos, ella solita ha caído en la trampa. Confesá que te habías dado cuenta y que por eso querías mudarte de casa. Entre santa y santo, pared de cal y canto.

-¡Qué más quisiera yo! No hay mujer en Santa Cruz que valga lo que ella vale. No creas que he dejado de pensar en lo necio que fui echándola en olvido y permitiendo que se casara con otro. Pero ya no tiene remedio. La quiero y

la respeto demasiado para tratar de perjudicarla. ¿Qué dirán mis tíos? Mujeres hay muchas, sin que sea necesario estropear la vida de nadie.

-Muy bien dicho y muy bien pensado. Por lo pronto, ahí va, a poca distancia, la menor de las Pedraza. Es una hembrita de primera y se ve que le has hecho tilín. Esa cae en cuanto quieras extender la mano.

-¿Tú crees?

-Se nota a la distancia. Además parece que tiene temperamento. De casta le viene al galgo. La madre dio mucho que hablar hasta que, al fin, abandonó al marido con los hijos y se fue a darle gusto al cuerpo con uno que le calentó los cascos. Por eso es que el pobre don Basilio se consuela empujando el codo. Si Luisita aún no ha caído es porque no ha encontrado un hombre que le guste. Tiene un novio que la aburre. Pituca es más calculadora y quiere casarse, pero con alguien que la saque de pobre y la haga subir de clase. Yo le ando endulzando el oído hace tiempo, pero sin resultado.

A la vuelta de un recodo dieron alcance al grupo de los Pedraza, padre e hijo, con el par de muchachas a las ancas.

Al divisarlos exclamó Pituca, con una malicia que le retozaba en el semblante:

-Estábamos creyendo que no venían. Como habían tantas interesadas en Las Maras...

Seguramente se refería a la novia de Pedrito y a su amiga, una chica insignificante que en las horas de baile se los

habían disputado, no precisamente por interés sino por coquetería y vanidad.

-Pues ya ven -contestó Ricardo- que ustedes salieron ganando. No quisimos quedarnos ni rogados.

-Para lo que han de servirnos. Ustedes se van a El Cafetal y en el camino nos van a dejar botadas.

-Por esta noche, sí. Pero si cazamos un puerco del monte lo llevaremos mañana a La Senda y comeremos un buen asado. Llevaremos también unas botellitas y pasaremos un rato agradable. ¿Qué opina don Basilio?

A don Basilio la idea le parecía de perlas. Propositiones como aquélla no eran para rechazarlas. Además “se le había abierto el punto” en los días de jolgorio y era de los partidarios de “seguirla”, atenta la consideración de que en el campo escasean las oportunidades.

-¿Y si no cazan nada? -interrogó Pituca, desconfiada.

-Iremos de todos modos. No faltará en El Cafetal un chivito o una mamona bien cebada.

A la caída de la tarde la tribu de don Basilio hizo alto en una encrucijada. De allí se apartaba el camino que la llevaría a su casa.

-Así que mañana...

-Mañana, a la tardecita. Como es sábado... Nos esperan con el horno prendido y con unas yucas asadas -notificó Bejarano.

-Como se pide –decretó don Basilio-. La gente que labora y que vive perpetuamente uncida a la obligación de ganar el vil mendrugo, necesita de vez en cuando un paréntesis de solaz y esparcimiento. Mi humilde morada está siempre abierta para los amigos predilectos. Sólo hallarán pobreza, pero encontraran mucho cariño.

-¿Es verdad eso? –interrogó Lucio a Luisita, por lo bajo, poniendo intención en la mirada.

-Eso no se pregunta. Por sabido se calla.

-Pues, entonces, hasta mañana. No voy a dormir pensando en ese cuerpo y en esa cara.

-Mentiroso. Usted tiene otras cosas mejores en qué pensar. Hasta mañana; pero vengan temprano.

Se separaron alegremente, prometiéndose momentos agradables.

Hasta que salieron al camino real, el paso de las cabalgaduras no fue muy rápido por el obstáculo de los carretones que abundaban en los caminos vecinales. Carretones pesadísimos, cargados de hormas de azúcar, que hacían un ruido infernal con sus ejes mal engrasados y que se movían trabajosamente, tirados por tres, cuatro y hasta cinco yuntas de bueyes. Todo el transporte se hacía en esa forma primitiva y lenta y la carga tardaba muchos días en llegar a Santa Cruz. Los carreteros preferían viajar de noche, para evitar el sol, especialmente en los lugares despejados. Pascaban al mediodía y hacían la siesta esperando el fresco de la caída de la tarde.

Aquella parte del camino era de monte alto y entre la arboleda se destacaban muchas palmeras, en todas sus variedades. Abundaban el cusi y el motacú, con los troncos cubiertos de enredaderas y de parásitas. De rato en rato se erguía un esbelto totaí, con su copa desmelenada por el viento, o un gallardo sumuqué, señor de la selva, cuya altura sobrepasaba la de los árboles más enhiestos y elevados. Tampoco faltaban los abanicos característicos de las palmas reales.

En el trayecto Lucio se deleitaba en la contemplación de los paisajes que le eran familiares porque los conocía desde la infancia. Con qué dulce melancolía recordaba los mil y un episodios de las vacaciones anuales que pasar en la propiedad de don Nicanor y en sus alrededores. Mucho cambiaron en la hacienda las construcciones, las instalaciones industriales y los campos de cultivo. Pero el panorama agreste de los contornos, con la aguadas, los salitrales a donde acudía el ganado, todo lo demás, en fin, seguía igual, tan igual como si no hubiera transcurrido un solo día desde la última vez en que le fue dado contemplarlo. Una que otra choza derruida o algún chaquito abandonado, apenas indicaban que el tiempo había seguido su curso y que los días no habían pasado en vano. A medida que la hora avanzaba, el cielo se teñía de colores delicados. ¡Cuánta melancolía en el ambiente y cuánta poesía en el paisaje! ¡Cuánta tristeza en la hora postrera de la tarde!

Gradualmente iban cesando los trinos de los pájaros y sólo se escuchaba el eco aislado de las aves que al

anochecer acuden al reclamo del nido, como la perdiz y la torcaz, y el canto lastimero del guajojó, cuya lamentación parece humana.

A medida que los últimos resplandores del sol se extinguían en el espacio, lo celajes de irisación y transparencia de nácar se iban oscureciendo y esfumando. La selva se ensombrecía y se salpicaba de puntos luminosos, intermitentes y fugaces: las luciérnagas.

Lucio recordó unos versos adecuados al momento y empezó a repetirlos en voz alta.

-Mal síntoma –comentó Ricardo- cuando a uno le da por la poesía, al anochecer, en despoblado.

-Si supieras la tristeza que siento...

-Es la hora de la tristeza en el campo, con la agravante de que la sienten más los enamorados. Es la hora romántica.

-Ya sabes que no estoy enamorado.

-Yo creo que estás enamorado y te resistís a reconocerlo. Va a ser algo terrible cuando la bomba estalle. ¡Cuidado!

-No te preocupes. Respondo de que no estallará. Ahora si te refieres a la Pedracita...

-¿Te gusta, no? Pero esa no es de cuidado. El peligro está en otra parte.

-Te aseguro que sabré evitarlo. No, no puede ser.

Otro largo silencio se estableció entre ellos. Caminaron así por mucho rato. De repente el potro dio un bote y

una espantada. Lucio, absorto en sus pensamientos, iba descuidado y estuvo a punto de salir de la silla.

-¿Qué ha sido eso?

-Algún animal salvaje que cruzó el camino: un zorro o algo por el estilo.

-¿Un tigre?

-Por aquí no faltan, pero no salen a lugares transitados. Para dar con ellos hay que espíarlos en el monte.

Nuevamente salieron a campo abierto. El cielo era claro y empezaba a cubrirse de estrellas. A la derecha se extendía una valla de alambre. Todavía era la hora en que se recoge el ganado se oían los mugidos de la vacada.

-Ya estamos cerca.

De pronto surgió una titilante lucecita en lontananza.

-Esa es la casa –afirmó Ricardo.

Pocos minutos después abordaron una tranquera cerrada. El peón que venía a la zaga se adelantó para abrirla y dejar el paso franco. Desde allí todavía quedaba un buen trecho hasta la casa.

Antes de que apareciera un ser humano, el alboroto de los perros salió a darles la bienvenida. Ricardo y el peón se apresuraron a calmarlos.

-¡Leal! ¡Tigrero! ¿Qué es eso? ¡No faltaba más!

Cuando olfatearon al amo y oyeron su voz, se fueron tranquilizando.

-Son nuestros compañeros para mañana —explicó Ricardo-. Son grandes ojeadores, muy inteligentes y muy bravos.

El capataz esperaba con la mesa puesta. Comieron con buen apetito y Lucio se fue a la cama. A la macilenta luz de un candil pudo ver que la vieja casa de El Cafetal se conservaba lo mismo que antaño: pobre y destartada, triste y sórdida, como son por allá casi todas las viviendas de campo. Pero había algunos libros en una mesa y un estante.

-Perdonarás, hombre —le había prevenido Bejarano-. Yo no puedo darme los lujos de tu tío. Esto es humilde y carece de comodidades. Pero podés ordenar como si estuvieras en tu casa.

Entre la modorra que le producía el cansancio, oyó todavía que su amigo daba órdenes y disponía lo necesario para el día siguiente. Que fueran a avisar a José, porque saldrían a cazar. Querían matar puercos del monte y había que ir hasta donde se los encontrara. Saldrían al amanecer y recogerían a José al paso. Que amarraran a los perros, no fuera que de madrugada se hiciera difícil encontrarlos. Que limpiaran su escopeta. Que no faltara nada...

Lucio tomó el sueño en medio de ese tropel de recomendaciones. De manera que cuando al amanecer Ricardo vino a despertarle, creyó que había dormido media hora y que éste seguía dando órdenes para el día siguiente.

-¡Cómo! ¡Qué! ¿Ya es hora?

-¡Arriba, hombre! Son las cuatro y media de la mañana. Has dormido más de siete horas. Tenemos que trotar como

dos leguas hasta llegar al monte. Y le dijiste a la Negra, que no ibas a dormir pensando en ella. (La “Negra” era Luisa, como familiarmente la llamaban).

Se vistieron a tuestas y tomaron, de pie, una buena taza de café. Empezaba a clarear y como soplaban un vientecito fresco, que pedía abrigo, resolvieron abrigarse “por dentro”, con un buen trago de singani.

Los caballos estaban listos y Ricardo abrió la marcha a la indecisa luz del amanecer. Los gallos de El Cafetal se pasaban la voz de casa en casa, de corral en corral. Los cazadores se detuvieron delante de un rancho y no hubo necesidad de llamar. José, un peón algo viejo, experto en cacerías, estaba allí esperando. Recibió las escopetas y los dos perros, que otro peón traía sujetos.

-Soltalos —le dijo que de aquí no se regresan. Ya saben dónde vamos.

Leal y Tigreiro efectivamente, en cuanto vieron a José, se dieron a retozar, adivinando lo que les esperaba. Reconocieron al perro barcino del rancho y no tardaron en fraternizar con él como viejos camaradas.

Precedidos por el baqueano tomaron por un sendero angosto que penetraba en un bosque ralo y recorrieron largo trecho hasta llegar a un sitio desde el cual ya no les era posible seguir montados. Las cabalgaduras quedaron amarradas a un árbol y los hombres se internaron en la espesura, tratando de no hacer ruido. Los perros, como si estuvieran advertidos, dejaron de ladrar y empezaron a mostrarse alertas y desasosegados. Ricardo y Lucio tenían

que agacharse para poder seguir a José, sorteando las ramas espinosas y la urdimbre de bejucos y de lianas. A la media hora hicieron alto en lo más intrincado del monte. Estaban sudorosos y extenuados. Se defendían de la sabandija con el humo del tabaco.

-Usted, patrón, detrás de ese tronco. El doctor –señalando a Lucio- en este cruce, porque los puercos pueden tomar por cualquiera de las dos sendas.

-¿Dónde están las sendas? Yo no veo nada.

-Aquí las tiene. Salen de ahí y siguen por aquí y por allá –señalaba José con la mano.

Las decantadas sendas eran como túneles practicados a ras del suelo, entre la hierba y la maraña de los matorrales. Ricardo explicó a su amigo que esas eran las rutas que los cerdos salvajes practicaban en su marcha y en sus correrías habituales. Rara vez salen a los caminos abiertos por el hombre o por el ganado vacuno, como no sea para cruzarlos. José daría un rodeo hasta encontrar la guarida de los chanchos. En cuanto los ubicara, azuzaría a los canes; entonces los cazadores, prevenidos por los ladridos y los gritos, deberían estar listos para hacer fuego en cuanto la manada se presentara.

Convenía disparar de cerca, de frente, o por detrás si ya hubiera pasado. Después de las explicaciones, el baqueano, seguido de los perros, desapareció en la espesura.

Lucio y Ricardo quedaron al acecho, tratando de adoptar posturas cómodas, pero sin abandonar las armas. Había

pasado como un cuarto de hora cuando los gritos del montero y los furiosos ladridos que se acercaban los pusieron en guardia. En menos tiempo del necesario para pensarlo, vieron aparecer, corriendo a gran velocidad y abriéndose paso con estrépito de ramas desgajadas, dos bultos negros que se precipitaron hacía el lugar en que ellos estaban apostados. Sonó una detonación pero las bestias no detuvieron su carrera desesperada. El que había disparado era Ricardo. Antes de que Lucio se diera cuenta, los puercos estaban a su lado y se abrían paso por la derecha, abandonando los senderos cuya vigilancia le estaba encomendada. Se habían desviado de la trilla al verse atacados de frente por el primer disparo. Lucio sólo tuvo un instante para virar y hacer fuego por detrás, sin poder fijar la puntería. Intentó descargar el segundo cañón de su escopeta, pero se le interpusieron los perros, que venían lanzados como flechas en seguimiento de la presa codiciada. Si en tales condiciones repetía el tiro, podía herir a los sabuesos.

Los dos amigos se miraron con caras desilusionadas. Pensaban que ambos habían hecho fiasco. Apareció José, en dirección contraria, gritando alborozado:

-¡Hay uno herido! Los perros lo tienen acosado, pero se defiende como un demonio. Eran dos, pero el otro se ha escapado. Déme su escopeta, don Ricardo. Es grandote y muy osado.

Y salió corriendo, sin reparar en los obstáculos que le impedían el paso. Los ladridos de los perros atronaban el bosque, así como los aullidos desesperados. Sonó una detonación y cesó el alboroto. Lucio y Ricardo se orientaron

difícilmente en dirección al descampado en donde habían quedado los caballos y después de largo rato contemplaron el espectáculo. José había arrastrado hasta allí la presa cobrada. Un enorme pécari, de colmillos salientes, yacía sobre la hierba, con el hocico desecho y el cuerpo ensangrentado. El tiro de gracia, casi a boca de jarro, había puesto fin a la lucha desesperada que el animal herido sostenía con los podencos. Allí estaba, tendido de largo a largo. Un verdadero jabalí por su corpulencia y por su audacia. La piel era oscura, lustrosa y de un gris semejante al del zorro plateado. Uno de los perros conservaba la huella de una feroz dentellada.

-Los tiros fueron buenos, porque tiene municiones en todo el cuerpo –informó José-. Pero es lo que yo digo: los chanchos grandes no se cazan con escopeta. Necesitan rifle. Si no era por los perros, éste se escapaba sin dejar huella.

El peón procedió a abrirle el vientre, utilizando el machete. Con gran destreza extrajo las vísceras y las distribuyó entre los canes, que allí mismo tuvieron su banquete. Luego izó la pieza sobre las ancas del caballo de Ricardo, sujetándola por las patas.

Todo había pasado en menos de una hora desde que llegaron al lugar del suceso. Habían tenido una suerte extraordinaria.

En la casa de El Cafetal se procedió a la tarea de desollar el puerco y dividirlo en pedazos. José tuvo su parte, así como también recibió la piel, que vendida en la ciudad podía proporcionarle alguna utilidad. Uno de los cuartos traseros fue puesto en salmuera y rociado con naranja agria,

pimienta molida y otras especies. Era la primicia destinada a La Senda, en donde seguramente ya la estaban esperando. Antes de beneficiar la carne fue necesario extirpar, con la punta de un cuchillo, las glándulas almizcleras.

Después de almorzar, Lucio tuvo tiempo para salir con la escopeta y hacer mortandad entre los volátiles que abundan en las cercanías de la casa. Entretanto Ricardo curaba personalmente a Tigrero, cuya temeridad había dado lugar a que saliera herido de cuidado.

Pasada la hora de la siesta los cazadores salieron en dirección a la residencia de los Pedraza.

La Senda no era un establecimiento, sino un “lugar”, mejor dicho, un “paraje”. Muchas familias campesinas tenían allí sus terrenos y sus casas. Algo así como el núcleo de una población todavía informe, con su capillita y su escuela.

El sitio era precioso, con una gran laguna en que muy raras veces faltaba el agua y con una cañadita que en la época de lluvias se convertía en un arroyo respetable. El lugar era suficientemente despejado y sólo de trecho en trecho se veían algunas islas de añosos árboles.

La casita de los Pedraza, de motacú, como las otras casas, no difería gran cosa de la generalidad de las viviendas del campo. Se componía de un cobertizo, al estilo llamado “cola de pato” –por la forma en que recibe protección del alero de palmas- y de dos o tres habitaciones interiores, todas ellas comunicadas. La salita tenía sus pretensiones: piso enladrillado y espaldar de zaraza, a lo largo de las paredes, a guisa de empapelado. Las otras piezas lucían

pavimento de arcilla apisonada, duro y uniforme como si fuera de asfalto.

-¡Cómo me gusta todo esto! –exclamó Lucio, a tiempo que echaba pie a tierra a la entrada del rancho-. Esta es la vida del campo, sin formulismos ni preocupaciones sociales. Salir de la ciudad con motivo de una fiesta como la de mi tío, puede ser muy entretenido y agradable, pero no es como esto. Al campo debe uno venir a hacer lo que quiera y con entera libertad.

Salieron a recibirlos las muchachas. El “viejo” estaba en el chaco y debía demorarse porque tenía algunas atenciones urgentes. El hermano había ido a Montero. Por nada del mundo habría perdido su domingo en el pueblo. Estaban, pues, los cuatro solos podían hacer lo que se les viniera en gana. Prefirieron instalarse al aire libre, bajo un inmenso jorori, mientras el escudero que había traído Ricardo se ocupaba del horno y del asado.

-¿Cazaron algo?

-¡Ya lo creo! Aquí está la pierna de un chanco que parecía un elefante.

-¿Qué más quieren para comer? –preguntó Pituca, que era quien llevaba la voz cantante-. Están listas las yucas. También hay quesillo y melao.

-Todo un banquete –comentó Lucio.

-Para tomar con la carne tenemos un vinito de Charagua. Mientras se calienta el horno, aquí hay un coctelito para alentar la confianza.

Era Ricardo quien formulaba el programa.

Cuando llegó don Basilio ya estaban en la segunda botella. Venía acompañado de un mocetón algo tímido pero de buen ver y bien plantado. Pituca se acercó a Lucio y le sopló con disimulo:

-Es Antonio el novio de Luisa.

-¿Tanto como novio?

-Bueno... es decir, su cortejo. Ella no lo quiere. Yo no sé por qué lo habrá traído taita.

No lo había traído venía de visita como otros sábados. Pidió disculpas por su inoportunidad, pero los puebleros le recibieron amistosamente y le pidieron que les acompañara.

Menudearon las copas y apareció la guitarra. Antonio tocaba y cantaba con cierta habilidad. Pero pronto se dio cuenta de que el terreno estaba tomado y empezó a manifestarse receloso y esquivo. Recibía las copas maquinalmente y apenas las probaba. Cuando se trató de comer dijo que estaba desganado. Luisita apenas le miraba.

Se hizo de noche y la reunión se trasladó al interior de la casa, donde siguió la música y don Basilio, ya bebido, empezó sus peroratas. Como Luisa y Lucio se situaron en el rincón más oscuro y alejado, entregados a dulce coloquio, muy pegaditos y acaramelados, hubo un momento en que Antonio dejó la guitarra y se acercó a la pareja, con una buena copa de singani.

-Con vos, Negra. Todo.

-Todo, no -contestó ella-. Es mucho y es muy fuerte. Te pagaré un poquingo.

-Pues todo o nada.

Y arrojó al suelo el contenido del vaso.

Conciliador y amistoso se acercó Ricardo.

-¿Qué es eso, Antonio? ¿Qué sucede?

-No sucede nada. Pero a mí, ésta, no tiene por qué despreciarme.

Lucio se había puesto de pie, dispuesto a rechazar cualquier desmán de obra o de palabra.

-No es desprecio -dijo- pero usted no tiene derecho a exigirle que tome si no tiene ganas.

El mozo lo midió con la mirada, pero se interpuso Ricardo.

-Che, Antonio, mejor sería que te dejaras de matonadas. A mi amigo tenés que respetarlo.

Saltó don Basilio, que estaba ya calamocano.

-A mi condiscípulo, el doctor Salazar, nadie lo falta y menos en mi casa. ¡No puedo permitirlo! ¿Quién sos vos para venir a alzar el gallo?

-Yo no le he faltao. Pero tampoco recibo lecciones de nadie. Como estoy demás -agregó con amargura- lo mejor es que me vaya. Muchas gracias, don Basilio. Que le duren sus nuevas amistades.

Y sin que nadie hiciera nada para detenerle, salió sin despedirse, altivo y resignado.

-Déjenlo -comentó Pituca- que se vaya con la música a otra parte. El que se enoja tiene dos trabajos, siempre hace lo mismo. En cuanto ve que se acercan a la Negra, ya está furioso y provocando. Los celos lo enloquecen y no sabe dominarse.

No se habló más del incidente. Ricardo tomó la guitarra por su cuenta y continuó la fiesta como si no hubiera pasado nada. Lucio tenía que soportar los discursos y los brindis de Pedraza.

-No le haga caso a mi papá, que se pone muy fastidioso cuando está borracho. -rogaba Luisa.

-Lo que siento es que por mi culpa te has peleado con tu novio -insinuó Salazar, empezando a tutearla.

-No es mi novio. Me tiene aburrida y ya no sé cómo hacerle entender que no lo quiero. Pero me persigue, me cansa, me fastidia.

-A lo mejor vas a decir lo mismo de mí cuando me vaya.

-¿De usted? Ojalá. ¿Qué le importa a usted de mí? ¿Qué soy yo para usted? Un pasatiempo. Yo no sé lo que tengo, ni por qué me prendo de lo no es para mí ni está a mi alcance.

-¿Por qué dice eso? Yo te quiero...

Unas palabras dulces y las consabidas protestas de amor acabaron por trastornar a la pobre muchacha. El alcohol y la sangre moza se encargaron de lo demás.

Lucio se incorporó y se dirigió a la puerta, como si se sintiera sofocado y buscara un poco de aire, mientras don Basilio, con la cabeza apoyada en la mesa, roncaba como un bendito y Ricardo, al lado de Pituca, arrancaba las notas más quejumbrosas de la guitarra.

Salazar avanzó en la oscuridad y se hundió en la noche, sin ninguna intención determinada. Se reclinó contra el tronco de un árbol y esperó, sin saber lo que esperaba. Pero no tardó en dibujarse entre las sombras una figura blanca, que avanzó lentamente hasta ponerse a su lado. Era Luisa. La estrechó entre sus brazos y sus bocas se unieron sin decirse una palabra. Ella se abandonó dulcemente, sin protestas ni remilgos. Fue como una ofrenda al amor y a la vida, en medio de la noche tibia y perfumada.

VII

Los juerguistas pasaron allí la noche, aunque en realidad no se acostaron. Descabezaron un sueño, el uno en la hamaca y el otro en una banqueta de la sala, con almohadas que les brindaron las dueñas de casa y con algún cobertor improvisado. Muy temprano les sirvieron un buen café con masaco. Mientras Pituca andaba por la cocina, Luisita, la Negra, entretenía a los huéspedes y los atendía, servicial y diligente. Había leche recién ordeñada para quien quisiera tomarla.

Despertó don Basilio, al que las hijas habían arrastrado a la cama a hora bastante avanzada. Se presentó en la puerta del aposento, botella en mano dispuesto a seguir el *gaudeamus*, como él decía, en su lenguaje pintoresco y rebuscado.

-¡Arriba, cangallas! Hay que componer el cuerpo.

La “compostura” del cuerpo consistía en seguir bebiendo. Hubo que complacerle. Pero lo curioso del caso era que la reunión no tomaba –ni había tomado la noche anterior- el aspecto degradante de una orgía. Dentro del trato más familiar y más llano, nada pasaba allí que no fuera decente y, si se quiere, delicado. La libertad de que gozaban las muchachas no era una ficción o el fruto

de una tolerancia convencional o calculada. Don Basilio sostenía que la virtud no se impone por la fuerza y que cada mujer debe cuidarse por la cuenta que le va en ello. Y con más razón en el campo, en donde la vida es libre y son inútiles los encierros, que sólo sirven para embarazar las actividades del trabajo. Las muchachas eran dueñas de sus actos y don Basilio, sin saberlo, en el régimen doméstico parodiaba a los yanquis. Pensaba Lucio que aquella era la vida natural, la vida como él la había soñado, no por eso exenta de dignidad ni de cierto rústico señorío.

Cuando se trata de divertirse, los campesinos toman el asunto con entusiasmo. Es la compensación de largos meses de abstinencia, de ruda labor y de privaciones sin tasa. En cuanto a la moral, nada hay más relativo y más cambiante. Lo que en la ciudad es impropio, puedo no serlo en el campo.

Alternando la bebida con la música, sin otros paréntesis que los necesarios para echar un bocado, pasaban las horas sin que nadie se diera cuenta, como en una evasión de las preocupaciones y de las tristezas cotidianas.

Sólo al tercer día, quizá porque los cuerpos pedían reposo y en la casa apremiaban los requerimientos del trabajo, Lucio y Ricardo se decidieron a abandonar la parranda. Pero dejando fijada una fecha para reunirse. Era la fecha del cumpleaños de Ricardo la fiesta sería en El Cafetal. Quedaban todos apalabrados.

Los dos amigos viajaron juntos hasta Warnes, desde donde Lucio debía seguir a la ciudad. Bejarano necesitaba

volver a su establecimiento para vigilar las faenas habituales. El otro tomó el camino de regreso, melancólico y solitario.

Todavía algo aturdido, trataba de recapacitar y de poner orden en sus impresiones. Reinaba en su espíritu cierta desorientación, muy lógica dentro del cambio de ambiente que había experimentado y de los descubrimientos que realizaba a cada instante sobre la psicología y las costumbres de la vida rural. ¡Era todo tan diferente de lo que había imaginado! Ausente desde muy joven, le intrigaban muchas cosas, sea porque su anterior inexperiencia no le permitió observarlas, sea porque las tenía olvidadas.

En cuanto al episodio amoroso de que fuera protagonista, le parecía un sueño. ¿Qué clase de mujer era la Negra? A primera vista una criatura ligera, una mariposilla que había quemado sus alas. Pero observándola luego en todos sus actos y en las peculiaridades de su carácter recatado, resultaba más bien una apasionada, que se había brindado sin condiciones y sin cálculo. Era indudable que se trataba de su primera aventura. Por otra parte, estaba dispuesta a hacer lo que él quisiera: a seguirle, si era su voluntad; a quedarse, si él así lo determinaba. Tampoco pedía ni aceptaba nada. Después de tantas experiencias amorosas, Lucio llegaba a la conclusión de que en materia de psicología femenina todavía estaba en pañales. Más bien creía, ahora, que toda mujer es un arcano. Y no podía convencerse de que la Negra hubiera despedido al novio para entregarse a él porque sí, en un impulso tan primario y espontáneo.

Por asociación de ideas pensó en Asuntita, cuya conducta después de las explicaciones de Ricardo, le parecía algo más clara. Lucio se acusaba de haber aparentado hacia ella una indiferencia que estaba lejos de sentir. No podía negar la fuerte impresión que le causó cuando volvió a verla. Admiraba su espléndida belleza, pero huía de su presencia, como de algo que le estuviera vedado. Y ella, a pesar de su orgullosa prestancia, no disimulaba que le quería y manifestaba sus sentimientos sin reparo. ¡Qué luchas no habría librado consigo misma la pobre muchacha! Y él ¡Cómo se sentía halagado! Pero se mantenía en la resolución de reprimir sus impulsos y de cortarlos por lo sano. Se trasladaría a la quinta sin pérdida de tiempo, para no verla y para escapar a la influencia de su atractivo y de su encanto. Felizmente nadie sabía su secreto, a excepción de aquel pícaro de Ricardo. Su amigo le conocía tanto, que podía leer en el fondo de su alma.

A la caída de la tarde penetró a caballo en el florido patio de la tía Mercedes.

-Llegás a tiempo –le informó ella- porque tus amigos andan locos buscándote. Dicen que esta noche hay club y que tenés que hablar ante tus partidarios.

Para preocupaciones políticas estaba él, absorto en sus problemas sentimentales. Las elecciones eran el domingo próximo y casi lo tenía olvidado. Mientras se bañaba y vestía vinieron a decirle que algunas personas le esperaban. Allí estaban Cabrera, Arteaga y Hurtado. Les acompañaba el candidato obrero, Campos. No podían concebir que Salazar hubiera tomado el asunto con tanta calma. La campaña

electoral se presentaba dura y complicada. Eran dos las listas contrarias: la del Gobierno y la de la oposición liberal. Ésta se había presentado en el último momento, con candidatos que no dejaban de inspirar cuidado. Don Pedro Toledo –le informaron- no había tenido inconveniente en prestar su nombre para combatir a un miembro de su familia.

-Don Pedro no es mi pariente –declaró Salazar-. Es cuñado de mi tío, pero no tiene conmigo relación de parentesco. Me consta, además, por haber estado juntos en el campo, que no tenía intención alguna de terciar como candidato. No creo que hubiera querido engañarme.

-Pues, entonces, debés exigirle que retire su nombre –sugirió Cabrera.

-¿Con qué derecho voy a exigirle semejante cosa? Si estuviera aquí mi tío, él podría hacer algo amistosamente. Pero no vendrá hasta el sábado. Estoy seguro de que los correligionarios de don Pedro han tomado su nombre sin consultarle. Pero dirá que ya es tarde para retirarlo. Siempre me han dicho ustedes que se trata de un viejo fósil al que nadie hace caso. ¿Por qué, pues, preocuparse tanto?

-Porque un candidato que se retira siempre perjudica el éxito de su causa.

-Pues no cuenten conmigo para intentarlo. Don Pedro tiene el mismo derecho que yo para intervenir en las elecciones.

-Está bien –terció Arteaga- si te obstinás en no hacer nada. Pero hay que moverse con más empeño. Nos quedan sólo cuatro días de propaganda. Hasta ahora no has concurrido

a ningún club los obreros no conocen tu metal de voz. Esta noche tenés que hablar y presentarles tu programa.

-Pero no estoy preparado. ¿No se podría dejar para mañana?

-¡Imposible! Tiene que ser esta noche. Vos no tenés necesidad de prepararte. Sabés de sobra lo que debés prometer. Conocés las necesidades urbanas.

-Bueno. Si se trata de enunciar esas necesidades y de proponer las iniciativas y las reformas que creo indispensables, no hace falta meditar mucho para decir unas palabras. ¿A qué hora?

-A las ocho. La gente empezará a reunirse desde las siete en el local de la Liga Oriental de Obreros. Vendremos a buscarte.

Cuando llegaron a la Liga, cuyas reuniones se hacían en un gran patio, estaba ya alguna gente reunida y parecía reinar mucho entusiasmo. Esperaban allí los dirigentes y la mayoría de los candidatos. La presencia de Cabrera y Salazar fue recibida con aplausos. Una mesa con una campanilla, una botella con agua y un vaso, señalaba el sitio destinado a la presidencia. Todo el mundo estaba copa en mano.

-No conviene que nos quedemos aquí –indicó Cabrera– hasta el momento de instalar el acto. Debemos circular entre los grupos para darte a conocer e inspirar confianza. Sólo empezaremos cuando estén preparados los ánimos.

Y se confundieron con obreros y artesanos, distribuyendo abrazos y apretones de mano, aunque Lucio no conocía a

nadie. Pero su natural sencillez y su franqueza le favorecían. “Con usted, doctor; salud doctor”, le acosaban por todos lados. Acogía los brindis con amabilidad y se llevaba a los labios las copas que le ofrecían, sin demostrar repugnancia. Ya estaba prevenido y sabía que toda vacilación o gesto de repudio podría perjudicarlo.

Así dieron la vuelta al patio y se encontraron de nuevo junto a la mesa. Tomaron asiento –Cabrera en el centro y a ambos lados los candidatos– y esperaron a que callara la banda.

Cabrera empezó una arenga declamatoria, salpicada de frases demagógicas y altisonantes.

-Ya es tiempo, señores, de que Santa Cruz se ponga de pie, como el león que despierta, reclame sus derechos... Ya es tiempo de que sacuda las cadenas que la oprimen y de que invoque el valor de sus hijos para luchar por el triunfo de su causa... La situación de miseria y de atraso en que se debate nuestro pueblo es el resultado de nuestra indiferencia criminal ante el monopolio de los recursos nacionales en favor de otros centros del país, más audaces o más afortunados... Nuestras riquezas permanecen estancadas, mientras carecemos de todo, porque se nos niegan las vías de comunicación y los recursos del progreso que desde hace un siglo no cesamos de reclamar... Basta ya de pedir humildemente lo que nos corresponde, de mendigar la ayuda que se nos debe y de suplicar por el trato humano y justo a que tenemos derecho. Ha llegado el momento de exigir con energía y de imponer con valor nuestra sagrada voluntad, sin reparar en medios y si es

necesario derramando nuestra sangre, que es la sangre pura e incontaminada del conquistador hispano que nos legó su espíritu indomable... Estos son los principios y los ideales en que se fundó nuestro partido, que por primera vez concurre a las lides electorales, seguro de que encarna las aspiraciones del pueblo cruceño y de que ningún hombre amante de su tierra puede negarle su apoyo para alcanzar las nobles reivindicaciones que proclama... Los partidos tradicionales que siempre se pusieron al servicio de los gobiernos para mantenernos humildes y resignados, están viviendo sus últimos momentos, porque la voz del pueblo les fulmina con sus anatemas y les pide cuenta de sus actos... El próximo domingo será el día en que el pueblo cruceño volverá por sus fueros y sellará, con la más resonante victoria, la reconquista de sus derechos soberanos...

Los vítores y los aplausos cerraron la encendida perorata. La banda ejecutó La Marsellesa. Restablecido el silencio, una voz pidió que hablara el “doctor” Salazar y se elevó un clamor que coreó la iniciativa.

-¡Que hable el doctor Salazar! ¡Que hable Salazar! ¡Que hable, que hable!

Con visible turbación se adelantó el candidato. Su elocución era correcta, pero muy sencilla y algo cortada. El contraste con el discurso de Cabrera no podía ser más notable.

-Señores: es la primera vez que actúo en política y la primera vez que hablo ante una asamblea electoral... No estoy acostumbrado... Por eso pido indulgencia... De manera

que sólo diré unas palabras para explicar mi participación en este acto.

-Mal comienzo –murmuró Montaña, por lo bajo, dirigiéndose a Cabrera-. Orador que empieza por declararse inepto, es orador al agua.

-...Sí, creo que estoy obligado a decir unas palabras para explicarles los motivos que me han determinado a aceptar la candidatura a munícipe y presentar mi nombre a la consideración de mis conciudadanos, sin ningún interés y sin otra aspiración que la de servir a mi pueblo dentro de mis modestas capacidades.

-Va mejor -comentó Montaña.

-Cuando hace poco llegué a Santa Cruz, después de muchos años de ausencia en el extranjero, pude comprobar con pena que, con raras excepciones, no se había dado un paso en el camino del progreso local. Subsistían las deficiencias de antes, agravadas por el tiempo y el descuido más lamentable. En efecto, los servicios públicos casi no han adelantado. Seguimos careciendo de los elementos más indispensables, como el agua. Apenas se ha establecido un servicio incompleto de alumbrado. La pavimentación no existe. Las veredas son intransitables. Cada uno construye su casa como quiere, sin obedecer a ninguna pauta. La higiene no se conoce y en materia de salubridad no hemos hecho nada. De ornato ni siquiera vale la pena de ocuparse. Ahora bien. Se dice generalmente que somos muy pobres y que carecemos de los recursos necesarios para mejorar una situación tan denigrante. Pero esto es cierto sólo en parte y

por eso ha surgido la idea de inaugurar una nueva política, que se concrete a los intereses del campanario. Por eso me he declarados abiertamente en favor de esa política, resuelto a luchar para conseguir que Santa Cruz obtenga mejor trato y más atención de los poderes nacionales. Pero al mismo tiempo, creo, debemos confesar que cualquiera que sea la ayuda que se conceda a nuestro pueblo, de nada servirá si no sabemos manejarla con escrupulosidad. Sin criticar y sin aludir a nadie, creo que en muchas obras públicas en el pasado, ha habido descuido en el manejo de fondos e incompetencia en la dirección de los trabajos.

A esta altura del discurso se notó alguna inquietud entre los elementos de la mesa directiva y entre las personas próximas al estrado. No faltaban entre ellas funcionarios de anteriores administraciones municipales. No así entre la nada popular, de la que salieron algunas voces de inequívoco significado:

-¡Bravo! ¡Muy bien dicho! ¡Abajo los ladrones! ¡Que devuelvan lo que han robado!

Salazar continuó hablando con el mismo tono tranquilo:

-También quiero decir que, a mi juicio, con los modestos recursos municipales, discretamente administrados, se pueden llevar a cabo muchas obras de mejoramiento que sólo requieren buena voluntad, iniciativa y trabajo. Sin formular por el momento un programa extenso y complicado, para lo cual sería necesario un estudio previo y cuidadoso de la situación económica de la comuna, me limitaré a mencionar algunos puntos cuya realización es relativamente fácil y

para lo cual ofrezco, desde ahora, mi cooperación técnica en forma absolutamente gratuita y desinteresada: higienización de los mercados y mataderos, que son actualmente focos de infección que amenazan la salud del pueblo; estudio técnico para la extensión del alumbrado eléctrico sobre la base de un sistema económico de generadores, porque con calderas alimentadas con leña no se puede obtener energía eléctrica barata; nivelación de aceras y pintado de casas; cooperación técnica municipal para la instalación domiciliaria de servicios higiénicos por medio de pozos asépticos, mientras no sea posible la implantación de alcantarillado; reglamentación del tránsito de acémilas y de ganado dentro del radio de la población; mejora y ornamentación de paseos públicos y creación de otros nuevos, en previsión del desarrollo futuro de la ciudad; estudio de un servicio de aguas corrientes, así como otros proyectos que sería largo mencionar. Estas son, señores, las ideas prácticas con que deseo contribuir al progreso de mi ciudad natal. Ninguna de ellas reviste trascendencia extraordinaria ni exige gastos que no estemos en condiciones de sufragar. Si llegamos a obtener la confianza del electorado, desde ahora contraigo el compromiso de consagrarme a realizarlas, así como también a ayudar en todas aquellas iniciativas en que pudiera ser útil mi modesta colaboración.

Este final fue acogido con los aplausos de rigor, aunque el entusiasmo no llegó a desbordarse como sucede en casos semejantes. Se veía que en el auditorio predominaba una impresión de extrañeza y frialdad. Aquella forma de propaganda electoral era, sin duda, especial y desacostumbrada.

-Muy bien—comentó Cabrera-. Es el discurso de un ingeniero que habla de cosas prácticas. Como en Norteamérica...

Lucio Salazar tuvo la vaga impresión de haber estado fuera de tono, aunque se sentía tranquilo en cuanto a la sinceridad que había inspirado sus palabras.

Por suerte los otros candidatos supieron ponerse a la altura de las circunstancias. Todos, hasta el zapatero Campos, consiguieron entusiasmar a la asamblea, que abarcaría unas quinientas personas, más o menos, y cuyo número constituía un verdadero éxito para el partido autonomista. Verdad que a las reuniones políticas no solamente asisten los partidarios o simpatizantes de una candidatura o de una causa, sino también los desocupados que quieren pasar el rato y beberse una copa de balde; pero así y todo, la concurrencia era digna de consideración.

Cuando se agotó el número de los oradores reglamentarios y el de los espontáneos —que tampoco faltaron— se lanzó el grito de orden: “¡A la plaza!” La ocasión era de perlas para demostrar la pujanza del partido y para exhibir el concurso popular allí reunido, que parecía asegurar el triunfo electoral. Pronto quedó organizada la columna, con música a la cabeza, empezando el desfile por media calle. Al llegar al parque la manifestación dio la vuelta completa, deteniéndose en las esquinas para que los oradores pudieran explayarse. Las arengas se sucedieron en medio de vítores al partido y a los candidatos.

De regreso a la Liga, siguió el jaleo hasta hora avanzada. Era seguro que, mientras hubiera alcohol, continuaría el

entusiasmo. Los candidatos —entre ellos Salazar— tenían que multiplicarse para atender a los simpatizantes que los asediaban con protestas de adhesión, con elogios hiperbólicos y con brindis repetidos. Lucio preguntó a un amigo por qué se usaban vasos de hojalata para distribuir la bebida, que era alcohol de caña mezclado con alguna esencia aromática o con azúcar quemada. La respuesta le hizo gracia:

-Antes se usaban vasos de vidrio, pero los electores se los llevaban. Estos son más prácticos porque sólo valen diez centavos. Hay que agenciarse, pues de otro modo la elección costaría un ojo de la cara.

Se notaba que el licor se había agotado o estaba a punto de agotarse, porque la concurrencia iba clareando. Pronto quedó reducida a pequeños grupos y a uno que otro beodo que no dejaba de importunar con su trabajosa charla, hasta que los candidatos, uno a uno, se fueron eclipsando.

Todavía el sábado en la noche Salazar tuvo que asistir a otro club semejante. Pero éstas eran molestias secundarias. Lo desagradable estaba en las visitas de supuestos electores o simpatizantes, que no cesaban de asediar a toda hora, con demandas de ayuda pecuniaria. Lucio se dio cuenta de que se trataba de una industria perfectamente organizada, porque los sablistas recorrían las casas de todos los candidatos, cualquiera que fuese su afiliación, haciéndose pasar como fervientes partidarios. Al uno se le había muerto un hijo y necesitaba dinero para enterrarlo; el otro tenía una reunioncita de amigos en su casa; el de más allá estaba muy necesitado y no tenía ni camisa con qué presentarse.

-¿Y la que tienes puesta? –objetaba algún político duro de pelar.

-¿Ésta? Me la prestó un amigo para un rato; sólo para venir a verlo, mi doctor.

A Lucio estas cosas le irritaban, no por cicatería, que al fin y al cabo era un manirroto ejecutoriado, sino porque le ocasionaban molestias y no le dejaban libre a ninguna hora. Al fin y al cabo existía una caja electoral a cuyo cargo corrían esas demandas. A ratos se aburría y daba orden de que mandaran al diantre a pedigüños e importunos, pero doña Mercedes intervenía alarmada:

-No hijo. Eso puede perjudicarte. El que se mete en política tiene que cargar con las consecuencias.

Y ella, personalmente, se entendía con los solicitantes, procurando que todos quedaran satisfechos.

-Tomá, hijo. Pero no dejés de hablar con tus amigos y de recomendarles la candidatura del doctor Salazar.

O bien:

-Mi sobrino está muy ocupado, pero le manda esto para que se ayude en sus necesidades.

Ricardo llegó del campo un día antes de las elecciones, lo mismo que don Nicanor. Este último tuvo un cambio de palabras bastante fuerte con su cuñado.

-Sos un viejo marrullero –le espetó- y ya deberías estar cansado de estos enjuagues. Pero, genio y figura...

-Pero si yo no sabía nada. Lo han hecho sin consultarme y después ha sido imposible recular. Dicen que es necesario que hagamos acto de presencia los liberales.

-Pues estoy lucido con el cuñado y el sobrino de candidatos rivales. Pero te equivocás si creés que te voy a dar mi voto. Será la primera vez que te falle.

Don Pedro rió de buena gana.

-Está bien, hombre. Ya me doy por derrotado. No tengo interés alguno en la elección.

En cuanto a Ricardo, tomó inmediatamente la representación de su amigo para las actividades más engorrosas y antipáticas. Aunque opuesto a la candidatura y al autonomismo, una vez que la cosa no tenía remedio creyó de su deber arrimarle el hombro, no fuera Lucio a salir derrotado.

El sábado en la noche le acompañó al club de la Liga Oriental. Los autonomistas se apresuraron a darle la bienvenida agradeciendo su adhesión a “la causa”. Les contestó sonriendo despectivamente:

-No he venido por ustedes, sino por éste. Yo no abandono a los amigos en estos trances.

Pidió intervenir en nombre de Salazar en el manejo de la caja para la compra de votos. Aunque éste protestó contra el procedimiento, le convencieron de que era inevitable. Era la costumbre y, si los contrarios lo hacían, no había por qué concederles esa ventaja.

Lucio estuvo mejor en su discurso de la última noche. Se abstuvo de repetir su programa de actividades edilicias. Fue más político y notó que sus palabras le aproximaban a “la masa”. Sin incurrir en demasías populacheras, supo halagar el amor propio regional, haciendo una apología de Santa Cruz, de sus encantos naturales, de su enorme riqueza, de la pujanza de su raza, del risueño porvenir que le esperaba. Fue calurosamente aplaudido y felicitado. Como habló con fe y con el estímulo de unas copas entre pecho y espalda, estuvo elocuente e inspirado.

-No te creía orador –elogió Ricardo-, pero te aseguro que has hablado muy bien. La parte relativa a la mujer cruceña estuvo insuperable. Lástima que no te hubieran oído las interesadas. Cuando te digo que más que ingeniero eres poeta romántico...

La campaña de prensa había sido activa y esforzada. Los autonomistas no tenían imprenta propia, pero publicaban un bisemanario –La Región- en una tipografía alquilada. Era un periódico violento, incisivo, de combate. En la edición de esa mañana había registrado un artículo de Montaña –anónimo, naturalmente- poniendo de oro y azul a los candidatos liberales, y en especial al doctor Toledo, de quien se decía que era un figurón anodino, comparable solamente con el ácido bórico, “que lo recetan para todo y no sirve para nada”. Don Nicanor festejó el chiste a carcajadas.

-¡Viejo ridículo! –exclamó-. Me alegro, para que no vuelva a las andadas.

La inquina contra los liberales tenía su fundamento, porque si bien no eran temibles ni poseían gran arraigo, su candidatura de última hora restaba votos al autonomismo y aumentaba las probabilidades de triunfo para la lista del gobierno. Los autonomistas se consideraban, en rigor, un partido popular, ajeno a las luchas tradicionales, aunque casi todos habían sido liberales.

El domingo por la mañana se enfrentaron las fuerzas beligerantes en la plaza. Las mesas de sufragio estaban instaladas bajo las galerías de los edificios públicos y de algunos particulares. La multitud presentaba un conjunto abigarrado y un golpe de vista pintoresco. Los agentes electorales recorrían los grupos de campesinos, que se distinguían por su aspecto endomingado y por la clásica chaqueta andaluza, cuyo uso cada día se iba haciendo más raro. Los elementos del gobierno –empleados administrativos y municipales, además de una fuerza obrera bien organizada, fiel a las ventajas que le ofrecían la situación y el apoyo policial -se presentaban disciplinados. Los autonomistas se multiplicaban en sus actividades, especialmente entre los electores de “fuera el pueblo”, más ingenuos o más desinteresados. Los liberales opositores al Gobierno (opositores porque pertenecían a un régimen recientemente derrocado) enfocaban su propaganda contra el autonomismo, al que no perdonaban el haberles abandonado.

La cotización de votos se hacía con poco disimulo y apelando a los recursos más usuales. Pero no faltaban maestros en el arte, cuya habilidad era proverbial.

A las tres de la tarde ya se podía vaticinar el resultado. Las fuerzas del Gobierno y las autonomistas parecían más o menos equilibradas. Los liberales descartados. Ricardo apareció para decir a Lucio que la cosa iba bien, a juzgar por el dinero gastado. Se había empezado pagando, en la mañana, dos bolivianos por voto, y se había llegado hasta cuatro.

-Te aseguro –afirmó- que no nos han hecho la jugada. Tendremos muy mala suerte si nos derrotan después de lo que hemos luchado.

No los derrotaron, y si no triunfó la lista completa, se debió a que los del Gobierno apelaron, a última hora, a recursos extraordinarios; los gendarmes de la Policía, en traje civil, varias veces inscriptos en el registro cívico, con nombres supuestos, duplicaron o triplicaron el voto en favor de la lista oficial. Pero, aun así, no podía negarse que la presión se había mostrado relajada. La división de fuerzas autonomistas y liberales inspiró a los gubernistas excesiva confianza.

A las cinco se realizó el escrutinio. Fueron proclamados munícipes cuatro autonomistas y dos de la lista del Gobierno. Los liberales no obtuvieron ni las suplencias. Como Ricardo lo tenía previsto, Limpias y Campos fueron sacrificados, pero quedaron como suplentes, juntamente con los otros cuatro gubernistas. El triunfo correspondió a Cabrera, Hurtado, Montaña y Salazar, en el orden de los votos alcanzados.

La victoria se festejó aquella misma tarde con un desfile, con unas copas en el hotel de la plaza y luego con una reunión en casa de don Nicanor Mendoza, a donde acudieron los amigos, con el achaque de felicitarlo. También el éxito

era suyo, qué caramba. Hasta doña Mercedes se consideraba triunfante.

Cuando Lucio y Ricardo se presentaron, ya estaba allí una banda de música. Asunta, a quien Lucio no había visto desde su regreso del campo, acompañaba a doña Mercedes y se acercó a abrazarle.

-Ninguna felicitación más grata que la tuya, Asuntita –agradeció él emocionado.

Había estado enferma. Grandes ojeras circundaban sus párpados y se la veía muy pálida. Por contraste parecía más interesante.

La gente extraña se marchó temprano. Tuvo compasión de la fatiga que se retrataba en todos los semblantes. La comida fue más íntima, amena y agradable. Ricardo contó algunos episodios e incidentes de la lucha que, por suerte, no habían tenido consecuencias graves. Un joven exaltado, aquél mismo que acompañara a Salazar la noche de su iniciación en la sociedad secreta, sorprendió a un agente de policía votando, y al tratar de impedirse, fue agredido, lo que le obligó a sacar el revólver y a disparar al aire. La detonación se había escuchado a la distancia, provocando la consiguiente alarma en casa de don Nicanor y la angustia de doña Mercedes.

-Me asusté mucho –confesó la buena señora- pero Asuntita casi cayó desmayada. Como la pobre ha estado enferma...

– ¿Y cómo te sientes? –preguntó Lucio.

-Mejor, con tus remedios.

-Perdóname, pero he estado preguntando por tu salud. Con el ajetreo de estos días no he tenido tiempo de pasar por tu casa. Por otra parte, no sabía si podía ir, porque nunca me has invitado.

-¿Y necesitás invitación para ir a mi casa?

Calló él y acudió en su auxilio la tía Mercedes:

-Pero que etiqueteros son ustedes. No parece que se hubieran criado como hermanos.

Lucio balbuceó nuevas excusas. Se sentía invadido de una timidez extraordinaria al referirse a Asuntita y a cualquier cosa que con ella se relacionara, ahora que sabía que le seguía queriendo y que su conducta le preocupaba.

La conversación continuó girando sobre el tema de la lucha electoral o, como decía don Pedro, “eleccionaria”. Por lo demás, sólo habíanse producido ligeros altercados, con una que otra bofetada.

-Bueno –dijo don Nicanor-. Todo ha salido bien. Ya sos munícipe. Vamos a ver ahora la acción renovadora de los autonomistas en la municipalidad.

-No les ha de ser fácil –contestó Ricardo- porque son minoría.

-Pero esa minoría puede modificarse. De los seis munícipes de antigua elección solo cinco son firmes. Hay uno que simpatiza con el autonomismo. Desde luego yo sé que ése está conquistado. De los munícipes del Gobierno uno tiene que ser elegido presidente, lo que crea una proporción

de seis contra cinco. De esos seis, uno es diputado y tendrá que ir al Congreso. En cuanto ingrese un suplente de los nuestros, tendremos mayoría. Ya lo tenemos planeado.

El que así hablaba era el propio Salazar, ya metido de lleno en el intríngulis político.

-No hay por qué pensar tampoco –agregó- que los munícipes oficialistas han de ser tan intransigentes ni tan poco honrados que se opongan sistemáticamente a nuestras iniciativas, sólo porque vengan del otro lado.

-Lo malo está –puntualizó Ricardo- en que tus colegas del autonomismo no se conformarán con poco y pelearán por colocar a sus elementos en los mejores cargos municipales rentados. Esos no se sacrifican por amor al arte.

-Sí –corroboró el señor Mendoza-. Esos no dan puntada sin nudo. Ya veremos cómo se las arreglan.

Se disolvió la reunión. Ricardo propuso a Lucio que juntos acompañaran a Asunta hasta su casa. Pero al llegar a la esquina, Bejarano se despidió, alegando que iba en otra dirección y que ya era tarde.

La pareja siguió sin hablar una palabra y tuvo que esperar a la puerta de la casa, porque ya estaba cerrada.

-¿Y cuándo te mudás? –interrogó ella, cortando el embarazoso silencio.

-Todavía no lo sé. He estado ocupado... Faltan algunas cosas en la quinta.

-¿Ya no tenés apuro?

-Nunca lo tuve. Y, a propósito –agregó, tomándola suavemente de la mano- quiero que te convenzas, quiero que estés bien segura de una cosa: nunca daré un paso que pueda causarte desagrado.

Su actitud era tan respetuosa y tan bien intencionada, que ella no supo qué contestar. Por suerte en ese momento abrían la puerta. Se limitó a retirar la mano.

-Buenas noches –murmuró-. Necesitás descansar. El día ha sido muy agitado.

-Pero, dime –insistió él- ¿quieres que me mude?

-Tal vez sea mejor...

-Lo haré, entonces, en la próxima semana.

VIII

Pero el hombre propone...

A la semana siguiente Lucio caía enfermo de cuidado.

A pesar de todas las preocupaciones adoptadas en el viaje –mosquitero, dosis preventiva de quinina todas las mañanas y otras medidas profilácticas- la malaria seguramente había hecho presa en su organismo durante la travesía de la sierra, al venir de Cochabamba. El ataque palúdico se presentó con una violencia que, según la opinión del médico, era el resultado de una larga incubación, favorecida por el debilitamiento de toda resistencia física. Tal vez cometió imprudencias e incurrió en desarreglos que amenguaron la defensa orgánica: excesos en la alimentación y en la bebida, desvelos y resfriados.

El doctor estaba en lo cierto. La temporada había sido dura: las fiestas de la llegada, la campaña electoral y la campaña... en el campo. Como para quebrantar a cualquiera, así se tratara, como en el caso de Lucio, de un hombre fuerte y sano.

-Ya ves –le decía doña Mercedes- lo que hubiera sucedido si te enfermabas en la quinta. ¿Quién te hubiera atendido a la distancia? Dios sabe lo que hace.

Pero esta sentencia, entre mística y fatalista, tenía un sentido que la buena señora no podía medir en todos sus alcances. Si aquello era obra de Dios o del destino, también lo era la complicación surgida en la vida de su sobrino, como resultado de sus dolencias y de las atenciones que la enfermedad le hizo indispensables. Quien asumió principalmente esas atenciones fue Asuntita, a pedido de la tía, cuya edad y cuyos achaques no permitían que velara en la noche hasta horas avanzadas. Tampoco la vieja Mica no podía resistir tanto. Don Nicanor y Ricardo, por esos días, se hallaban en el campo. Asuntita tuvo que desempeñar, pues, las funciones de enfermera, con lo que se estableció entre ella y Lucio una intimidad tal vez muy grata, pero muy peligrosa para la tranquilidad de dos almas enamoradas.

Los accesos de fiebre, que empezaban con un frío intenso, se presentaban todas las tardes y se prolongaban en la noche, agravados por las angustias de una sed devoradora. Mientras duraba el ataque, Asuntita permanecía junto al lecho, daba de beber al enfermo y, si le acometía el delirio, cosa que no era rara, le tranquilizaba tomándole las manos, secándole el copioso sudor de la frente y prodigándole mil atenciones esmeradas. Cuando el paciente volvía en sí, aún dentro de su postración, trataba de agradecer tantas bondades.

-¡Qué buena eres Asuntita: qué dulce, generosa y abnegada! Yo no merezco que te tomes ese trabajo. ¡Cómo agradecerte lo que haces!

-No te preocupés. Ahora necesitas descansar. Te voy a dar la medicina y me iré, porque es tarde.

-No te vayas, por favor. Tu presencia es mi mejor calmante.

Y se quedaba mirándola. Luego no podía resistir a la tentación de decirle:

-¿Cómo habré podido ser contigo como he sido? Haber tenido la felicidad a mi alcance y haberla desdeñado.

Ella contestaba invariablemente, muy seria y aparentemente contrariada:

-Si empezás otra vez con esas cosas, me iré inmediatamente y me obligarás a no volver mañana.

También él comprendía que su deber era ser fuerte y no perturbar la tranquilidad de un espíritu tan noble y resignado. Pero la enfermedad contribuía a excitar su sensibilidad y le arrastraba a transportes involuntarios.

-No, no, quédate; no te molestaré más con mis desvaríos. Perdóname. No he querido disgustarte.

Volvían a conversar de cosas triviales. Ella se refugiaba en el recuerdo de sus hijos. Le hablaba de ellos y ponderaba sus gracias y peculiaridades. El enfermo la oía y callaba.

Pero una tarde que Asuntita venía del correo, al notar la expresión feliz con que abría la correspondencia y le pedía permiso para leer las cartas, Lucio sintió que el corazón se le apretaba y se quedó mustio, dolorido, atormentado. Ella no tardó en darse cuenta de que estaba profundamente alterado.

-¿Qué te pasa? –balbuceó-. ¿Estás mal?

Lucio trató de dominarse y su rostro adquirió una expresión de dureza forzada. Pero la tensión de los nervios hizo crisis y, sin poder contenerse, ocultó el rostro en la almohada y estalló en sollozos sofocados.

-Pero ¿qué te pasa? –volvió a preguntar Asuntita.

Se acercó y le palpó la frente, mostrándose alarmada.

-No es la fiebre. ¿Qué tenés entonces? ¿Por qué te has puesto en ese estado?

Él le cogió la mano y se la llevó a los labios, como si estuviera desvariando.

-Tengo –dijo- que me siento muy desgraciado. He vivido estos días adormecido por una ilusión absurda, como si soñara. Y acabo de despertarme. Tú no puedes ser mía. Tú eres ajena. Tengo ganas de morir, de desaparecer; no puedo remediarlo.

Asuntita demostró comprender y le contempló con expresión indefinible y extraña.

-Calmate –repitió-. ¿Por qué sos desgraciado? Yo lo soy más y no me quejo. Yo no digo nada.

Y la pobre mujer sentía que se le partía el alma, mientras la agitación de su pecho denunciaba la tempestad que se agitaba en sus entrañas. Por fin esa tempestad se fundió también en lágrimas. Como dominados por la misma locura se arrojaron el uno en brazos del otro y se besaron con frenesí, con desesperación, con ansia.

Ninguna explicación medió después de este arrebato. Comprendieron que se había producido lo fatal, lo inevitable; tanto más fatal e inevitable cuanto que ambos habían extremado los esfuerzos por ocultar sus impresiones y por dominarlas.

El restablecimiento de Lucio fue rápido, auxiliado por las fuerzas sobrehumanas que suministran el amor y la esperanza. Agotadas las resistencias del pudor y avasallados los respetos sociales, se impuso la vehemencia de la pasión y al cabo de pocos días eran amantes.

Fue el delirio de dos almas sedientas de amor, que al fin rompen los prejuicios y las vallas de los convencionalismos humanos; fue al mismo tiempo la conjunción sublime de dos seres jóvenes y ardientes, que se entregan el uno al otro en transportes de delicia insospechada. Pese a las restricciones que imponían el sigilo y el recato, vivían en permanente ansia espiritual y sensual, dominados por el anhelo de encontrarse.

Pero temerosos de que su actitud los denunciara, evitaban toda imprudencia y preferían reunirse en el silencio nocturno y en la sombra. Asuntita abría la puerta de su casa y recibía a Lucio, anhelosa y palpitante. Eran noches de éxtasis a la vez que de arrebato. Era la felicidad gustada en el misterio, con alternativas de plenitud y sobresalto.

En la casa de los tíos se encontraban pocas veces siempre procuraban evitarse. Pero doña Mercedes, inocentemente, trataba de juntarlos. No podía comprender tanto desvío, después de las atenciones, que Asuntita había prodigado a Lucio durante el tiempo en que estuvo postrado.

-Sos un ingrato y un malagradecido –le decía-. Ni ves a Asuntita que está tan sola, después de lo que ha hecho por cuidarte.

Él se disculpaba alegando sus ocupaciones como concejal, que le tenían distraído y preocupado. Las cosas no eran tan fáciles como se las había imaginado. ¡Qué iban a serlo! El asunto más pequeño se tornaba un problema de solución difícil y complicada. Las labores edilicias estaban supeditadas al interés político y a las influencias personales. Le habían hecho miembro de las comisiones de higiene, policía y ornato, pero no tenía facultades ni para remover un mal empleado. Tropezaba, además, con el inconveniente de la escasez de los recursos municipales. El presupuesto era exiguo y no daba margen a ninguna iniciativa que saliera de lo rutinario. Para arreglar los jardines de la plaza, por ejemplo, había tenido que rogar a su tío que le regalara las plantas y los árboles. Tuvo que comprometer su firma para obtener al crédito algunos materiales que permitieran acometer, sin demora, la reparación de las aceras del único paseo que brindaba alguna expansión al vecindario. Vigilaba personalmente los trabajos y acudía muy temprano al mercado, en donde armaba verdaderos escándalos para poner orden e implantar hábitos de limpieza, corrigiendo abusos y reformando prácticas inveteradas. Le faltaba colaboración de parte de los funcionarios encargados de prestársela. Para establecer disciplina y obediencia a las ordenanzas sobre higiene y ornato, impuso multas con cuyo producto creyó contar para cubrir el costo de algunas mejoras, sin merma de los recursos comunales. El resultado fue desastroso, porque llovieron las reclamaciones y en

muchos casos fue desautorizado. Cualquier quídam que tuviera alguna influencia política se negaba a pagar y la desmoralización cundía entre los demás. Empezaron los ataques de la prensa y hasta los mismos autonomistas le aconsejaron tener cuidado, porque los procedimientos drásticos perjudicaban al partido y le creaban resistencias populares. En la ordenanza sobre arreglo de aceras hubo que proceder con parsimonia.

Don Nicanor era la única persona que le aplaudía y le empujaba. No solamente le proporcionaba elementos gratuitos, sino que le ayudaba con ideas prácticas. En cuanto llegaba de la finca Lucio acudía a él para consultarle.

-No hay que ceder –le decía el tío- ni darse por derrotado. Hay que luchar sin descanso. Lo poco que se consiga ha de tener enorme valor, porque será un ejemplo en esta tierra donde no existe la iniciativa ni se conoce la perseverancia. Duro, mi amigo. No hay que dejarse acobardar por la inercia ni por la oposición de los bellacos.

Cuando, al cabo de dos meses, pudo presentar las aceras de la plaza sin desniveles y sin huecos en el enladrillado, los jardines rozagantes y los bancos pintados de nuevo, con un gasto mínimo, creyó que recibiría el aplauso de sus colegas del concejo y alguna expresión de agradecimiento más o menos espontánea. Pero nadie le dijo una palabra. Sólo La Región mencionó esos trabajos como el primer resultado de la obra del autonomismo en la administración comunal, agregando que su labor sería más eficaz y de mayores alcances cuando tuviera en sus manos, exclusivamente, el manejo de los intereses municipales. Tampoco faltaron

las críticas, que no dejaron de descorazonarle. Pero don Nicanor estaba allí en ese momento para darle aliento.

-No hay que hacer caso. Al único que no se le critica es al que no hace nada.

El tío tenía la costumbre, cuando estaba en la ciudad, de darse diariamente una vuelta por la casa de Asuntita para tomar el café de la siesta y para echar un párrafo. En ausencia del marido de su sobrina, que le costeaba la charla, arrastraba consigo a Lucio, sin que éste se hiciera rogar. Era la manera de verla sin comprometerse y sin dar qué decir. Allí se daban cita, pues, todas las tardes, a la hora en que la canícula no permite hacer nada, porque el comercio está desierto y las oficinas abandonadas.

Llegaba don Nicanor al golpe de las tres, tomaba posesión de alguna poltrona de mimbre en la anchurosa galería del patio y Lucio no tardaba en reunírsele, para hacerle la tertulia, recostado en la hamaca. Se despojaban de las americanas y luego salía Asuntita, generalmente vestida de blanco, con la bandeja de la cafetera y las tazas. Lucio la acariciaba con los ojos.

-¡Bravo! —exclamaba don Nicanor, llevándose a los labios el aromático brebaje—. Está como debe estar, con las tres ces: caliente, cargado ... conversado.

Y se tramaba la charla sobre el suceso del día o sobre cualquier materia interesante. Asuntita les acompañaba un rato, les hacía los honores y después les dejaba a sus anchas, para ir ella a ocuparse en sus quehaceres habituales. Ni el más fino observador hubiera podido pensar que allí había

gato encerrado. Cuando el anciano estaba ausente, Lucio no se dejaba ver por la casa.

Vivía en la quinta desde que se mejoró de sus dolencias y estaba encantado, tanto de su instalación como del aislamiento que se había impuesto, tan propicio a su estado de ánimo. Allí podía trabajar... pero no trabajaba. Más bien a solas, saboreaba su felicidad y se entregaba a la contemplación beatífica de una dicha que le parecía irreal, imaginaria. Los libros se le caían de las manos, porque encontraba que los pasajes más bellos palidecían en contraste con la realidad que estaba palpando. Dos o tres veces trató de dibujar, de esbozar algunos proyectos para los jardines del parque municipal, pero en el comienzo del trabajo, perdió el interés porque le pareció todo mezquino y miserable. Su pasión le dominaba, absorbía todo su ser y no le permitía concentrarse en nada que fuera extraño a su preocupación constante. Pero al mismo tiempo vivía en permanente inquietud. A veces se preguntaba si aquello sería natural o si estaría atravesando por un estado patológico que le arrastraba de los límites de lo razonable. La misma Asuntita, más equilibrada, más sensata, se preocupaba al ver arrebatos semejantes. En los momentos tranquilos Lucio realizaba esfuerzos de autoanálisis y entonces creía comprender algo de lo que le pasaba. Tal vez la necesidad de ocultar su amor, de disimularlo, le atormentaba así y le mantenía en un estado de exaltación insoportable. Quizá le inquietaba la sensación de que su dicha sólo era provisional y transitoria. Y buscaba en los momentos excitantes la manera de adormecer sus ansias. Bebiendo un poco, sin llegar al extremo de embriagarse, conseguía templar sus

nervios y mantenerse en una inconsciencia superficial. Nunca había tenido tendencias alcohólicas y más bien era un bebedor moderado; pero allí en Santa Cruz, bajo el influjo del ejemplo circundante, sin llegar al abuso, no desdeñaba el estímulo del licor y hasta lo buscaba. La compañía de algunos amigos como Hurtado, le inclinaba también en tal sentido. Las noches de cita con Asuntita, trataba de “hacer hora” en el Hotel Universal o en algún otro sitio de recreo y allí tomaba siempre algo para apaciguarse.

Dentro de esta situación no todo era entre ellos delirio amoroso ni transporte apasionado. A veces Asuntita y Lucio contemplaban el futuro como algo incierto, dudoso y lleno de incógnitas inquietantes. No pensaban solamente en el marido, que tenía que volver, tarde o temprano. Les preocupaban los hijos, los tíos, en fin, los respetos sociales. ¿Qué les depararía el destino? Él ideaba soluciones radicales: plantear el divorcio, para lo cual era necesario escapar y establecerse por algún tiempo en el extranjero, ya que en Bolivia aún no existía una ley que autorizaba la disolución del vínculo matrimonial. Ante los hechos consumados todos tendrían que resignarse. Todo antes que admitir la continuación del engaño y la farsa, con la amenaza del escándalo. Pero eso significaba para ella la renuncia a su dignidad de mujer honrada, la separación definitiva de los suyos y el porvenir incierto en tierras extrañas. Él hablaba de venderlo todo y de trasladarse a las orillas del Plata, en donde su título profesional le ofrecía la oportunidad encontrar trabajo. Ella a veces participaba de sus planes y se mostraba dispuesta a saltar por encima de todo, aunque sin prescindir totalmente de las reservas

mentales. Y pasados los momentos de enajenación, no podía menos que horrorizarse ante el abismo que se proponía salvar y ante las consecuencias trágicas que acarrearían sus actos.

Raras veces se olvidaban de todo y se concretaban a gustar la dicha del momento, como si en ellos comenzara el mundo y en ellos acabara. Puesto que habían sido juguetes del destino y habían caído arrastrados por una fuerza irresistible, debían afrontar las consecuencias con valor imperturbable. No sería ella la primera mujer que abandonara a los hijos para seguir al elegido de su corazón a través de todas las dificultades. Casada sin amor, no tenía la culpa de haber despertado a la vida demasiado tarde.

En estas alternativas y contradicciones se agravaba el conflicto de sus pobres almas atormentadas, que no tardaban en abandonarse a las reacciones contrarias. No eran dos seres frívolos, sino dos espíritus sedientos de eternidad y de permanente bienandanza. Y entonces se preguntaban si no sería preferible sucumbir simultáneamente, cómo en las novelas románticas. O si no estaría la solución en poner punto final a sus relaciones, sacrificándose heroicamente para disipar la permanente amenaza de un sinnúmero de penas, de vergüenzas y de lágrimas.

Después de estas noches de tortura, Lucio se refugiaba en las cantinas o en los tugurios que permanecían abiertos hasta la madrugada; y allí, en cualquier compañía, dejaba correr las horas en insulsa plática. Cerca del amanecer o ya amaneciendo volvía a la quinta para adormecerse durante algunas de las horas de la mañana.

-Es un trasnochador –decían al verle-, se acostumbró en Europa a no dormir de noche.

Por las tardes venía a la ciudad y se ocupaba, cada vez con menos interés y con menos entusiasmo, en las faenas municipales. Al anochecer daba una vuelta por las tertulias de la plaza, aunque no le distraía escuchar las conversaciones y las bromas habituales, luego comía en cualquier parte, solo o acompañado. Hurtado le había tomado cariño y se le adjuntaba, entreteniéndole con sus chistes, que a veces no carecían de gracia. Le faltaba Ricardo, que sólo hacía apariciones fugaces. Era época de labor y a esa misma causa se debía que don Nicanor y doña Mercedes estuvieran frecuentemente en el campo.

Empezaba a hablarse de que Lucio no frecuentaba las reuniones sociales. Entre las muchachas casaderas que al principio le habían mirado como un partido apetecible, menudeaban las habladurías. Se decía que tenía amores secretos. Y si bien su discretísima conducta alejaba toda sindicación concreta, en una ciudad de veinte mil almas era difícil que se mantuviera en el misterio situación tan ambigua y delicada. Lucio tenía la vaga sospecha de que alguien le hubiera sorprendido saliendo de casa de Asuntita a horas avanzadas y vivía con el temor de que tarde o temprano se prendiera la mecha del escándalo.

Una noche ya no tuvo dudas de que circulaban insidiosos comentarios. Cómo alguien le preguntara en dónde había pasado la tarde, porque le buscaron con urgencia para una reunión política, contestó que en casa de “su prima”, como llamaba a Asuntita delante de extraños, y notó que

su respuesta era acogida con sonrisitas. Sin embargo, era cierto que había estado allí, acompañado de su tío, como otras veces.

-A la prima hasta que gima –soltó un impertinente, haciéndose el gracioso.

Lucio no pudo contenerse y le tomó del cuello, como para hacer que se tragara sus palabras. Nunca lo hubiera intentado, porque el incidente tuvo inmediata resonancia. Aunque intervinieron los amigos y quisieron explicarle que se trataba de una broma sin mala intención, broma que él, con su ligereza, había agravado, comprendió que el asunto tomaba mal cariz y que ya existía por lo menos la sospecha de que sus relaciones con Asuntita eran algo más que relaciones familiares.

Muy alarmados ambos, acordaron atajar las habladurías, para lo cual ella se trasladaría a su casa de El Palmar. El iría a verla, subrepticamente, dos o tres veces por semana.

El Palmar era un sitio de recreo, a diez kilómetros de la ciudad, al que los cruceños llamaban pomposamente “balneario”. Es un lugar fresco y ameno, pero no tiene más que un hilillo de agua que corre por un cauce angosto y que se corta en ciertas épocas del año. Algunas pozas artificialmente practicadas, dan la cantidad de agua y la profundidad que se requiere para bañarse. No hay familia que se estime en algo que no tenga su casa en El Palmar, a donde se va por temporadas, más con el propósito de divertirse que con el de hacer vida de campo. Es casi una población, aunque sin calles y con viviendas diseminadas.

Como la tía permanecía en el establecimiento y don Nicanor sólo venía intermitentemente para atender algunos asuntos que no tardaba mucho en despachar, la resolución les vino al pelo, porque Asuntita se aburría en su soledad, soportando el calor, cada día más intolerable. Abandonó, pues, la ciudad, mientras Lucio seguía frecuentando los hoteles y plaza y trataba de exhibirse en gran escala. Tampoco se excusaba de participar ocasionalmente en alguna diversión. Procediendo con tal disimulo tenían la esperanza de que las habladurías cesaran y de que las gentes acabaran por olvidarlas. Así sucedió, siquiera en parte. Algunas noches, después de las once, Lucio corría a la quinta, montaba a caballo y en menos de una hora se ponía en El Palmar.

La propiedad de Wende era conocida por su situación aislada. Lucio acortaba la distancia, tomando a campo traviesa, amarraba su cabalgadura en la alambrada que circundaba el terreno y se introducía furtivamente hasta el corredor delantero de la casa, en donde Asuntita le esperaba. La servidumbre dormía lejos, en la parte posterior del edificio. Las noches eran frescas, serenas y plácidas. Allí fueron felices por una temporada, consiguiendo burlar las redes del espionaje que, sin duda, los acechaba.

Concibieron, por fin, la forma de reunirse en la quinta sin que nadie pudiera sospecharlo. Asuntita tenía la costumbre de ir algunos días a la ciudad para recoger el correo o para traer los objetos que escaseaban en el poblacho. Hacía el viaje a caballo, completamente sola y nadie se extrañaba de este ir y venir que, por necesidad o por placer, había iniciado en temporadas anteriores, incluso cuando su marido estaba

en Santa Cruz y sólo podía visitar a la familia durante los fines de semana. Cabalgaba con destreza, a horcajadas, con un equipo muy elegante que había traído de Europa, con botas flexibles y una faldita plegada, que le caía sobre el pantalón de montar. Al verla pasar con ese atavío y llevando a la grupa las alforjas de cuero repletas con las provisiones que iba a buscar a la ciudad, amigos y gentes envidiosas comentaban:

-Ahí va la gringa falsificada.

Lucio, que conocía estos trajines y que la había encontrado en aquella guisa más de una vez, le propuso un día que se detuviera en la quinta, con la expectativa de momentos agradables y sin el peligro de la publicidad. La quinta quedaba precisamente al paso y sobre el camino a El Palmar.

A ella le sedujo el proyecto, y, así, una mañana temprano fue a la ciudad, despachó sus asuntos sin demora y tomó el camino de regreso por filo del mediodía. Lucio esperó su paso a la puerta de la quinta, le rogó entrar sin que bajara del caballo y le hizo los honores de la residencia, rebosante de felicidad. Había tenido la precaución de alejar a la casera y al mozo y él mismo sirvió el almuerzo: carnes frías, ensaladas, dulces, champaña, todo servido bajo los naranjos de la huerta, en un ambiente de acogedora intimidad. Parecían colegiales en vacaciones.

La retuvo toda la tarde y aquella fue una de sus entrevistas más deliciosas, amenizada con la música de un gramófono. Pudieron hablar con libertad, sin los cuchicheos ahogados de las citas nocturnas. Tenían a su disposición toda la quinta, rodeada de un tupido e impenetrable seto de cuguchi. No

había temor alguno de sorpresas ni de miradas indiscretas de los muy raros transeúntes que por allí pasaban.

Estuvieron tan a gusto, que repitieron varias veces la agradable jugarreta. Para las gentes que preguntaban por Asuntita en El Palmar, la respuesta era muy fácil: “Está en el pueblo”. Si la buscaban en su casa, se decía que estaba en el campo. Hasta se quedó en la quinta una noche entera. Como salía de El Palmar muy temprano en la mañana y regresaba a la caída de la tarde, nadie se daba cuenta de sus continuas ausencias; y como la residencia de campo estaba aislada, podía ir y venir sin que la fiscalizaran. Lo único que evitaban era la presencia de Lucio en aquellos andurriales, que podía prestarse a conjeturas y a chismes de comadres.

En las tardes de la quinta las relaciones entre los dos enamorados alcanzaron mayor plenitud y expansión más consoladora y más completa. A Lucio se le aplacaron las murrias y recobró su carácter alegre y decidor. No solamente podía allí gozar de la espléndida belleza de su amante, sin sobresalto y sin tapujos, sino que tenía tiempo para contarle su vida y para exigir de ellas las mismas confidencias. Se referían mutuamente, en coloquios interminables, las impresiones que habían experimentado desde la época de la llegada de Lucio, cuando volvieron a encontrarse después de tantos años y sintieron el desasosiego de la pasión naciente, con el presentimiento de que sus vidas se verían ligadas en el futuro por obra de un destino fatal e inexorable.

-Yo te quería –decía él- y te deseaba, sin la esperanza de que algún día llegaras a ser mía.

-Sonso –contestaba ella- tenías que estar en Babia para no darte cuenta de que yo me moría por vos y de que me volvía loca de celos. Conocía tus amistades femeninas y tus conquistas entre las muchachas de medio pelo. Estaba frenética y desesperada al ver que me tratabas casi con indiferencia como si yo no te importara, como si fuera una mujer que no te significara nada.

-No era eso. Te trataba como a una mujer que me estaba prohibida y que me guardaba rencor por mi conducta pasada. Pero cuando te pedí perdón, solicitando tu indulgencia y me contestaste en tono desdeñoso que no tenías nada que perdonarme, porque nuestro idilio no había sido amor sino juego de niños, me sentí herido en lo más hondo. Habría preferido que me siguieras tratando como al principio, con prevención, con saña, hasta con odio. ¿Te acuerdas cuando me dijiste que yo no podía compararme con tu marido? Él era un caballero y un hombre de provecho...

-Yo no te dije eso. Pero me gustaba mortificarte. Tus amabilidades me irritaban como sin con ellas trataras de humillarme. Cuando en Las Maras te me acercaste para invitarme a bailar, sentí tal ira que te hubiera asesinado. Y, a propósito: ¿qué fue de tu conquista? Por andar en chicoleos ni siquiera me mirabas.

-No he sabido más de ella. Pobrecita. Creo que me he portado mal...

-¡Qué has de portarte mal, don Juan! Vos todo te lo merecés. Las mujeres se hicieron para darte gusto.

-Nunca he sido fatuo, pero ahora menos que nunca. Quién había de creer que un día andaría de rodillas a los pies de una mujer. Y lo peor es que no lo lamento. Porque tú no eres una mujer, eres un ángel, una diosa, un sueño hecho realidad.

-¿Nada más? -le atajaba ella sonriendo-. Si seguís por ahí, yo también me volveré vanidosa.

A poco cambiaban de tema, siempre dentro de las confidencias amorosas:

-¿Sabés cuándo me gustabas más y me sentía más subyugada? -decía ella-. Cuando en las mañanas, después del baño, salías al patio de la tía Mercedes, en pijama y en bata y te sentabas a darnos conversación. Olías de un modo tan raro, tan delicioso, tan perturbador, que acababas por matarme.

-Olía a limpio hija; y quizá a jabón y agua de colonia.

-Pero yo no había sentido jamás ese olor en ningún hombre. Era una mezcla enervante de perfumes masculinos, tan suaves... Una mezcla de aguas de tocador y de tabaco...

-Lo que pasa es que eres una sensual sin saberlo. Porque a ti te gusta todo lo refinado.

-Sí, yo no sé si es un defecto. Una de las causas porque esta vez no quise ir a Europa fue por no obligar a mi marido a gastar lo que no tiene. Me gustan los buenos trajes, la ropa interior finísima, los perfumes caros, las joyas, los grandes hoteles y los lugares elegantes. ¿Por qué habré nacido así, siendo pobre? Mi marido se esforzaba

siempre por satisfacer todos mis deseos, pero yo no quería sacrificarle.

Lucio se ponía serio. No podía tolerar que le hablara del marido. Y no era por celos, pues ella le tenía jurado mil y mil veces que con aquel hombre nunca había sentido nada y que no conocía otra revelación del amor, espiritual y física, anterior a la que de él, de Lucio, recibiera en una noche inolvidable, poco después de que ella le hizo la entrega de su cuerpo. Pero estimaba al otro por noble y por bueno. No tenía contra él ningún motivo de queja. Por eso sufría, pensando en que le había sido infiel a mansalva y sin que él lo mereciera.

En las raras ocasiones que así hablaban, uno y otro se abismaban en pensamientos dolorosos. Tenía que pasar un buen rato antes de que la nube se disipara y volviera a reinar entre ellos la dulce inconsciencia que les permitía gozar la hora presente, sin inquietudes y sin remordimientos...

-Sí, ya sé que te arrepientes...

-No, no me arrepiento. Te quiero demasiado para renegar de esta felicidad. Aun sabiendo lo que me espera, no volvería atrás por nada del mundo. Me ha arrastrado algo muy grande y superior a mis fuerzas.

No hablaba de los hijos, pero sentía que un dolor punzante le taladraba el pecho.

De esas protestas salía él reconfortado, transitoriamente tranquilo, feliz y satisfecho. Entonces no bebía ni se abismaba en lúgubres pensamientos. ¿Por qué no habían de ser felices? ¿Acaso el amor no tiene sus derechos?

Cuando Asuntita regresaba a El Palmar, dejándole en tan favorable estado de ánimo, optimista, alegre y seguro de sí mismo, se vestía con esmero, cogía el sombrero y el bastón y se encaminaba hacia el centro, dispuesto a encontrarlo todo bueno, a reír las bromas de los amigos, a tomar en serio la política y a reanudar sus trabajos por el ornato y por la higiene. “Esto es vivir”, se decía, respirando a pulmón lleno.

En tales alternativas deslizábase perezosamente su existencia. Acababa de saber, con el placer del reo a quien se concede un plazo para leerle la sentencia, que el esposo de Asuntita había postergado su salida de Europa por la expectativa de nuevos negocios lucrativos y convenientes. También circulaba el rumor de que los autonomistas propiciaban su nombre para una de las candidaturas a diputado en las elecciones que se realizarían en mayo. Antes viajaría a Cordillera, empujado por el tío, para tomar posesión de la estancia, recontar y marcar el ganado, nombrar nuevo administrador y poner orden en el manejo de sus descuidados intereses.

Había momentos en que todo parecía sonreírle. Y, para colmo de dichas, en esos días debía llegar Ricardo. Venía a darse unas cortas vacaciones con motivo de las fiestas del carnaval, que en Santa Cruz es el acontecimiento más notorio y extraordinario del año.

IX

Aquella mañana se encontraba Lucio con excelente estado de ánimo. El día anterior Asuntita le había jurado que, en llegando su marido, le propondría el divorcio y le rogaría que le devolviera su libertad, apelando a su carácter generoso y a sus sentimientos delicados. Conocía sus ideas a este respecto. Viajarían a donde fuera necesario.

Cuando llegó Ricardo, su amigo le recibió en el corredor que daba a la huerta, dispuesto a festejarle. Acababan de traer hielos y allí estaba la botella de whisky, para darle una “amansada”. En estos amansamientos ambos eran peritos consumados.

-¿Y?... ¿Cómo te ha ido? No sé por qué me imagino que has hecho la barbaridad del siglo.

-¿Qué quieres decir?

-¡Hombre! Lo que todo el mundo sospecha, aunque nadie lo dice en voz alta. ¿A mí con disimulos? Si basta verte la cara. Aquello tenía que suceder aunque se opusieran todas las potencias celestiales. Te lo previne muchas veces y sabés que hice lo posible por estimular tus escrúpulos. Pero no había que hacerle, porque el peligro estaba en los dos lados. Se presentó la ocasión y se produjo el incendio...

-De modo que tú crees...

-Es inútil que trates de despistarme. Como decimos en el campo, “el amor y los tarumás” no se pueden ocultar”...

-Pues ya ves. Estoy como enajenado. Era lo fatal, lo inevitable.

-Pero, bueno. ¿Qué es lo que vas a hacer? ¿Has pensado en las consecuencias del escándalo?

-Todo está previsto. Estamos decididos a pasar por encima de todo.

Y le contó lo que habían planeado, dando el asunto por concluido. Ricardo movió la cabeza, como si no estuviera conforme.

-Eso es lo que ustedes piensan –observó-. Pero hay que saber lo que opinan los demás.

-Los demás tendrán que resignarse.

-Imagino que no. A don Nicanor no lo vas a convencer con razones sentimentales. Adora a los hijos de Asunta. Dice que son sus nietos y no se resignará a verlos sin madre. Luego, tiene del honor un concepto bastante anticuado, es decir, calderoniano. El gringo, por otro lado, por muy tranquilo que sea, no se conformará con “vender el sofá”, como en el cuento de marras.

-Pues todos tendrán que acatar lo irremediable.

-Ojalá, hombre, ojalá. Pero me temo que la cosa se presente complicada.

-¿Más complicada de lo que está?

-Muchísimo más. En fin, “eso quisiste, fraile mostén; tú te lo tienes, tú te lo ten”.

-¡Qué retórico estás, para mortificarme!

-Ya sabes que no olvido las lecciones del Seminario. Soy como tu suegro don Basilio Pedraza.

-¿Mi suegro?

-Sí. ¿Vas a negar ahora tus fechorías?

-Esas son fechorías sin importancia.

-Sin importancia para vos, pero no para la Negra. La pobre está pasando las de Caín.

-¿Qué quieres decir?

-Que está embarazada.

Lucio se quedó estupefacto. De modo que, de aquella aventura, surgía también un contratiempo.

-¿Lo sabe el padre?- interrogó alarmado.

-Claro que lo sabe. Está que trina, pero no contra vos, sino contra ella. Dice que la mujer debe saber guardarse. Y, por el qué dirán, le atiza a la pobre Negra cada guasqueada...

-¿Qué? ¿La pega? ¡Pedazo de bárbaro!

-No la pega hasta matarla. Sólo para que los vecinos no crean que es un viejo alcahuete y no se imaginen que autorizó el desaguizado.

-¡Qué bruto! ¿Y qué hago yo, ahora?

-A nadie se le ha ocurrido pensar que debes casarte. Además, creo que estás comprometido por otro lado.

-Déjate de bromas, que no estoy para aguantarlas. ¿Qué crees que debo hacer?

-Reparar la falta, dentro de lo posible, se entiende. La gente de La Senda se conformaría con que no negaras tu paternidad. Eso sí que les llegaría al alma. Si aparte de eso te allanaras a ayudar a la crianza...

-¿En qué forma?

-Hay muchas formas. Podrías hacerle a la Negra algún regalo.

-Pero si no me quiso aceptar nada.

-Ahora es distinto. No sería para ella sino para tu hijo. No podría rehusarlo. Es pobre y un niño siempre es una carga.

-¿Quieres acabar? ¿Qué me aconsejas que haga?

-He pensado en el asunto y hasta he cambiado ideas con Pituca, que es una mujer de gran cabeza, lo que se llama una mujer práctica. Pituca opina que podrías comprar una pequeña propiedad que colinda con la de su padre, que tiene su casita, sus terrenos y hasta sus vacas.

-¿Vale mucho?

-Una miseria. Mil quinientos pesos a todo estirar. Hace la casualidad que los propietarios quieren venderla.

-Pues se compra inmediatamente. Mañana mismo recibes el dinero y quedas autorizado para cerrar el trato. Ojalá todas la aventuras pudieran liquidarse de esa forma.

-Poco a poco. En cuanto a esta aventura, ni eso necesitás para liquidarla. La Negra se opone terminantemente a que te pida nada.

-¡Qué muchacha tan rara! Pero ya está dicho. Te ruego que arregles la cosa a la brevedad posible.

-Me parece muy bien. Pero a todo esto: ¿esa botella es para contemplarla?

Así era Ricardo. Juicioso, expedito y al mismo tiempo alegre y expansivo camarada. Se sirvieron unas copas.

-¡La falta que me has hecho! —le decía Lucio, realmente emocionado—. Te aseguro que me has hecho mucha falta.

-Hombre, permítame que lo dude. Para las actividades a que estás dedicado, creo que los amigos salen sobrando.

Y festejó su salida con una sonora carcajada.

A renglón seguido habló de los preparativos para el carnaval y preguntó si Lucio se incluiría en alguna comparsa. Contestó éste asegurando no haber decidido nada. Creía que era mejor quedarse libre. Pero había recibido invitación para apadrinar a un grupo de jóvenes, muy jóvenes, que se disponían a divertirse en grande. Ricardo opinó que un aspirante a político estaba obligado a no rehuir tales compromisos. Era cuestión de hacer una fiestecita o de acompañar a la comparsa una o dos veces, saliendo en

pandilla para alegrarse un rato. Convinieron en que estarían a las resultas y en que tratarían de divertirse juntos.

-Lo que podemos hacer en las noches –propuso Ricardo– es ir a los bailes. Yo también tengo mi pequeño programa reservado. ¿Sabés? Carmencita Suárez. Podemos ir de máscaras y, si Asuntita se atreve, pasarla muy bien sin que nos moleste nadie.

Convinieron en que encargarían unos disfraces sencillos, que no llamaran la atención, tanto para ellos como para las muchachas. Había que saber si Asuntita no tenía reparo en confiar su secreto a Carmen Suárez. Era su compañera de colegio. Después de todo aquello no comprometía a nadie. Eran muchas las señoras que salían en el carnaval con parientes o amigos de la casa.

Puestos de acuerdo sobre el particular pasaron a hablar de política. Ricardo se dio cuenta de que Lucio se inclinaba a aceptar la candidatura a diputado que le ofrecían los autonomistas. Creyó su deber prevenirle una vez más acerca de la poca confianza que le inspiraban sus correligionarios. La elección de diputados era más seria y se prestaba a mayores triquiñuelas y a combinaciones complicadas. Se había implantado la representación de las minorías y el sistema electoral de la lista incompleta y se debía elegir tres diputados por la capital y las provincias vecinas, restringiendo el voto a dos nombres solamente. El partido de mayoría, por lo tanto, elegía dos diputados y el de minoría que lo siguiera en el número de sufragios, solamente uno. El compañero de lista quedaba excluido sin remedio. Ahora bien, dando por seguro el triunfo de la candidatura del

partido gobiernista, que en este caso no se descuidaría como en la elección municipal, sólo quedaba una banca para el partido que le siguiera en sufragios.

¿Esa banca correspondía a Lucio o a su compañero?

Había que meditarlo.

De la política saltaron a los temas económicos. En eso, como en todo, aunque confiaba plenamente en su tío, Lucio gustaba aconsejarse de Ricardo. Tenía que ir a la estancia, pasado el carnaval. También debía proceder a una liquidación de cuentas, porque hasta allí se había limitado a recibir varias partidas de dinero de su tío, sin conocer la verdadera situación de sus negocios. Aunque Ricardo también confiaba en don Nicanor y tenía una gran idea de su probidad, estimaba que era indispensable abordar un arreglo que estableciera la verdadera situación financiera de su amigo, situación que le serviría de norma en sus gastos, que él estimaba exagerados.

-Bueno. Quedas nombrado mi ministro de hacienda.

La “mansedumbre” total de la botella de whisky coincidió con la hora del almuerzo. Lucio propuso que se quedaran allí, advirtiéndole a su amigo que comerían la que cayera. “Cayó” un loco de gallina con sus huevos “largados”, una ensalada de palmito y un churrasco en pacumuto, todo regado con una gran jarra de chicha cruceña, industria de la casa. El jacuú fue de plátanos asados al rescoldo, con queso de Cordillera.

-El mejor queso del mundo –sentenció Lucio.

-Seguramente es de tu estancia.

-Pero no lo digo por eso. Conozco los mejores quesos de Francia, de Suiza y de todas partes. Pero no hay nada igual a éste. Tiene su estilo propio. No es ni queso fresco ni queso fermentado. Tiene la sal suficiente y su sabor es delicado. Se puede comer hasta hartarse sin el temor de que haga mal al estómago.

Ricardo estaba de acuerdo. El queso de Cordillera era una de las buenas cosas que tenía Santa Cruz. Lástima dijo- que los estancieros no se dedicaran a producirlo en gran escala. Eran políticos o enamorados. Lucio sonrió, dando a entender que la flecha había hecho blanco. Doña Natividad, la casera, completó el programa con una taza de café servido a la alta escuela.

Tendidos en las hamacas siguieron conversando hasta que les invadió el sopor de la siesta.

Al atardecer pasaron por la casa de don Nicanor para saber si éste había llegado. Sólo encontraron a doña Mercedes, muy afanada en abrir las habitaciones y en dirigir la limpieza general. Dijo que su marido no llegaría hasta el sábado que era precisamente la víspera del carnaval. No le gustaba esa fiesta, pero como en tales días también en el campo se suspendían todas las actividades, prefería darse en la ciudad algunos días de descanso. Doña Mercedes preguntó a Lucio por Asuntita. ¿Qué hacía en El Palmar hasta esa fecha, cuando ya todos los veraneantes regresaban? El sobrino declaró que no la veía desde largo tiempo. No la visitaba en El Palmar por no ir solo y porque estaba muy ocupado.

Lucio encontró sobre la mesa de su cuarto una comunicación en la que le participaban que los miembros de la comparsa Los Audaces le designaban padrino.

-Han elegido bien –comentó Ricardo-, porque como audaz, no dejás nada que desear.

Allí mismo se informaron, por los jóvenes Toledo, de que las comparsas organizadas eran siete, todas ellas con su correspondiente banda; de que cada comparsa daría su baile de máscaras; de que las casas de recepción durante los tres días de carnaval y además el miércoles de ceniza, serían tales y cuales. Casi todos los bailes se darían en el teatro.

Luego buscaron a una parienta de Ricardo, muy curiosa para la costura y encargaron los disfraces: cuatro dominós negros, dos para hombre y dos para mujer. Eligieron las telas y adelantaron el dinero para comprarlas. Era todo el preparativo que necesitaban.

Por donde iban se notaba el ambiente de fiesta que reinaba en la ciudad. En ciertas calles y en la plaza se formaban grupos que discutían y que bromeaban. Las tiendas rebosaban de gente atareada en hacer compras. Se comentaba la originalidad y la gracia de los uniformes elegidos por algunas comparsas. Los audaces llevarían una especie de pijama a rayas horizontales, en negro y blanco, semejante al traje de los presidiarios. Lucio debía lucir ese atavío, por lo menos una vez, para hacer honor a sus ahijados, entre los cuales figuraban algunos de los elementos juveniles del autonomismo. Se trataba, por lo tanto, de una

empresa política y de propaganda electoral, a la vez que de una organización carnavalesca.

Los bailes empezaron, como otros años, la noche del jueves anterior a la semana del carnaval. Faltaba tiempo para que pudieran actuar todas las comparsas. Además, debían turnarse para disfrutar del local.

Al primer baile que asistió Lucio fue al del sábado, que era el que ofrecían Los Audaces. La concurrencia era enorme y la mayoría de los asistentes, hombres y mujeres, iban enmascarados. En seguida se dio cuenta de que durante el tiempo que permaneció ausente de Santa Cruz las fiestas carnavalescas habían evolucionado.

En los carnavales de antaño las mujeres no se disfrazaban y los bailes se daban en las casas particulares, con el ingreso restringido a los invitados o a las máscaras que se descubrían ante el dueño de casa para comprobar su identidad. Como aquella noche Lucio tenía que actuar de padrino y agasajar a sus ahijados, tuvo que ir sin pareja y sin careta. Forzosamente tenía que ser el blanco de las burlas de las máscaras y ya estaba prevenido para revestirse de paciencia.

La sala del teatro, de donde habían retirado los asientos, estaba llena desde muy temprano. Los Audaces, con sus trajes de presidiarios, recibían a la entrada y hacían los honores de la casa. Aparte de la cantina establecida en el vestíbulo y en dos o tres habitaciones a los lados, el proscenio estaba convertido en despacho de bebidas, con mesas y sillas que se iban ocupando. Los palcos que rodeaban la platea, desde muy temprano estaban invadidos por las “mironas”,

es decir, por familias que no bailaban y que iban a divertirse exclusivamente en la contemplación del espectáculo.

No faltaban los trajes de fantasía, pero en general las máscaras llevaban dominós, de todos los colores y estilos imaginables. La platea, convertida en pista de baile, presentaba un golpe de vista imponente y animado. Cientos de parejas se entregaban a la danza, con un frenesí sorprendente, dado el calor que se sentía en la sala. Porque si bien el local era bastante aireado y carecía de paredes laterales, la aglomeración y la temperatura reinante convertían el recinto en una sucursal del infierno. No por eso las gentes demostraban hallarse incómodas o sofocadas. La alegría desbordante se expandía por todos lados. Dos bandas situadas en la parte alta del coliseo se alternaban para entretener el baile. Los que no bailaban ni bebían recorrían el local en grupos o en parejas y se entregaban a gastar bromas a los que no estaban enmascarados, hablando a gritos, en falsete y buscando a los conocidos y amigos para hacerles una jugarreta o darles un chasco.

En las mesas se tomaba cerveza fría con preferencia a cualquier bebida. A cierta hora Los Audaces se situaron en el proscenio con el padrino, las madrinas y la reina de la comparsa. Ésta era una joven bastante agraciada, a quien Lucio debía atender y agasajar, dado su rango. La invitó a bailar dos veces y la regresó al estrado, sentándola a su derecha y trabando con ella una animada charla. Cuando más embebido se encontraba, sintió que alguien se le acercaba por detrás y le decía al oído, fingiendo la voz:

-Sos un sinvergüenza. ¿A cuántas les has dicho esta noche la misma cosa?

Se volvió rápidamente pero no pudo saber quién le hablaba. A su espalda se agitaba un grupo compacto de mujeres disfrazadas.

Después de un rato se le acercó una máscara que llevaba dominó azul y, sin decirle una palabra, cogió el vaso que él tenía delante y se lo bebió casi de un trago.

-¡Vaya una frescura! —exclamó la “reina”.

Lucio soltó a reír, encontrando que la ocurrencia no carecía de gracia. Quiso tomar de la mano a la intrusa, pero ésta se escabulló sin darle tiempo para nada. Se disponía a bailar de nuevo cuando se le aproximó Ricardo, también de máscara y le murmuró al oído:

-Cuidado. Asuntita te está vigilando.

-¡Cómo! Si esta tarde dijo que no vendría.

-Vino con los Toledo y no te pierdes de vista ni un instante.

-¿Dónde está?

-Ahora está sentada en la mesa contigua a la tuya. No vuelvas la cabeza porque se dará cuenta de que te estoy poniendo en guardia. Es la del dominó floreado. La que se bebió tu cerveza es la novia de Pedrito.

Lucio se excusó con un pretexto y se alejó de la mesa en que estaba instalado. De modo que Asuntita desconfiaba. Bueno. Pues no le daría motivo para quejarse. No tardó en

aparecer la máscara del dominó azul y Lucio la alcanzó, tomándola del brazo.

-Vamos a bailar —le propuso-. Tienes que pagarme la cerveza haciendo renegar a tu novio.

-Yo no sé bailar —chilló ella, hablando en falsete-. Tampoco tengo novio, porque soy muy fea.

-Bien que bailabas en Las Maras. Y no eres tan fea, puesto que Pedrito tiene muy buen gusto. A bailar se ha dicho.

Optó ella por no fingir más. Confesó que había venido con el novio, con su hermano y con la mujer de éste. Ni palabra sobre Asunta.

-¿Y la del dominó floreado?

-No sé quién es. Aquí se nos ha juntado.

Él aprovechó la danza para decirle que se sentía aburrido y cansado. No tardaría en retirarse. Estaba allí por compromiso.

-Pero la fiesta está muy linda —objetó la muchacha-. Y parece que te gusta mucho la reina de la comparsa.

-Era mi obligación atenderla. Pero me parece algo tonta y no es tan interesante como me habían asegurado.

Dejó a su pareja y todavía se entretuvo un rato hablando y brindando con Los Audaces. Después se eclipsó disimuladamente y se fue a dormir a casa de los tíos, que todavía estaban despiertos y que no le esperaban tan temprano. Ya tenía lista la coartada.

Al día siguiente, a los doce vino a buscarle la comparsa, escoltada por el estruendo de la banda. Los muchachos estaban más frescos que una lechuga, aunque muchos habían amanecido en el teatro. Les invitó un refrigerio y se pusieron en marcha. Las otras pandillas estaban ya en la calle, seguidas por la chiquillería vocinglera y alborotada. El ruido de la música era ensordecedor cada vez que se encontraban dos o más comparsas. Competían en los uniformes, pero no tanto como en los correspondientes “carnavales”. Cada maestro de la banda había compuesto el suyo, como todos los años. Aquel día se entablaba la competencia que sería fallada luego por el veredicto popular tácito e inapelable. El mejor “carnaval” era el más alegre y el que pronto se grababa en el experto oído del pueblo. Pero no había uno que compitiera con el “carnaval grande”, tradicional y entusiasta.

En las casas de recepción, como de costumbre, se sucedían las comparsas y se las agasajaba con refrescos y con bebidas espirituosas. Era la manera de mantener la alegría. En cada una de esas casas esperaba un grupo de muchachas, como un ramillete que se ofreciera a la admiración y a los homenajes de la juventud masculina. La irrupción de cada conjunto carnavalesco venía acompañada de gritos atronadores que dominaban el estruendo de la banda. Sin solución de continuidad, los recién llegados tomaban parejas y rompían el baile, sin perjuicio de iniciar el juego con chisguetes de agua perfumada, serpentinas y papel picado. En pocos segundos se armaba la más colosal batahola y hasta los viejos participaban en la jornada. Las damiselas se defendían bravamente, aunque la fiesta del domingo se caracterizaba por cierta parsimonia. El lunes, el martes y hasta el miércoles

se combatía con agua, polvos teñidos, cascarones y otros materiales menos delicados. Alguna vez se extremaban las hostilidades apelando a los remojones de cuerpo entero que se propinaban unos a otros en las tinas de los patios.

Las farándulas recorrían la ciudad, invadiendo las casas hasta las seis de la tarde. A esa hora se servía de comer en cada sitio a la gente amiga, rezagada o que había recibido invitación para el efecto. Entonces se concertaban los compromisos para el baile de la noche y se disolvían las comparsas hasta el día siguiente. Cada quien se quedaba donde tenía su conquista o donde había creído iniciarla con algún provecho.

La noche del domingo era una de las destinadas por Ricardo y Lucio para llevar al baile a Asuntita y a su amiga del colegio. Ambos llegaron como a las once a la casa de ésta, que era una viudita retrechera, por cuyos pedazos hacía tiempo que Bejarano bebía los vientos. Nada de pecaminoso había en la escapatoria. La viudita estaba de luto riguroso y se acompañaba de una amiga para entretenerse un rato. Ricardo y Lucio eran amigos de confianza o parientes que se brindaban a escoltarlas para una diversión honesta y nada non sancta.

El baile estaba quizá más animado y concurrido que la noche precedente.

-¿Cómo te fue anoche? —preguntó Asunta a Lucio, cuando llegaban al teatro.

-Me aburrí de lo lindo. Aunque era padrino de la comparsa, a la una tomé las de Villadiego.

-¿Y la reinita, no consiguió distraerte?

-¡Bah! ¿Quién puede distraerme cuando no estoy contigo?

Ella parecía intranquila, aunque satisfecha de su experimento. Él se sentía feliz de tenerla a su lado y del incógnito que les dejaba gozar de la compañía mutua sin compromiso, ni sobresalto. Tomaron posesión de una mesa bien colocada y convinieron en turnarse para bailar, a fin de no perder el sitio. Los curiosos pasaban delante de los cuatro dominós negros sin demostrar mayor interés y fijándose solamente en la aparente gravedad y compostura con que bebían su cerveza. De rato en rato les dedicaban alguna broma sin mayor intención ni consecuencias:

-¿Por qué tan serios, che? ¿Dónde dejaron el entierro?

-¡Qué barbaridad! ¡Cómo se divierten estas dos parejas! Se imaginan que ya ha empezado la cuaresma.

-Por eso yo no voy a los bailes con mi suegra. Tendría que estar como pan que no se vende.

Ellos festejaban los dicharachos discretamente y permanecían callados por el temor de incurrir en alguna imprudencia. Les regocijaba el espectáculo y se regodeaban al sentirse completamente aislados en medio de la abigarrada muchedumbre. Las dos damas habían tenido la precaución de no quitarse los guantes, con lo cual se descartaba la posibilidad de que las identificaran por las manos y habían elegido un calzado corriente y adocenado.

Asuntita y Lucio tomaron la iniciativa de salir a bailar. Era la primera vez que lo hacían y, al deslizarse llevados

por la cadencia de la música, sintieron como si una corriente eléctrica les galvanizara. Ambos descubrieron que bailaban bien y que se entendían perfectamente. El abrazo que los unía, aunque firme y estrecho, no impedía la libertad de movimientos. Él sentía sobre su pecho la dulce presión de los senos duros y opulentos y traducía su dicha en palabras apasionadas. Ella guardaba silencio y parecía triste y preocupada. Bailaron varias veces, sin más alternativas que las que establecía el cambio de parejas.

En uno de los números que a Lucio le tocó bailar con la viuda, más bien por cortesía y por guardar ante ella las apariencias, ésta le preguntó a boca de jarro:

-¿Qué le ha hecho usted a Asuntita? Una mujer tan recatada y tan seria...

-¿Yo? Pero si yo no tengo nada con ella. La quiero mucho, pero así también la respeto.

-No lo dudo. Pero es otra mujer. Está totalmente cambiada. Jamás hubiera venido a un baile de máscaras en ausencia de su marido.

-¿Usted cree?

-Estoy segura. Esta tarde, como yo le manifestara mi extrañeza, ¿sabe usted lo que me dijo? Que quería aturdirse porque se siente desgraciada. Y todavía algo peor: que éste será el último carnaval de su vida, porque tiene el presentimiento de que morirá pronto. Yo creo que está locamente enamorada.

-Le juro –balbuceó- que lo que usted me dice me sorprende y me desconcierta. Pero le agradezco que me lo hubiera dicho. Yo no quiero que Asuntita sufra ni que se torture por mi culpa. Haré lo necesario para que se tranquilice. No quiero que sea infortunada.

Volvieron a la mesa. El resto de la noche Lucio se sumió en el mutismo. En vano le preguntó Asunta por la causa de su repentina tristeza. Se excusó con el calor, con el cansancio, y cuando le propusieron retirarse, lo hizo sin protestas.

Después de acompañar a sus parejas, los amigos se detuvieron a la puerta de la casa de don Nicanor Mendoza.

-¿Qué ha pasado? –interrogó Ricardo.

-Nada. Cada día comprendo menos a Asuntita. No hace una semana que me infundió alientos, comunicándome se resolución de pedir a su marido la separación y el divorcio; y hoy le he dicho a tu amiga cosas extrañas.

Y le contó lo que la viuda acababa de comunicarle.

-¿Ya lo ves? Yo te dije el otro día que el asunto era más serio y difícil de lo que te figurabas. Asuntita ve mejor las cosas y su espíritu presiente la tragedia. Tiene miedo y aunque hubiera decidido complacerte, está desorientada y la atormentan sus pensamientos.

-Creo que quería hablar conmigo esta noche. Pero me he hecho el desentendido. Sus vacilaciones y sus cuitas me humillan y me ofenden. Y no acepto sus aires de víctima. Yo también sufro como ella.

-Sos injusto, porque no te ponés en su caso. Dejame que yo le hable. Iré a verla mañana, con el pretexto de invitarla al baile.

-No, no vayas. Necesito cavilar. No le hables antes de que volvamos a vernos. ¿Vendrás mañana a almorzar? Ya sabes que los tíos te esperan.

Se separaron en silencio, comprendiendo que era inútil que siguieran platicando.

Lucio se disponía a acostarse cuando oyó unos discretos golpecitos en la ventana.

-¿Quién? –preguntó algo intrigado.

Creyó que Ricardo había vuelto.

-Yo.

Era la voz de Asuntita. Abrió la puerta de su cuarto, que daba a la calle.

-¿Tú? ¿Pero qué te pasa? ¡Qué imprudencia!

No se había quitado el disfraz y estaba allí, sola, habiéndose expuesto a cualquier encuentro desagradable. Se sentó en el lecho, quitándose el antifaz y bajándose la capucha del dominó sobre la espalda. Estaba demudada, trémula y a sus ojos se asomaban lágrimas.

-¿Qué te ha dicho Carmen?

-Lo que tú le dijiste esta tarde.

-Perdóname. No pude contenerme y le dije lo que no debía decirle. Tenés razón de resentirte, no sé lo que hago.

No me entiendo a mí misma. Quisiera morir para no hacerte sufrir más.

-Yo sí te entiendo. La promesa que me hiciste fue para tranquilizarme. No te atormentes. Yo me iré a donde tú no sepas más de mí. Quédate con tu marido, con tus hijos, con tus tíos... Yo soy el intruso que ha venido a perturbar tu vida.

-¡No, no, por Dios! No podría vivir si te fueras. Mía es la culpa de todo lo que sucede. Yo mostré que te quería y merezco lo que me pasa. Perdoname. No te vayas.

Le imploraba, anegada en lágrimas. Él la tomó en sus brazos, deshecho y anonadado.

-¿Qué quieres que haga? –inquirió.

-No hagás nada, por favor. Dejame tiempo para acostumbrarme. Cumpliré cuanto te he prometido, aunque tenga que hacerme pedazos. No temás que yo falte a mi palabra.

-Pero, no es eso. Yo no quiero sacrificarte. Dios mío, ¿por qué vendría? ¿Por qué no me quedé lejos, aunque me hubiera muerto de hambre?

Se calmaron poco a poco. Mutuamente trataban de consolarse. Las caricias hicieron su parte. Esperarían, puesto que era necesario. Dejarían de atormentarse. Al fin y al cabo se mantenía el secreto de sus relaciones, aunque hubiera sospechas más o menos fundadas.

Al día siguiente no quiso Lucio salir a ninguna parte. Tenía los nervios en tensión. Pensó que le volverían las tercianas.

Le llamaron a almorzar al mediodía y allí estaban Asuntita y Ricardo. Doña Mercedes les había mandado venir. El portón estaba cerrado a piedra y lodo para evitar importunos y para impedir la irrupción de las comparsas. Ya el estruendo de la música alborotaba la calle. Aturdían las notas graves o estridentes de los “carnavales”.

-¿Se te acabó la fiesta? –interrogó don Nicanor con sorna-. Has resultado un carnavalero de poco aguante.

-Francamente –respondió Lucio- toda esta locura me parece un poco exagerada. He perdido la costumbre.

-Haremos nuestro carnaval aquí adentro –replicó el tío-. Tenemos un buen vinito extranjero. Y también un lechón.

Empezaron con un *cocktail* que preparó Ricardo, compuesto de amargo de Angostura, clara de huevo, azúcar, cáscara de limón y ron de caña. El brebaje levantó los ánimos. Lucio empezó a sentir una agradable lasitud y se dio cuenta de que se le disipaba la tristeza que le había dominado toda la mañana. Vio a Asuntita que le sonreía con serenidad y a Ricardo que le observaba disimuladamente como para infundirle ánimo. “La vida es hermosa –pensó-. ¿Por qué amargársela antes de tiempo?”.

El cuadro familiar era tan bello que Lucio llegó a preguntarse si la suerte le depararía gozarlo alguna vez con pleno derecho, sin tapujos y sin ruines complicidades. Volvió a concebir esperanzas. Y esa noche también fueron al baile, en donde quizá bebió demasiado.

El martes regresó a la quinta. Se sentía enfermo de alma y cuerpo. Maldito carnaval –se decía- y qué mal lo había tratado. Una máscara los reconoció en el teatro y les hizo alusiones desagradables.

En la tarde estuvo Ricardo, con el propósito de hacerle compañía y consolarle. Se dedicaron a consumir una botella “de lo bueno”. Ya el dueño de la casa, por su cuenta, la tenía más que mediada.

Salazar confesó a su amigo que estaba nuevamente invadido por el tedio y atacado por la desesperanza.

-¿Querés que te diga una cosa? –exclamó Ricardo-. Que sos un hombre incomprensible y raro. Te come la neurastenia. Yo creo que es efecto del ambiente y un poco, también, de tus dificultades. Estoy tentado de llevarte otra vez al campo, pero a descansar y no a repetir tus anteriores experimentos de “vida natural”.

-Pero si esto es también el campo.

-No es lo mismo. Estás demasiado cerca de la ciudad. Necesitás viajar a la estancia.

-No podría. Cuando paso dos días sin ver a Asuntita me parece que la voy a perder, que se me escapa.

-Entonces tu caso no tiene vuelta. Quién sabe si la política consiga distraerte. Habrá que tomarla como antídoto. Pero quiera Dios que el remedio no te resulte peor que la enfermedad.

Lucio entró a las habitaciones en busca de otra botella.

-Malo, malo... -Murmuró Ricardo, moviendo la cabeza con tristeza y con lástima-. Malditas mujeres.

-¿Y para qué serviría la vida sin ellas? –interpeló Salazar, que había alcanzado a escucharle-. Además, nos queda este recurso: el “trago”.

X

La campaña regionalista volvió a recrudecer con violencia, con motivo de la próxima elección de senadores y diputados. Muchos se preguntaban si tal actitud era legítima y justificada. ¿Era una aspiración sincera la que alentaba el sentimiento localista, en todas sus modalidades y en todos sus grados? Porque se iba desde el simple autonomismo, apoyado en el ideal federativo, hasta el separatismo, que aparejaba la idea de independencia, pasando por el anexionismo o la unión a alguna nación extranjera. Salazar no tenía al respecto nociones muy precisas ni muy claras, lo que se explicaba por el hecho de haber pasado la mitad de su vida en el exterior, por su falta de conocimiento de los problemas nacionales y por haberse limitado hasta entonces a escuchar la propaganda de unos cuantos. Comprendía que no le era posible tomar una orientación definida antes de meditar seriamente sobre el asunto, de consultar opiniones y de examinar los antecedentes con cuidado. Se confundía un poco con tantos “ismos” y se empeñaba en descifrarlos.

La conducta de sus correligionarios en la municipalidad estaba lejos de satisfacerle. Había llegado por fin a formar la mayoría que ambicionaban y no se servían de ella sino para

tomar las situaciones por asalto y colocar a parientes, amigos y allegados. Los antecedentes del partido, hasta entonces, podían reducirse a sólo dos hechos consumados: injerencia en el Concejo Municipal, con el resultado conocido, y cierta algarada ocurrida un año antes, con carácter subversivo, cuyo único fruto fue el abandono del proyecto de construir un camino de automóviles a Cochabamba. Contra esa iniciativa el autonomismo había levantado al pueblo y exigido que se abandonara la idea de la carretera y se impusiera la del ferrocarril, obra para la cual el país no estaba económicamente preparado. Tal fue el origen de la fórmula fatal “ferrocarril o nada”. Y Santa Cruz se quedó sin nada, atrasando su desenvolvimiento económico por más de treinta años.

De la propaganda cotidiana del autonomismo se desprendían algunos postulados cuyo fundamento, a juicio de Salazar, era necesario poner en claro. El oriente —se le decía— había sido exclusivamente descubierto y poblado por los conquistadores del Río de la Plata, sin relación alguna con los habitantes del Alto Perú; en los tiempos anteriores a la conquista, los pobladores autóctonos de los llanos orientales pertenecían a la raza guaraní, enemiga y antagonista de los vasallos del Inca, que poblaban la parte alta del territorio; Santa Cruz había luchado por su cuenta, durante la guerra de la independencia, en íntimo contacto con las provincias argentinas, de las cuales dependía en esa época (ahí estaba el ejemplo de Warnes); proclamada la independencia y organizada la república, Santa Cruz había sido abandonada a sus propias fuerzas y privada de recursos, mientras las provincias altas se desarrollaban a expensas de los ingresos nacionales, que debieron

distribuirse para beneficiar por igual a todas las regiones del país; los ingresos extraordinarios que la nación recibiera por indemnizaciones territoriales, fueron invertidos en dotar de ferrocarriles al altiplano, dejando a Santa Cruz sin línea férrea que era el desiderátum de su transformación y su adelanto; los ferrocarriles de la costa habían acabado con la industria cruceña, al permitir y favorecer la importación de artículos extranjeros más baratos. Toda esa política era el resultado de la hostilidad sistemática de los collas respecto a Santa Cruz, hostilidad que debía terminar, ya fuera por separatismo, ya por la federación, ya por la anexión a otra nación extranjera. El oriente, por lo tanto, ni por su origen ni por sus intereses tenía nada de común con la parte alta de Bolivia y debía romper los vínculos artificiales que lo sujetaban a ella. A tal fin deberían tender los buenos cruceños, buscando la felicidad de su tierra por cualquier medio. Debían levantar la bandera del irredentismo oriental y luchar por verla triunfante.

Al ingeniero le seducían algunos de esos principios, pero quería estar seguro de que eran efectivos y bien fundados. Por eso no perdía ocasión de hablar con el señor Buceta, amigo de su tío, hombre ilustrado y de consejo. El cruceñismo de Buceta estaba fuera de toda duda, pero no le impedía que a veces cantara algunas verdades. En aquellos días los amigos insistían en que Salazar aceptara la candidatura para representante al Congreso. Estaba, pues, cada vez más perplejo y más deseoso de ilustrarse. ¿Hasta dónde debía ir el autonomismo y hasta qué punto era una aspiración justificada? Porque una candidatura a diputado requería una plataforma sólida y bien fundada.

La casualidad le deparó una entrevista con el señor Buceta, que una de esas tardes tomaba el fresco en la plaza, completamente solo y en el escaño acostumbrado. Era un hombre más que maduro, de mirada atenta, de rostro inteligente y de carácter sencillo y bondadoso. Usaba una barbita puntiaguda y entrecana. Su trato era siempre afable, sin excluir algún arranque de energía, de esa energía tranquila del que sabe lo que dice y no admite que se desconfie de su palabra. Se dedicaba a estudios de historia, geografía y ciencias naturales. Sus trabajos eruditos merecían acogida deferente en varias publicaciones del exterior, era miembro correspondiente de academias e instituciones científicas extranjeras. Lo que no impedía, naturalmente, que fuera el blanco de los chascarrillos más o menos inofensivos del anecdotario lugareño. Se le creía “chiflado”, aplicándole el mote con que se designa en las ciudades pequeñas y en los pueblos a los que no piensan como los demás.

Le gustaba hablar con Lucio y le hacía mil preguntas sobre Europa y sobre su profesión de ingeniero, que le interesaba, particularmente. Tipo autodidacta, perseverante e inquieto, no desperdiciaba las ocasiones de informarse sobre asuntos o temas que le preocupaban por algún concepto. Había viajado poco y, como carecía de fortuna, no podía darse el lujo de comprar libros fundamentales que trataran de los progresos de la ciencia moderna. Suplía sus deficiencias con la lectura de las revistas que le mandaban gratuitamente, con su observaciones sagaces y con una maravillosa intuición que le llevaba a adivinar lo que sus escasos medios no le permitían conocer a ciencia cierta. A la recíproca, por lo tanto, estaba siempre dispuesto a absolver las consultas de su joven

amigo, sobre todo en materia de historia cruceña, que había escudriñado en muchos de sus principales aspectos.

Salazar fue escalonando sus temas con habilidad y con método.

-Estaba deseando verlo, don Marcelino, para conocer su opinión sobre el movimiento autonomista cruceño. Sabrá usted que me proponen una candidatura a diputado.

-Lo sé y me alegro mucho de que se piense en un joven cuya preparación y cultura le habilitan para ser un buen representante. Sobre las tendencias del partido autonomista no estoy bien informado. Si por autonomismo se entiende el deseo de procurar que Santa Cruz asuma, dentro del país, el papel que le corresponde por sus grandes posibilidades y riquezas, creo que la nueva orientación es acertada. Y como desgraciadamente carecemos de los medios económicos necesarios para impulsar nuestras industrias y para lanzar nuestros productos al mercado, una buena acción política puede ser la manera de alcanzarlos.

-Yo creo que esos medios existen pero que se los emplea en provecho exclusivo de la altiplanicie y de la región montañosa del país –puntualizó Salazar.

-Poco a poco. Allí están las minas, cuya explotación ocupa la atención de los poderes públicos en primer término. Claro que es un error dar supremacía a las minas, que son pasajeras, sobre la agricultura y la ganadería, que son permanentes; pero es la ley natural que rige el desenvolvimiento económico de los pueblos. Las minas improvisan fortunas y por eso tienen la preferencia. También proporcionan ingresos inmediatos

al erario. Cuando en California se descubrieron yacimientos auríferos, esa región se pobló rápidamente. Agotado el oro, se pensó en la agricultura y hoy es un vergel y un emporio de riquezas. Ha sido lógico que en Bolivia las minas atrajeran la atención en primer término. Ese fenómeno puede ser una desgracia, pero es una realidad contra la cual es inútil rebelarse. Para colmo de males la región agrícola de nuestro país es mediterránea y no ha podido atraer inmigración como en otras partes del continente. De esto tienen la culpa las leyes económicas y la geografía. Si en Santa Cruz se hubieran descubierto minas, otro gallo nos cantara. No debe olvidarse que la primera ciudad del oriente, fundada por Ñuflo de Chaves en Chiquitos, fue considerada una etapa en el camino al descubrimiento de las riquezas minerales del Gran Mojo o del Gran Paititi. El mismo fundador fue muerto por los indios en una exploración que realizaba en busca de minas. Cuando se desvaneció el mito de la Tierra Rica, tras del cual habían salido las expediciones del río de la Plata, la autoridad virreinal del Perú trasladó al interior la fundación de Chaves, para que sirviera de atalaya y protegiera las minas de Potosí contra la amenaza de los salvajes. Las minas, siempre las minas...

-No puedo negar –concedió Salazar– que lo que usted dice es justo y razonable. Pero al mismo tiempo demuestra que no hay vínculo alguno entre el oriente y el occidente de Bolivia. Desde antes de la conquista los pueblos autóctonos eran antagónicos y enemigos recalcitrantes.

-Todo lo contrario –rectificó Buceta-. Los pobladores de los llanos orientales eran amigos y aliados de los quechuas

y parte integrante del imperio incaico. Los enemigos de los quechuas eran los chiriguanos, descendientes de los guaraníes, procedentes de Brasil o de Paraguay, que habían invadido el territorio poco antes de la conquista española y habían sometido a la servidumbre a los chanés. Ahí están los documentos que lo comprueban. Los chiriguanos eran salvajes, comedores de carne humana. Valientes guerreros, si se quiere, pero salvajes. Los vestigios de la ocupación incaica que se encuentran en Samaipata, en Pulquina, en Cordillera y en los mismos llanos, con muestras de alfarería y de armas que yo mismo he desenterrado, demuestran que el actual territorio boliviano, en su totalidad, constituía una entidad política anterior a la conquista española, entidad dentro de la cual la llanura tropical, la sierra y la altiplanicie estaban unidas como lo estuvieron luego en el período colonial y como han seguido estándolo después de la independencia, que respetó las demarcaciones territoriales. Los españoles que vinieron con Chaves y con Irala encontraron en Saipurú, todavía, prisionero de los chiriguanos, al procónsul incaico Condori, último funcionario del imperio quechua en las tierras orientales. Anteriormente había sido vencido el curaca Guacane, hermano de Condori, señor de los llanos de Grigotá y representante del imperio incaico.

-Concediendo -apostilló Salazar- ese predominio quechua anterior a la conquista en tierras orientales, no puede negarse que el elemento español que fundó Santa Cruz fue diferente del que creó los núcleos de población colonial en el Alto Perú. Los conquistadores del Río de la Plata que fundaron nuestra primera ciudad en Chiquitos

eran hidalgos; los del Perú eran, por lo general, oscuros aventureros. En este aspecto, por lo menos, no puede negarse nuestro origen diferente.

Sonrió el señor Buceta ante el orgulloso alarde aristocrático que demostraban esas palabras.

-No tanto -rectificó- no tanto. Ni todos los conquistadores del Río de la Plata eran hidalgos, ni todos los fundadores de Santa Cruz de la Sierra procedían de la expedición de Chaves. Los documentos demuestran que de esta expedición sólo quedaban veintisiete hombres en el momento de la fundación de Santa Cruz, en 1561. El resto de la gente que figura en el acta de la repartición de encomiendas procedía de Perú, a donde Nuflo de Chaves acudió en demanda de gente y de autorización virreinal para crear su nueva provincia, independiente de la gobernación del Río de la Plata. Santa Cruz fue fundada con noventa vecinos, de los cuales muy pocos procedían de Paraguay. Los demás eran reclutados en Charcas o pertenecían a las huestes de Andrés Manso, procedentes también del Alto Perú. Hay que acabar, pues, con la leyenda de que Santa Cruz fue una provincia creada con gentes venidas del Río de la Plata. Tales gentes en su mayoría vinieron de Charcas. La proporción mayor de mestizaje en la Bolivia alta ha sido la única causa que ha marcado después ciertas diferencias raciales entre los habitantes del oriente y el occidente.

-Pero en la guerra de la independencia -intercaló Salazar- los cruceños se batieron solos por la emancipación y sostuvieron la lucha al lado de los argentinos.

-Tampoco –aclaró don Marcelino-. Los cruceños recibieron de Chuquisaca la inspiración revolucionaria y se batieron, como las demás provincias altoperuanas, al lado de los auxiliares argentinos algunas veces y otras al lado de las tropas peninsulares. Aguilera era cruceño y tenía en Santa Cruz sus partidarios. En cuanto a Warnes, uno de los oficiales de Belgrano, enviado por éste a Santa Cruz, quedó aislado después de las derrotas de Vilcapugio y Ayouma en 1813 y obligado a sostenerse por tres años, tiempo en el cual tuvo acciones heroicas como la de Florida, hasta caer en el Pari en 1816. Desde ese momento la causa de la independencia en el oriente no tuvo defensores. Sólo después de Ayacucho y de Tumusla los cruceños partidarios de la emancipación pudieron levantar la cabeza. Pero al mismo tiempo que los cruceños se batían a las órdenes de Warnes y Arenales, los collas pelaban por la independencia con los guerrilleros Lanza, Padilla, Camargo, Rojas, Zárate y Betanzos. Hasta en eso fue igual el destino de collas y cruceños.

-¿Y después de proclamada la independencia –interrogó Lucio- no es verdad que los poderes públicos nacionales dieron la espalda a Santa Cruz y la abandonaron a sus propias fuerzas?

-Los problemas de la nueva república eran demasiado complejos, porque aún no estaba consolidada la independencia. Pero en esa primera época tuvieron participación en el Gobierno, y en la política nacional, cruceños como el general Velasco, don Basilio de Cuéllar, don Miguel María de Aguirre y otros próceres, de quienes no es creíble que hubieran traicionado a su propia tierra. Luego el

país, entregado a las revoluciones y al caudillaje, carecía de fuerza para atender el desarrollo de las regiones alejadas, así como carecían de visión sus gobernantes para no descuidar el oriente, que se encontró cada día más aislado. De ese asilamiento ha nacido la incomprensión el distanciamiento espiritual y material que nos ha hecho tanto daño.

-Según eso –argumentó Lucio- debemos resignarnos a seguir a la zaga, a no reclamar, a aceptar los hechos consumados... puesto que de lo sucedido nadie tiene la culpa.

-De ninguna manera –rectificó don Marcelino-. Tenemos el derecho y el deber de exigir que se nos atienda, con tanta más razón cuanto que la patria necesita de nosotros y nosotros de ella.

-Aunque, por mucho que usted diga, somos tan diferentes...

-Pues precisamente por eso. Los productos de Santa Cruz tienen en el occidente sus mejores mercados. No vamos a llevar a Brasil nuestros frutos tropicales, como el café, el arroz o el tabaco; tampoco llevaremos azúcar a Argentina ni a Paraguay naranjas.

-Pero tenemos maderas finas, algodón, ganado...

-Todo eso se necesita más en el altiplano, porque los países vecinos pueden obtenerlo con mayor facilidad en otras partes. Además, no debemos contar excesivamente con nuestros recursos naturales. La madera se agota a corto plazo si no se replantan los bosques; el ganado

degenera por falta de mestizaje; la agricultura está a merced de un régimen de lluvias irregular y variable. Un largo período seco priva a Santa Cruz hasta de la producción necesaria para su propia subsistencia. Hay que invertir muchos millones en fomentar el desenvolvimiento económico de nuestra tierra, si él ha de limitarse al renglón agrícola y ganadero. Sólo una producción intensa podría costear un ferrocarril que nos vinculara al altiplano, y esa producción es inútil mientras nos falte la población consumidora indispensable y carezca el país de los recursos necesarios.

-¿No hay, por lo tanto, esperanza alguna? —preguntó Salazar, angustiosamente.

-Hay una sola —contestó Buceta-. Es el petróleo. El petróleo despertará el interés de los países limítrofes y financiará todos los proyectos ferroviarios. El petróleo será la redención de nuestra tierra cruceña y cuando Bolivia vea que la penetración de los vecinos es un peligro para los territorios del oriente, entonces hará todos los esfuerzos imaginables para vincularse a éstos y para disputárselos a la codicia del extranjero.

-Tendremos, pues, que esperar con los brazos cruzados, a que se presente esa competencia...

-No tanto. A Dios rogando y con el mazo dando. Nuestro deber es lanzar la voz de alarma y hacer comprender a los poderes nacionales que es necesario poner la mirada en el oriente. No para seguir repitiendo que Santa Cruz es “la tierra del porvenir” y que constituye una reserva, sino para

que se busquen los medios de incorporarla efectivamente al resto de la patria.

Lucio Salazar empezó a ver claro después de este cambio de opiniones, sin necesidad de abordar otros aspectos del problema.

-Por otra parte —agregó don Marcelino- las minas no han de ser eternas. Vendrá un momento en que decaigan y entonces sonará la hora del oriente. Hay que preparar esa hora. Hay que crear corrientes de inmigración a cualquier precio. A Santa Cruz le faltan brazos, pero ellos vendrán en busca de trabajo, en cuanto se les abra la primera ruta practicable por cualquier lado. Sólo con un camino a Cochabamba, pero un verdadero camino, que permita el transporte motorizado, nuestra situación económica se transformará radicalmente. Los autonomistas se opusieron a ese camino por miopes y bellacos y le hicieron a Santa Cruz un mal incalculable. Sólo ese hecho sería suficiente para que se les repudiara. Pero nuestro pueblo no tiene memoria ni discernimiento para castigar a los que le hacen daño. Todavía hay ahora quienes creen de buena fe que se puede construir un ferrocarril a Cochabamba de acuerdo con cierto “plan Grether”, sin más recursos que los ingresos ordinarios. Y vaya usted a convencerlos de que eso no es posible. Se fundan en cálculos sobre el papel, sin ninguna base práctica. Cuando dentro de veinte o treinta años se vea que ese ferrocarril no ha salido del valle de Cochabamba, esas gentes se darán cuenta de que se pasaron la vida delirando.

-Pero si usted tiene ese criterio respecto al autonomismo, me extraña el consejo en el sentido de que yo acepte ser su candidato.

-No debe extrañarle. La idea autonomista no es mala, porque puede servir de mucho para la defensa de los bien entendidos intereses regionales. Hay que orientar el movimiento, encaminándolo por una senda de honradez y de sinceridad. Estoy seguro de que un hombre como usted puede realizarlo. Hay en Santa Cruz una juventud sana y bien intencionada. No debemos dejarla caer en manos de los políticos profesionales. Apodérese usted de la dirección del partido y hágalo marchar por donde debe, y no se harán esperar los resultados.

Lucio se fijó entonces en los puntos de coincidencia que existían en la manera de pensar del señor Buceta y las ideas de Ricardo. ¿Estarían en lo cierto? ¿El autonomismo, con su actual dirección, sería realmente una pura farsa? ¡Ah, si él pudiera asumir la dirección y conducir a los elementos sanos por el camino de la honradez y del verdadero servicio público! ¿Pero tendría él fuerzas y aptitudes para semejante empresa? Habría que pensarlo.

Conversaciones semejantes mantuvo con amigos y personas que le inspiraban confianza. Volvió a hablar sobre el tema con su confidente Bejarano. ¿Convendría aceptar la candidatura con el propósito de tomar la dirección del partido y de conducirlo por el camino del bien y de la defensa de los intereses locales?

-El proyecto no sería descabellado –contestó Ricardo- si estuvieras dispuesto al sacrificio y te dedicaras con alma y vida a realizarlo. Pero temo que las dificultades te acobarden. Tú no sabes todavía de lo que tus correligionarios son capaces. Por otra parte, ¿podrás conciliar tu dedicación a la política, que requiere atención permanente y esforzada, con tus preocupaciones personales, que te absorben de manera tan alarmante? Mira que es mucho abarcar...

-Precisamente yo pensaba –arguyó Lucio- que las preocupaciones políticas podrían ser útiles para distraerme y calmarme.

-Si así sucediera, no sería malo. Un clavo saca otro clavo. ¿Pero y si te quedás con ambos? Acabaré por creer que sos un hombre que busca las dificultades.

-Algo hay de eso –concedió Lucio, reflexionando-. Pero es que no puedo resignarme a ser un individuo inútil, egoísta, que sólo piensa en darse gusto y en vivir sin interesarse por nada ni por nadie. Me degrada ante mí mismo la idea de que he estudiado y adquirido una cultura que no sirve para nada.

-Concedido que tenés madera de mártir, no por eso debo alentarte en la carrera de los sacrificios estériles... ¿Te han dicho quién será tu compañero de candidatura? Necesitás saberlo antes de tomar resolución alguna.

-Todavía no está designado. Lo elegiré el partido.

-Lo mismo que te elegirá a vos, pero después de que haya sido acordado. Y no olvidés que de eso dependerá tu éxito o tu fracaso. Sos un neófito ellos unos mañosos redomados.

-¿Hasta cuándo desconfiarás de todo el mundo?

-En esta vida hay que desconfiar de quien debe desconfiarse. Los conozco.

-Bueno. Eso quiere decir que estás de acuerdo en lo de la candidatura, si el compañero es persona que te inspire confianza.

-No tanto como de acuerdo. Pero en ese caso la empresa ofrecerá menos cuidado. Tendrás que gastar mucha plata.

-No se hacen tortillas sin romper huevos.

-Pues, entonces, ¿qué querés que te diga? ¡Dios te coja confesado! Pero permítame que me extrañe de verte tan decidido por la política. No te creía ambicioso ni con arrestos de caudillo.

-No soy ambicioso si se me juzga desde el punto de vista de la vanidad o de la sed de mando. Pero quiero a mi tierra y me duele verla en situación tan degradante. Aquí la política es un negocio. Los abogaditos sin pleitos se acogen a ella para vivir y para tener influencias que les permitan medrar a sus anchas. Y lo mismo hacen otros, que ni siquiera son letrados. Ya he podido darme cuenta de quiénes son nuestros senadores y diputados. En su mayoría gentes ignorantes, sin escrúpulos y sin responsabilidad de ninguna clase.

-Es necesario convenir –interrumpió Bejarano– que has llegado a Santa Cruz en la época más desagradable, la revolución de hace unos años sacó a flote la basura y arrinconó a los hombres más dignos y preparados. Desgraciadamente éstos no poseen los medios para

imponerse, porque la política cruceña siempre gira alrededor del Gobierno de La Paz. Y de la voluntad de éste depende que ahora manden en Santa Cruz gentes de baja extracción, que especulan con los cargos públicos, vendiéndolos al mejor postor. Don Aniceto Parra se compromete a hacer nombrar funcionarios a cambio de un contrato firmado, por medio del cual el agraciado cede al cacique, íntegramente, el primer sueldo que gana. Claro que tiene el pretexto de que ese dinero no es para él sino para su Círculo Obrero. Pero el círculo está subvencionado por el Gobierno. Causa vergüenza ver que senadores y diputados están a las órdenes de semejante bribón. Pero es que dispone de la fuerza electoral organizada: unos centenares de infelices a quienes sujeta por medio de unos centavos, de influencias policiacas y de otros recursos inconfesables.

Lucio tomó nota de que Ricardo conocía la situación a fondo. Se extrañaba, por lo mismo, de que no reconociera que, con los autonomistas, se saldría ganando. “Son mejores elementos”, afirmó Salazar.

-Mientras no alcancen el poder –aclaró Ricardo–. Si tuvieran la posibilidad de entregarse al Gobierno, ya lo habrían hecho. Pero no lo permiten los dueños de la situación, que defienden sus posiciones denodadamente. Por eso hacen un simulacro de oposición a nombre de los intereses cruceños, fuera de que tienen la esperanza de que en la política nacional se produzca un cambio. En tal caso alegarán derechos como grupo organizado tratarán de tomar la sartén por el mango, desplazando a los liberales, a

quienes ahora llaman caducos e incapaces. Mientras llega ese momento disputan por las minorías electorales o por influencias en la administración municipal. Algo es algo.

-¿Crees, entonces, que es preferible mantener el estado de cosas que atravesamos?

-En ningún caso. Pero no serán los autonomistas quienes consigan cambiarlo, porque sus dirigentes sólo buscan la conveniencia personal.

-Don Marcelino Buceta me ha dicho que es posible operar una evolución saludable.

-Me temo que don Marcelino sea tan iluso como vos.

-Pues yo plantearé la situación como requisito para aceptar la candidatura. Nada de demagogia regionalista; un programa de acción limpio y honrado, con tendencia a luchar por los intereses cruceños desde un plano superior; los que no estén conformes que se pongan a un lado.

-Ilusiones, hijo, ilusiones. Aceptarán de palabra, cuanto quieras y, cuando no te necesiten, te darán la histórica patada.

-Te desconozco, Ricardo –comentó Lucio-. Creo que eres un apasionado, ciego por el odio contra un grupo de jóvenes inteligentes y dinámicos.

-Dinámicos, sí, como que los mueve el estómago.

-Ya veo que será difícil que nos pongamos de acuerdo.

-No tanto. Si te empeñas en hacer el Quijote, ya sabés que siempre estaré a tu lado.

Salazar agradeció el ofrecimiento leal y espontáneo, cada vez más decidido a probar suerte en la política. No era lo mismo ser munícipe que diputado. La comuna era pobre y carecía de medios para realizar cualquier propósito de mejoramiento local. Había que ir al Congreso a buscar los recursos que Santa Cruz necesitaba para sacudir su marasmo. Aunque en realidad eran Cabrera, Montañó, Hurtado y Arteaga, entre otros, quienes volvían a asediarse con sus instancias para convencerle de que debían actuar en los próximos comicios, tampoco a él le faltaban ganas de alcanzar una situación preponderante, desde la cual pudiera influir en los destinos de su pueblo. ¿Ambición? Quizá. Pero ambición legítima y noble.

Por eso fue que no echó en saco roto las oportunidades que se le brindaron para deslindar posiciones y aclarar conceptos. En entrevistas sucesivas en reuniones celebradas por la logia. Lucio discutió el programa del autonomismo y se negó a reconocer la legitimidad de ciertos enunciados. Estableció la condición de que se eliminaría toda tendencia extremista y contraria al espíritu de la nacionalidad, mediante la afirmación de que el partido perseguía fines patrióticos y propendía a la unidad boliviana, mediante la atención preferente de las reivindicaciones cruceñas, única manera eficaz de suprimir resquemores y de robustecer la confraternidad.

En esas reuniones Salazar tuvo cuidado de dejar perfectamente establecida su manera de pensar, exigiendo que fuera acatada. Quería, en primer término, que se definiera el sentido de la tendencia autonomista, declarando

que no era separatista ni buscaba el quebrantamiento de los vínculos con el resto del país. Mucho menos la aproximación política a otra nación extranjera, a espaldas del interés nacional. El separatismo con miras a la independencia era ridículo y absurdo. El anexionismo pondría a Santa Cruz a la cola de otra nación, dentro de la cual no desempeñaría el papel a que estaba llamada en el seno de la colectividad boliviana. La autonomía bien entendida debía interpretarse como una tendencia en el sentido de dar al oriente la importancia política y económica que le corresponde y la conveniente libertad de acción para manejar sus destinos en forma concordante con la defensa de sus intereses.

Puesto en ese plan de *leader*, Salazar comprendió que debía asumir una actitud activa y se dedicó a ganar adeptos; no solamente para el caso de la candidatura, sino también para contar con las fuerzas de opinión que le permitieran imprimir al autonomismo una tendencia racional y patriótica. Por consejo de Ricardo convocó a dos o tres reuniones de amigos en la quinta, invitando de preferencia elementos jóvenes, no contaminados por la tendencia utilitaria de los dirigentes y organizadores del partido –los de “la camarilla”, como decía Bejarano- aunque sin hacer exclusión deliberada de éstos. Como las reuniones tenían carácter social y no político, pensó que no provocarían celos ni suspicacias. Eran almuerzos o partidas de campo, en que se hablaba libremente, se departía sin mayor formalidad, se comía y se bebía –se bebía, sobre todo- dentro de un ambiente de confianza y de camaradería. El anfitrión, por lo menos, hacía esfuerzos en tal sentido.

Al principio todo marchó bien. Pero en cuanto los comensales fueron tomando confianza y empezaron las discusiones sobre temas políticos, no faltaron los altercados más o menos agrios, que degeneraron en disputas desagradables. Algunos invitados olvidaban con frecuencia las buenas formas y Lucio tenía que intervenir para evitar que llegaran a las manos. Montañó era en general el más exaltado y, dado que su carácter pedante le restaba simpatías, siempre encontraba quien se le pusiera al frente, aun entre los de su mismo grupo.

Hurtado se había pasado a Salazar con armas y bagajes. Como en el fondo no era mal sujeto y como Lucio se divertía con sus salidas ingeniosas y buscaba compañía, invitándole frecuentemente, el chistoso se convirtió en su más decidido partidario. En cuanto las copas se le subían a la cabeza –cosa que sucedía con bastante frecuencia- empezaba a hacer el panegírico del ingeniero, en presencia de sus propios aparceros, extremando los elogios en tal forma que no parecía sino que se empeñaba en despertar celos. Por medio de Hurtado se hacía la propaganda para que Lucio asumiera pronto la dirección del partido.

Los de “la camarilla” –Cabrera, Montañó, Arteaga, etc.- no se oponían a la corriente y callaban, quizá por el interés que les iba en no mostrar los dientes. Venían trabajando en el ánimo de Lucio para que les ayudara a adquirir una imprenta. No podía haber, según ellos, organización política seria, que careciera de ese instrumento de propaganda y de defensa. Lo malo era que exigían de Lucio una contribución desproporcionada. Diez mil pesos de golpe y porrazo,

mientras los demás sólo aportarían, entre todos, una cantidad equivalente. Como la cuota que querían obtener de Lucio era demasiado fuerte, éste se creyó obligado a consultar el caso con su tío y con Ricardo, quienes pusieron el grito en el cielo. Salazar no podía disponer de esa cantidad sino recurriendo a un préstamo. Claro que la importancia del aporte daba a Lucio el contralor de la empresa; pero no había relación entre el esfuerzo que él realizaba y el que hacían los otros.

Se convino, por último, que la imprenta se compraría pagando al contado solamente diez mil pesos, con la condición de ampliar gradualmente el capital con la emisión de nuevas acciones. Del capital inicial Salazar sólo suscribiría la mitad, para lo cual estaba dispuesto a solicitar un préstamo bancario con la garantía hipotecaria de una de sus casas. Pero don Nicanor Mendoza se ofreció a proporcionarle una suma, contra un simple recibo, que ni siquiera hablaba de intereses. La Región pasó, pues, a editarse en una imprenta propia, manteniendo a Montaña como director. Aunque Lucio se había propuesto evitar que el periódico continuara su prédica antinacionalista y que mantuviera sus desbordes de excesivo localismo, vio con pena que no se cambiaba de orientación y que proseguía la campaña disociadora.

Después de algunas gestiones infructuosas para que cesara esa política, exigió una reunión de accionistas y en ella tuvo el primer disgusto serio. Resultó que se habían emitido doce acciones de mil pesos, en vez de diez, de las cuales él sólo poseía cinco. Sometidas a votación sus exigencias, fue derrotado. Los dos mil pesos excedentes – le dijeron- habían sido suscritos para gastos de instalación,

provisión de materiales, etc., y figuraban como acciones pagadas por Montaña. Y como no tuvo la precaución de exigir la exhibición de cuentas y comprobantes, se atuvo a la situación que le presentaron y se vio obligado a darle crédito. Le prometieron, sin embargo, que se atenderían sus exigencias, pero a título de concesión graciosa.

Para formalizar la campaña electoral se hacía indispensable proclamar oficialmente la candidatura autonomista. A este fin se reunió el directorio y se procedió a elegir dos nombres, mediante votación secreta. El partido adoptó como sus candidatos a senadores por el departamento, a dos señores de filiación indefinida, que se titulaban independientes y que ya tenían sus trabajos adelantados en provincias. El autonomismo –se explicó- aún no había organizado sus filas en los distritos lejanos y tenía que buscar alianzas y conexiones que pudieran serle útiles. La elección del primer candidato a diputado por la capital y la provincias circunvecinas dio el triunfo a Salazar, por considerable mayoría. No faltaron votos dispersos a favor de Cabrera, Montaña y algún otro. Luego se procedió a la votación para el segundo candidato. Aunque Lucio había recibido seguridades de que sería designado Arteaga, conforme a los deseos de Ricardo, vio con sorpresa que a última hora se operaba una evolución y que salía nombrado Cabrera, precisamente aquél a quien su amigo miraba con desconfianza. Y no hubo más remedio que acatar la decisión. Tampoco pudo conseguirse que se cambiara el directorio, a propuesta de Hurtado. Se dijo que el momento era inoportuno y que se cambiaría después de las elecciones.

La propaganda electoral empezó inmediatamente. Todo se hacía, desde luego, con fuertes gastos. Fiestas aquí, fiestas allá, organizadas con cualquier motivo. Padrinazgos de matrimonio y de bautizo.

Cabrera se mostraba buen compañero y no escatimaba elogios a Salazar, en discursos y corrillos. Pero a la hora de pagar, siempre se hacía el desentendido. Toda la campaña se realizaba a base de alcohol, lo que obligaba a Lucio a beber a toda hora. Comprobaba, con satisfacción, que tenía la cabeza fuerte y que la bebida no le afectaba. De otra manera, ¿cómo habría podido afrontar la campaña política en condiciones semejantes?

Así, pues, noche a noche concurría a alguna reunión política pública o privada, asistía a algún buri y no dejaba de ingerir todo el licor o la cerveza que le presentaban. Se daba cuenta, en cambio, de que su popularidad subía como la espuma. Era feliz, en una palabra.

XI

Al que le hubiera pronosticado lo que iba a suceder, seguramente no le habría dado crédito. Era tan absurdo, inesperado e insólito. Y, sin embargo, era el natural resultado de su imprevisión y de su excesiva confianza. De haber estado Ricardo en la ciudad, tal vez le habría aconsejado y le habría contenido en sus experiencias temerarias. Después de haberse esmerado tanto tiempo en observar una conducta caballerosa y discreta; después de haber extremado las precauciones para evitar hechos comprometedores, Lucio se había dejado sorprender estúpidamente. ¿Y por quién? Por quien menos hubiera esperado y por quien tenía autoridad para ser acusador y juez inexorable de su conducta y de sus actos.

Aquella noche, como otras, después de una de las innumerables francachelas a que asistía con motivo de la lucha electoral, se presentó a hora avanzada en casa de Asuntita, obligándola a abrir la puerta, a pesar de que ella le había rogado que se abstuviera de las visitas nocturnas. Tenía la sospecha de que los espiaban y prefería que se vieran en la quinta, con pretexto de ir a El Palmar para vigilar algunos trabajos. Pero sucedía que, en cuanto Lucio tomaba algunas copas, sentía la necesidad de acercarse a

ella, no sólo por la sed de sus caricias que le devoraba, sino para hablarle de sus preocupaciones, buscando su opinión y su consejo. Como Asuntita tenía su habitación sobre la calle, le golpeaba la ventana y, si ella no acudía, repetía la llamada con insistencia alarmante. Y por temor a que le oyeran las gentes de la vecindad o de la casa, ella tenía que franquearle la entrada, reprochándole que la pusiera en semejante compromiso. Ya muchas veces Lucio había lamentado su falta de delicadeza, prometiendo enmendarse. Pero esa noche no pudo resistir la tentación, quizá porque no estaba en sus cabales. Y aunque Asuntita lo seguía adorando, no dejó de reprochar su conducta, así por el estado casi inconveniente en que se hallaba, como por haber venido contra su expreso mandato. El altercado que tuvieron con tal motivo no llegó a un disgusto grave, pero demostró que en el carácter y en la manera de proceder de Lucio se operaba una evolución lamentable. Se veía que descuidaba un tanto el respeto de sí mismo y la consideración que debía a su amante.

Y cuando ya se retiraba, algo compungido, se produjo el encuentro que acabó de anonadarle. De atrás de uno de los gruesos pilares de mampostería que sustentaban los soportes de la casa, apareció la silueta de un hombre, a quien de pronto no acertó a reconocer: era su tío.

Un rayo caído a sus pies no le habría causado mayor impresión. Don Nicanor le tomó del brazo con energía y le interpeló, con iracundia sorda y reconcentrada:

-¡De modo que era cierto! ¿Pero es posible que cometás semejante villanía? Vamos a casa. Es preciso que hablemos.

Echaron a andar en silencio. Al llegar, don Nicanor indicó:

-Abrió tu puerta. Entraremos a tu cuarto para no alamar a nadie.

En el interior de la pieza y encendida la luz, Lucio se acercó a su tío, con la cabeza humillada y con síntomas de gran abatimiento.

-Perdóneme tío. Ni ella ni yo tenemos la culpa. Nos queremos con locura. Mejor dicho, nunca habíamos dejado de querernos. La fatalidad volvió a reunirnos...

-¿Y qué clase de cariño es el tuyo, que después de seducir a una mujer honrada, no tenés reparo en arrastrar su nombre por el fango y en ponerla en la picota? ¿No has podido contenerte, pensando en que no solamente destruías su vida, sino también la de su marido y de sus hijos, si es que nada te importaba la tranquilidad de estos pobres viejos?

El buen hombre se ahogaba de indignación y de pena. Se derrumbó en la silla, apretándose las sienes.

-No quería creerlo -agregó-. Tuve que convencerme por mí mismo. Me lo había dicho un alma caritativa, no por dar pábulo a la maledicencia sino porque comprendía que era necesario que yo lo supiera y lo evitara. Pero qué podía yo evitar, si ya nos habías enlodado, porque es imposible que estas cosas permanezcan en secreto. Ya deben ser el objeto del comentario de mucha gente. ¿Y cómo ella, tan buena, tan digna, ha podido olvidarse de sí misma y de los suyos, sumiéndonos a todos en la vergüenza?

-Tío –aventuró el mozo, con voz insegura y anhelante- no es culpa de ella. Tiene usted razón al decir que mi obligación era protegerla. Me arrastró una fuerza superior a mi voluntad... Pero yo creo que todavía las cosas tienen remedio.

-¿Y qué remedio tienen, insensato?

-Asuntita puede divorciarse...

-¡Qué disparate! En Bolivia no hay divorcio. El divorcio, además, en este caso no resuelve nada, aunque pudiera gestionarse y conseguirse en otra parte. El divorcio dejará a dos niños sin madre y a un hombre honrado sin esposa. ¡No, no! ¡Qué disparate! ¿No has pensado en eso? No hay duda de que estás loco.

-El divorcio, tío –insistió Lucio- se ha instituido en los países civilizados, precisamente para evitar el engaño y la mentira y para suprimir la deshonra y la tragedia cuando los matrimonios no se entienden.

-¿Cuando los matrimonios no se entienden? Nunca en la vida se vio un matrimonio más avenido que el de Asunta y don Federico. Vos sos el autor de esta desgracia. Vos has venido a sembrar la cizaña...

-Por favor, tío, le suplico calmarse. El divorcio es posible y yo me casaré con Asuntita. Ella está conforme y me ha ofrecido proponerlo a su marido.

-Pues te juro que no se divorciará. ¡No faltaba más! ¡Me opondré con todas mis fuerzas.

Y montando nuevamente en cólera, don Nicanor empezó a recorrer la habitación en toda su longitud y a grandes pasos. No cabía en sí de furia. Se le veía a la vez indignado y estupefacto.

-¡Qué escándalo! –continuó diciendo, con voz que trataba de apagar en vano-. ¡El divorcio! Con qué facilidad se comete un crimen y se piensa en el medio de disimularlo. Como si un delito contra la felicidad ajena se pudiera reparar con un desastre. El divorcio es el desastre que destruye una familia respetable.

-¿Pero no cree usted tío, que Asuntita y yo también tenemos derecho a ser felices, puesto que nos queremos?

-Nadie tiene derecho a la felicidad robada. Y conste que ni se me ocurre decir que el matrimonio es un vínculo sagrado; porque cuando la moral no existe, la religión sale sobrando.

-Perdone tío, pero es la única solución en este caso. ¿Cree usted preferible que se dejen las cosas como están?

-¿Las cosas como están? ¿Y te imaginás que yo voy a consentirlo? Mañana mismo saldrá Asuntita conmigo para Las Maras y allí permanecerá hasta que llegue su marido. Es él quien debe resolver lo conveniente.

-Pero tío, Asuntita es una mujer dueña de sus actos. Usted no puede obligarla a hacer nada contra su voluntad, ni puede secuestrarla.

-Ya lo veremos. Por lo menos quiero sustraerla al escándalo. Lo de esta noche no lo sabrá nadie. No se lo diré ni a Mercedes, porque sería matarla. Y ahora debo invocar

tu caballerosidad y tu hombría de bien, si es que de todo eso te queda un saldo. No debés oponerte a que se vaya. Las habladurías pueden pasar, siempre que no se aumente el escándalo. Mañana hablaré con ella. No para decirle trágicamente “¡lo sé todo!”, como en el teatro. No haré escenas inútiles ni la abrumaré con frases. Me limitaré a decirle que conozco los comentarios que circulan y que es conveniente que se vaya al campo. Que lo haga por sus tíos y por sus hijos. No creo que se niegue a darme gusto.

-¿Y yo, tío? –Lucio interrogó, angustiado-. ¿Es que nadie ha de tenerme lástima? Asuntita no es para mí una diversión ni un pasatiempo. Es toda mi vida. Si la pierdo prefiero matarme.

Don Nicanor reflexionó un instante. No dejó de conmoverle aquel grito desesperado.

-Vos –le dijo- sos un hombre y ahora tenés que demostrarlo. Yo también he sido joven y he pasado momentos muy amargos. No te diré que de ellos he salido airoso, pero al menos he procurado siempre no dejar atrás nada que pudiera avergonzarme. No me obligué a perder el poco aprecio que todavía pudiera tenerte, después de la manera como te has portado. Mucho me ha enseñado la vida para que no sepa que el mundo está lleno de penas y contrariedades. Lo importante es ser hombre, en el verdadero sentido de la palabra.

Después de lo dicho, Lucio comprendió que nada le quedaba por replicar. Tomó su sombrero y salió de la casa como un sonámbulo. Ni siquiera se le ocurrió volver donde Asuntita para prevenirla y ponerla en guardia.

Pasó la noche en blanco, pensando en las consecuencias de lo ocurrido. Su tío era no solamente su consejero y su guía, sino también su banquero y su apoderado. Romper con él en aquellas circunstancias sería una locura, aparte de las consideraciones y de la gratitud que le debía por lo que había sido para él desde la infancia. Pero no podía permitir que se llevara a Asuntita, sin darle tiempo para verla y hablarle. Era necesario que tuviera con ella una entrevista a cualquier precio y pasando por encima de todas las dificultades.

Lo primero que se le ocurrió en la mañana fue escribirle, para acordar dónde y a qué hora podrían encontrarse. Febrilmente trazó unas líneas que entregó al criado, indicándole que debía llevarlas en el acto y entregarlas en mano propia, sin que nadie lo notara. Quedó a la espera, devorado por la impaciencia. La tardanza del mozo se prolongaba. Volvió cerca del mediodía, para devolver la carta, expresando que la señora no estaba y que él no había querido contrariar sus órdenes, yendo a buscarla a casa de don Nicanor. Por la servidumbre supo que allí se encontraba. Era, pues, un secuestro en regla. Evitaban toda comunicación con él; se la robaban.

Inmediatamente despachó un telefonema urgente para Ricardo, que debían transmitirle desde Montero. Le pedía venir en el acto, abandonándolo todo, porque su presencia le era indispensable. Pero ¿qué hacer, entre tanto? Le angustiaba no tener a quién confiarse. Encontró peligroso ir a buscar a Carmen Suárez.

Esperó la noche y, a cierta hora, se decidió por ir a casa de Asuntita ella comprendería las circunstancias. Llamó a

la ventana, como la noche anterior, pero sin resultado. Era evidente que no estaba ahí. ¿Qué haría en situación tan angustiada? Se pasó toda la noche deambulando por las calles.

Muy de mañana le despertaron para entregarle una carta. La llevaba una de las criadas de Asuntita y en ella le comunicaba, en pocas palabras, que don Nicanor exigía que se trasladara a Las Maras, en forma tan imperativa y concluyente, que estaba obligada a acceder para evitar un rompimiento y las complicaciones que su negativa ocasionara. “Dice mi tío –agregaba– que mi nombre anda en boca de las gentes y que es indispensable que me aleje una temporada. Ha hecho cuestión de que yo no vuelva a casa, sino acompañada por él, para tomar algunas disposiciones y preparar mi equipaje. ¿Qué ha sucedido? No sé por qué se me figura que anoche te vieron salir de casa. A esto han conducido tus imprudencias. Pero ya es tarde para lamentarlas. Sólo puedo decirte que ninguna fuerza humana conseguirá que te olvide ni que renuncie a seguir queriéndote como antes. Desde el establecimiento veré la manera de que podamos comunicarnos. No te preocupes por este contratiempo ni trates de verme, porque parece que mi tío está empeñado en evitarlo. Debes tener paciencia y calma. Siempre tuya, A”.

Lucio interrogó a la sirvienta y ésta le dijo que la señora saldría para el campo esa misma tarde. No había, pues, nada que hacer, se la llevaban.

Rápidamente escribió una respuesta, contando lo que la noche anterior había pasado. Se echaba la culpa de todo y pedía a Asuntita que lo perdonara, aunque la verdad era

que aquello tenía que suceder tarde o temprano. Él también pensaría en lo que se podía hacer para comunicarse.

Tampoco ese día salió a ninguna parte. Se fingió enfermo para no recibir visitas, y la verdad era que lo estaba. No quiso comer y se limitó a beber unas copas, tirado en la hamaca.

Cerca del anochecer apareció Ricardo. Había hecho el viaje de un tirón y llegó a la quinta sin detenerse en su casa.

–¿Qué sucede? –preguntó, alarmado–. Tu telegrama me llegó anoche y vine volando. Felizmente me lo mandaron de Montero sin demora. Aquí estoy. ¿Ha ocurrido algo en la política? ¿Estás en alguna dificultad grave?

–Algo peor que eso. Mi tío me sorprendió saliendo tarde a la noche de casa de Asuntita, me interpeló, me recriminó, y se la llevó a Las Maras, poco menos que a la fuerza.

–Lo sospechaba. Tus amores eran ya públicos, porque ustedes habían perdido todo recato.

–Ella no, te lo aseguro. Yo soy el único responsable. Me había rogado y hasta prohibido que fuera por las noches a su casa. Creía que nos vigilaban. Hasta que ocurrió el desastre.

Ricardo se enteró detalladamente de cuanto había pasado.

–Pues, bueno –dijo– ya no conduce a nada lamentarse. Lo mejor es lo que sucede. Don Nicanor, como siempre, ha procedido con energía y con tacto. A la altura de los acontecimientos no quedaba sino que su sobrina pusiera tierra de por medio. Me explico su exaltación y su disgusto. Convengamos en que has metido la pata.

-¿Y qué hago yo ahora? Estoy desesperado. No solamente por el disgusto, sino porque no me resigno a no verla. Me hace tanta falta como la luz, como el aire...

-Ta, ta, ta... ¿Pero es que nunca dejarás de ser un niño? Lo primero que debes hacer es cambiar esa cara. Pareces una criatura a la que le han quitado la mamadera. Yo no le veo al asunto nada de trágico. Es el desarrollo natural de las cosas, como tenía que suceder tarde o temprano. Esa reacción de don Nicanor la teníamos prevista desde hace tiempo. ¿Por qué te desesperas?

-Pero es que tú no comprendes...

-Claro que lo comprendo todo. Hay que aceptar los hechos consumados; primero, porque no hay otro remedio; segundo, porque de ellos puede salir la solución que desde hace tiempo te viene preocupando.

-Yo no veo esa solución por ninguna parte.

-Pues solamente se solucionan los problemas cuando son planteados. Quién sabe si de las explicaciones que Asuntita tenga con su tío resulta una mejor comprensión de parte de éste y una conducta más tolerante y más humana.

-Pero es que él está resuelto a no hablar del asunto una palabra.

-Todo dependerá de lo que Asuntita diga o haga. Es una mujer inteligente, enérgica y apasionada. Don Nicanor tendrá que vérselas con ella y no le arriendo las ganancias.

-Eres demasiado optimista.

-¿Y qué sacamos del temperamento contrario?

-Es que no conoces a mi tío.

-¡Vaya si lo conozco! He tenido que intervenir muchas veces en sus conflictos del campo. Es testarudo y obstinado, pero no es un imbécil que se cierra a la razón y a la justicia por el gusto de mantenerse en sus trece. Tendrá que comprender que es preferible ver a su sobrina divorciada, que separada de su esposo ilegalmente, escarnecida y repudiada.

-¿Crees, entonces, que puede haber alguna esperanza?

-¿Y por qué no ha de haberla? Ya ves lo que Asuntita te dice en su carta: “paciencia y calma”, que son precisamente las dos cosas que te faltan. Y ahora, escuchame, porque creo que es para oírme para lo que me has hecho venir matando caballos. Pasado mañana regresaré al campo y me dejaré caer en Las Maras como quien no quiere la cosa, inventando algún pretexto de negocios. No le haré oler a don Nicanor que te he visto ni que he estado por acá. Y hablaré con Asuntita, conoceré lo que piensa y la animaré a trabajar en el ánimo de su tío con tino y perseverancia.

-¿Le llevarás una carta mía?

-Claro, hombre, y le pediré la respuesta. Y como la otra semana has de pasar por Montero en tu gira electoral, arreglaremos el modo de que puedan verse. No conocés bien mis aptitudes celestinescas, a pesar de que ya has tenido pruebas de su eficacia.

-¡Qué bueno eres, Ricardo, y cómo te agradezco en el alma todo lo que hace por mí!

Y Lucio se adelantó para estrechar al amigo entre sus brazos. Éste lo dejó hacer, comprendiendo que había ganado la batalla con aquel niño grande, irresoluto e impresionable. “Lucidos habríamos estado –reflexionó Ricardo- si este loco se hubiera dedicado sólo a gemir y a... emborracharse, agravando la situación y comprometiendo la campaña electoral. ¡Caramba, y qué mal se aprende la vida en las universidades de Europa!”

-Y ahora –exclamó- ¡arriba, don Juan Tenorio en desgracia! A vestirse y arreglarse. Vámonos a la plaza. Te invito a comer en el Universal. Tengo muchas ganas de una cerveza helada.

El cuitado parecía renacer a la vida y a la esperanza. Obedeció a Ricardo y al llegar al hotel, no tardaron en verse rodeados por amigos y correligionarios.

La campaña política estaba en su apogeo, aunque faltaban casi dos meses para la elección. Se preparaba la “gira” por las provincias del norte, en donde había que conquistar adherentes entre campesinos y hacendados, procurando ganar de mano a los candidatos del Gobierno. Cabrera tenía la ventaja de que su familia era de Warnes y gozaba allí de gran predicamento. En Montero se contaba, además, con el ascendiente de don Nicanor Mendoza, que ayudaría al autonomismo por apoyar a su sobrino. Portachuelo y Buenavista eran dos lugares difíciles, en donde los candidatos contrarios tenían ventajas indiscutibles. Salazar y Cabrera irían acompañados de algunos amigos y partidarios, formando una pequeña cabalgata. Harían reuniones en cada una de las localidades que eran distritos electorales, convocarían a los simpatizantes y registrarían sus fuerzas,

sin perjuicio de visitar a los hacendados principales en sus propios establecimientos, comprometiéndoles a dar sus votos y los de sus respectivos “personales” en favor de la causa.

Llevarían carteles impresos, proclamas y otros artículos de propaganda. Entre los componentes de la comisión se registraban los nombres de Hurtado, Arteaga y otros elementos del partido, designados como oradores oficiales. También les acompañaría Bejarano, por lo menos en la visita a Montero y Warnes. Se aprovechó la reunión casual para tomar acuerdos. El “loco” Fernández ofreció sus servicios como orador y hombre de pelo en pecho.

En el Universal estaba también esa noche Wilson, aquel señor inglés, gran amigo de don Nicanor y de su casa, que ese día parecía haberse excedido en el whisky reglamentario. Era muy efusivo y muy cordial y siempre encontraba a Salazar en algún sitio de reunión, se complacía en agasajarlo y en trabar con él largas conversaciones. No bien lo divisó, lo llamó aparte. Dentro de la mayor cortesía y circunspección le dijo que buscaba la ocasión de hablarle sobre un asunto delicado, pidiéndole disculpas por inmiscuirse en cosas privadas. Agregó que lo hacía únicamente por el aprecio que sentía por Lucio y su familia. Pero era el caso que había sorprendido, sin quererlo, conversaciones referentes a la señora de Wende, que afectan a su buen nombre, por lo que se creyó obligado a intervenir y a contener la maledicencia que parecía dispuesta a cebarse en la reputación de tan distinguida dama. No quería citar los nombres de los murmuradores, pero habían llegado al extremo de asegurar que Lucio frecuentaba la casa de su prima en altas horas de la noche. El señor Wilson no daba

crédito a esas versiones canallescas, pero consideraba de su deber comunicárselas, así como se las había comunicado al señor Mendoza, cumpliendo una obligación de amistad. Estaba seguro de que se trataba de una calumnia o de una interpretación equivocada. Quizá explotaban el hecho de que alguna vez Lucio había acompañado a su prima, de noche, hasta su casa. Y él, Wilson, creía oportuno que ellos conocieran esas versiones, para desmentirlas y acallarlas.

Lucio cayó en la cuenta de que la oficiosidad de Wilson, había provocado las sospechas de don Nicanor, quizá reforzadas por alguna imprudencia en que, delante de él, podían haber incurrido los enamorados. Tentado estuvo de decirle que era un imbécil y de referirle los disgustos que había ocasionado. Pero se contuvo comprendiendo que, de hacerlo, habría tenido que informarle de la sorpresa preparada por don Nicanor y, lo que era más grave, confirmar el fundamento de los comentarios circulantes. Agradeció, pues, a Wilson la buena intención que le guiaba, aunque lamentando que no le hubiera prevenido antes.

-¡Oh, mister Salazar! –replicó el inglés-. Yo le he buscado a usted muchas veces para hablarle de este negocio; pero no he tenido la suerte de encontrarle. Usted está siempre en sus reuniones políticas. Por eso hablé con el señor Mendoza. Creí que era lo mismo.

“Vaya si era lo mismo”, comentó mentalmente el damnificado.

Cuando dejó a Wilson, comunicó a Bejarano la confidencia del inglés. A Ricardo le atacó una hilaridad incontenible, al

pensar que la catástrofe que ahora lamentaban había sido causada sin intención, por el exceso de celo y la ingenuidad del buen súbdito británico.

Lo sorprendente, después de todo, era la decisión con que don Nicanor encarara el asunto, tomándose la molestia de vigilar la casa de su sobrina hasta descubrir la verdad.

-Ese viejo es un tigre –concluyó Ricardo-. Su intervención ha sido más grave que si los rumores hubieran llegado hasta el propio marido.

-Lo hubiera preferido yo mil veces –agregó Lucio, maldiciendo su mala suerte.

-Este asunto se ha enredado –sentenció Ricardo- porque les ha tocado actuar en él a tres chiflados: Wilson, don Nicanor... y vos. Tres locos de atar. Porque si Wilson se callaba, no hubiera pasado nada; si obedecías a Asuntita, tu tío no te hubiera pescado; y si éste fuera más cuerdo, no se hubiera propuesto sorprenderte.

Calló Lucio, comprendiendo que tenía razón Ricardo. Luego pasaron a comer en el patio del hotel, rodeado de galerías cubiertas con enredaderas. La conversación siguió en la mesa.

-¿Sabés lo que estoy pensando? –continuó Bejarano-. Que mientras voy y vuelvo, en cumplimiento de la misión diplomática que sabemos, podés emplear el tiempo en algo de provecho, para distraerte y prestigiarte. Deberías escribir y publicar una serie de artículos firmados, que te hagan conocer de los electores y que aumenten tus títulos

intelectuales. La gente se lleva mucho de esas cosas. Está bien emborracharse de vez en cuando con los artesanos, pero también es necesario demostrar capacidad y conocimientos. Ya es tiempo de que hagás labor seria, de futuro hombre de estado.

-Hace rato que lo proyectaba. Hasta he pensado en los temas y en la manera de tratarlos.

-¿Ya lo ves? Pero has ido aplazando la ejecución del trabajo, para entregarte a la copa y a los delirios sentimentales. Qué bueno sería que demostraras que podés servir para otra cosa. Es la manera de tomar ventaja sobre los adversarios. Aunque en nuestra tierra la acción oficial es la que generalmente decide los triunfos electorales, hay en Santa Cruz un criterio político superior al de otras partes del país. El pueblo sabe leer y a veces alcanza a raciocinar.

-Me pondré inmediatamente al trabajo.

-Pues me alegro. Espero que cuando nos reunamos, que será dentro de cinco días, ya habrás publicado por lo menos dos artículos.

-Así será. Puedes ir sin cuidado.

Salieron a pasear a la plaza. Después de dos o tres vueltas se aproximaron al banco de Marcelino Buceta. Allí estaban también don Pedro Toledo y el boticario Lairana. Hablaban de política, tema obligado y de actualidad palpitante.

-Ya habrás visto Lucio –abordó don Pedro– que esta vez te dejamos el campo libre. Los liberales hemos decidido abstenernos.

-Porque han visto las uvas verdes –interrumpió Lairana, con la intención jocosa que le era característica.

-Nada de eso –rectificó el señor Toledo-. Primero, por falta de garantías; segundo, porque tu influencia entre los autonomistas parece que ha dado resultados. Ya no quieren comerse a los collas crudos, ni miran a los liberales como a sus peores adversarios. Votaremos por tu nombre, aunque no por el del otro envenenado.

-Se agradece –contestó Salazar-. Pero sería más eficaz y patriótico que votaran por la lista completa.

-No hay que exigir tanto –dijo el boticario-. Al fin y al cabo los liberales respiran por la herida, con relación a Cabrera. Les quitó la juventud para formar el autonomismo. No se lo perdonan.

Don Pedro pasó por alto esa pulla malintencionada. Era un hombre serio y no le gustaban las bromas sino cuando era él quien las hacía a costa de los otros.

-Necesitarás nuestra ayuda en la capital –continuó don Pedro– porque en el norte los Cabrera han de hacerte la jugada.

-No lo creo –dijo Lucio-. Supongo que actuarán de buena fe.

-Ojalá. Además, tienes a Nicanor, que sabrá ayudarte. Cuando él quiere, moviliza toda su cambada.

-La opinión está con usted, amigo Salazar –afirmó don Marcelino-. Puede dormir tranquilo.

-Mejor sería que no se durmiera –acotó Lairana-. Camarón que se duerme...

-¿Van al norte? –preguntó Toledo.

-La próxima semana.

-Pues le daré un consejo –dijo Lairana-. Pocos discursos y mucho trago.

-El candidato presente no es de los mancos –aclaró Bejarano.

-Tanto mejor. Y no se fíe de los hacendados. Reciben todos a los candidatos con mucha amabilidad, les prometen ayudarlos, y acaban apoyando a quien les da la gana.

-¿Y qué quiere usted que hagan? –protestó Ricardo, que se sentía aludido-. ¿Que no reciban al que no les gusta o que le reciban mal? Nuestra hospitalidad tradicional resulta desprestigiada. Tratamos bien a todo el mundo, sin que eso nos comprometa a nada.-

Y también hacen méritos, “por si acaso” –insistió el farmacéutico.

En otros lugares del paseo se hablaba también de las elecciones. Si callaban las conversaciones al ver que se aproximaban Lucio y Ricardo, se comprendía que allí el ambiente era contrario.

Se despidieron los amigos. Bejarano, que saldría en la mañana para Las Maras, no regresaría a la ciudad sino que esperaría a Salazar en Warnes, el día señalado para empezar el viaje de propaganda. Allí le daría cuenta

de lo que consiguiera averiguar en el asunto que les preocupaba. Esa misma noche Lucio le mandaría la carta.

Los artículos prometidos fueron apareciendo en La Región, que era publicación interdiaria. El primero fue un estudio sobre abastecimiento de agua potable, con datos estadísticos y cálculos aproximados. Causó muy buena impresión, así como también otro, relativo a servicios eléctricos. El tercero fue objetado por Montaña. Se ocupaba de comunicaciones y sostenía la tesis de que era conveniente construir la carretera a Cochabamba, mientras llegara el momento de acometer la construcción de un ferrocarril. El autor quería demostrar que en todas partes se venía dando preferencia al transporte automovilístico, que ofrecía grandes ventajas. El camión de gran tamaño servía para trasladar ganado en pie y toda clase de carga voluminosa y pesada. Ese sistema suprimía los trasbordos y otros gastos que encarecen los fletes ferroviarios. El tráfico entre Santa Cruz y Cochabamba estaría bien servido con un buen camino asfaltado.

Pero Montaña no solamente discutió con Lucio los aspectos técnicos, que no comprendía, sino que le puso un argumento irrefutable: el autonomismo no podía rectificar sus opiniones anteriores ni desautorizar su lema: “ferrocarril o nada”. Inútilmente explicó Salazar que su artículo iría firmado y que solamente representaba sus opiniones personales. Se le dijo que esas opiniones perjudicaban al partido y que a él, desde el punto de vista electoral, también podían perjudicarlo.

Llegó el momento del viaje de propaganda a las provincias del norte. La comitiva fue ampliada hasta doce personas. Se agregaron algunos entusiastas, incluyendo un representante de la Liga Obrera. Todos iban a caballo. Aunque el transporte corría por cuenta individual, los candidatos tenían que pagar los gastos de manutención y alojamiento, allí donde éstos tuvieran que ser pagados. Pero cada quien llevaba su hamaca para dormir donde faltaran comodidades. Lucio había comprado un caballo, para no usar el potro del tío. Cuestión de delicadeza.

Por lo que pudiera suceder, los de la comitiva iban armados. El que más llamaba la atención era el “loco” Fernández, equipado como para una cacería de fieras: casco de corcho, botas de explorador, cuchillo, carabina y revólver, amén de cantimplora, linterna y catalejo. Como se decía que en algunos distritos estaba organizado el matonismo en regla, todos se entretenían en embromar a Fernández, tratando de convencerle de que la comitiva contaba con él, con su valor e intrepidez, para repeler cualquier agresión y para poner a raya todo intento de violencia. Como toda era gente joven y de buen humor, más que una gira electoral, la excursión parecía una partida de placer.

El mismo día llegaron a Warnes. En la noche hubo club, con discursos, chupanda y baile. Los hacendados de los alrededores habían venido con sus familias y no era cosa de desairar a las muchachas. Aquellas reuniones, por otra parte, hacían parte del programa y ayudaban a la propaganda. El doctor Fernández –le decían “doctor” – porque era abogado– hizo las delicias de la noche, con su equipo de cazador de tigres, sus alardes y sus desplantes. Ricardo y Lucio

abandonaron la fiesta a cierta hora, para retirarse a la posada. Salazar estaba ansioso de conocer el resultado de la embajada que Bejarano había llevado a Las Maras.

–¿Hablaste con ella? –abordó Lucio, en cuanto se encontraron a solas.

–Ya lo creo. Hemos conversado largo y tendido. Mi impresión es que Asuntita es una gran mujer. Ahora comprendo que hubiera llegado a hacerte perder el juicio. Es inteligentísima, comprensiva y de muchísimo carácter. Me dijo que apenas llegaron a la finca abordó a don Nicanor y le exigió una explicación. No quiso negar nada. Le confesó que te quería y que estaba dispuesta a divorciarse. Me relató la escena con lujo de detalles. Don Nicanor estaba exaltadísimo. Pero ella fríamente, le hizo ver que, con todo el cariño y el respeto que le profesa, no puede sacrificar su amor a los prejuicios y a las conveniencias. Solamente le preocupan los hijos, porque es una mujer de gran corazón y una verdadera madre. Me dijo con franqueza que sólo en el caso de que Wende se negara a entregarle los niños, vacilaría su resolución de atropellarlo todo. Sabe que si el marido se queda con ellos, no volverá a verlos jamás, porque seguramente los dejará en Alemania. Las relaciones con don Nicanor son ahora harto tirantes, porque ya sabés el viejo es de los de cáscara amarga. Asuntita me dijo que pasado mañana estará en Montero para hablar contigo, y me entregó esta carta.

Lucio recibió de manos de su amigo una misiva de varias páginas y la devoró a la luz de la bujía con que se alumbraban.

-¡Qué alivio! –exclamó, al terminar la lectura-. Te debo la vida, querido Ricardo. ¿Qué habría sido de mí, sin contar con tu amistad y con tu ayuda?

-Vaya, hombre. Pues no hubiera sido nada. Lo que pasa es que sos un exagerado y que siempre estás dispuesto a ahogarte en poca agua.

Estaban en esto, cuando oyeron una detonación y unos gritos en la calle. Se asomaron a la puerta y se sintieron atropellados por un hombre que corría como un gamo y que penetró en el alojamiento como alma que lleva el diablo. En la semioscuridad no pudieron reconocerlo. En su seguimiento se presentó otro sujeto de mala catadura, que parecía muy embriagado. En previsión de algún desaguisado, Salazar y Bejarano corrieron detrás de éste, pugnando por sujetarle. Al entrar en la habitación, vieron al doctor Fernández, el matón de la comitiva, con cuchillo y revolver al cinto, postrado en la mitad del cuarto y en actitud implorante. El perseguidor estaba allí, con la mirada extraviada y sin saber qué partido tomar respecto al arrodillado. Sólo acertaba a decir, con voz estrepajosa y con la machaconería del borracho:

-Me ha querido matar... me ha querido matar... y ahora yo lo mato.

-Usted no mata a nadie –le dijo Ricardo, interponiéndose entre el presunto agresor y el pobre “loco” Fernández; pero se tranquilizó al ver que el beodo estaba totalmente desarmado.

Luego se esclareció el incidente, a tiempo que los de la comitiva hacían irrupción y comentaban el hecho en medio de un coro de carcajadas.

Un borrachín del pueblo, que pasaba por el local del baile, había proferido un “viva” a la candidatura contraria. Oírlo y pedirle a Fernández que saliera a contenerlo, fue ocurrencia de Hurtado. El “loco” se asomó a la puerta, avanzó en la oscuridad algunos pasos y vio que se le venía encima el hombre que vociferaba. Aturdido y aterrorizado, Fernández echó a correr, sin querer regresar al lugar del baile por miedo al ridículo que produciría su retirada. Al llegar a la esquina lanzó un disparo al aire y siguió su carrera hasta el hotel, en vista de que no se detenía el adversario.

La chacota fue espantosa. El “agresor” se retiró vitoreando al partido autonomista, a cambio de unos pesos que le dieron para que siguiera libando. Fernández trataba de sincerarse:

-Pueden reírse todo lo que quieran –protestaba, acalorado-. Hubiera querido ver en mi lugar a cualquiera de ustedes, ante un hombrón que se lanza en la oscuridad, dispuesto a asesinarlo. Tuve que ponerme a salvo. Es mejor ser un momento cobarde que para siempre cadáver.

Al día siguiente salieron para Montero, después de comprobar que el ambiente de Warnes no les era contrario. Los parientes de Cabrera habían desarrollado actividad infatigable. Cuando se pasó revista a la cabalgata, sólo se notó una baja: la desaparición del doctor Fernández, con su cuchillo, su pistola, su fusil y demás adminículos de campaña.

En Montero el recibimiento fue un poco frío. Era una plaza fuerte de los contrarios. Ni don Nicanor Mendoza ni los Arteaga ni los Egúez ni los Justiniano habían podido

venir. Eran ricos hacendados que, aunque amigos de la causa, se daban su importancia y esperaban la visita de los candidatos en sus casas. La reducida población de los alrededores, en su mejor parte, estaba ganada por el adversario. Pero no faltaban algunos elementos apreciables. Allí estaba don Basilio Pedraza, algo mohino, pero no por eso menos dispuesto a dejarse arrastrar por su verbosidad ampulosa en los discursos de circunstancias. Saludó a Salazar con naturalidad. Éste, por su parte, apenas atendió a las reuniones políticas por encontrarse con Asuntita, que lo esperaba en casa de unos amigos. Como era domingo había venido de Las Maras con el pretexto de la misa y de algunas compras insignificantes. Aunque no pudieron hablar con mucha libertad, la entrevista sirvió a Lucio para renovar su confianza. Se sintió más tranquilo y reconfortado. Asuntita le dijo que no quería violentar más a su tío, pero que estaba decidida a volver a la ciudad antes de dos semanas.

Siguió la gira hacia Portachuelo y Buenavista, con escalas obligadas en los establecimientos agrícolas más importantes. En todas partes eran bien recibidos los candidatos y sus acompañantes, fueran o no los propietarios adeptos al autonomismo. De haber sido pasados por alto, los que se consideraban desafectos o comprometidos con el partido contrario, se habrían convertido en enemigos francos. Si se les visitaba, sentíanse obligados por la cortesía y, durante la lucha electoral, impedían las violencias y procedían con la templanza de los verdaderos hidalgos. Bien decía don Nicanor: “en el campo es donde se ha refugiado el señorío cruceño y el viejo espíritu caballeresco de la raza”.

La permanencia en Portachuelo y Buenavista fue también provechosa y grata.

Para Lucio esta excursión de carácter electoral tuvo la ventaja de permitirle visitar lugares que no había tenido ocasión de conocer en su niñez, o sitios que apenas recordaba.

No se cansaba de admirar las bellezas naturales que se le ofrecían al paso: bosques lujuriantes, ríos de curso caprichoso, llanuras fértiles y zonas de cultivo ganadas a la selva por el esfuerzo del hombre, abnegado y perseverante.

Conoció Buenavista, antigua misión jesuítica formada con indios chiquitanos, y la de San Carlos, en la misma región, con indios yuracarés. Viejos caseríos con templos medio derruidos, que parecían guardar el recuerdo de los fieros conquistadores y de los misioneros cristianos, cuyo espíritu indomable consumó la proeza de apoderarse de esas tierras de leyenda y de incorporarlas a la civilización en los siglos XVI y XVII.

Salazar pensó que nunca se arrepentiría de haber realizado un recorrido tan interesante. Se trataba de las provincias del norte, la región agrícola por excelencia, así como también la más poblada. Zona que había de despertar un día tarde o temprano, con la pujanza incontenible de su fertilidad, cuando entrara en contacto con los modernos procedimientos de trabajo y con los medios de producción y de transporte mecánicos.

En Las Maras estuvieron sólo una mañana. Don Nicanor hizo los honores de la casa con su esplendidez acostumbrada. Lucio se mantuvo reservado. Momentos antes de que la

comitiva se pusiera en marcha, don Nicanor le llamó a un lado y le preguntó si necesitaba algo. Ante la negativa de éste, le deslizó un fajo de billetes en la mano.

-Es mi contribución –le dijo- para los gastos electorales. Esto no tiene nada que ver con nuestros asuntos personales.

Ricardo, que contempló la escena, no pudo menos de comentar con su amigo:

-¡Qué hombre! No hay duda de que tu tío es un tipo extraordinario.

Asuntita no había aparecido por ninguna parte.

XII

Al regreso de su viaje al norte Lucio supo una novedad que le dejó desconcertado. Don Federico Wende acababa de llegar a Buenos Aires. Antes de quince días estaría en Santa Cruz. ¿Lo sabía Asuntita cuando le dijo en Montero que tenía decidido volver por la misma época? Quizá se trataba de una mera coincidencia. Porque, según le aseguraron, el telegrama era del día anterior. Corrió a ver a la tía, que estaba en la ciudad, mientras su marido y su sobrina se hallaban en Las Maras. Le confirmó la noticia en todas sus partes. No parecía estar al tanto de los acontecimientos recientes. Las explicaciones entre tío y sobrina se habían producido en la casa de ésta, y el viaje al campo no tuvo para la tía nada de particular, porque Asuntita más de una vez pasaba temporadas en el establecimiento, con doña Mercedes o sin ella. Si sospechaba algo, prefería guardar silencio por discreción y por recato.

-Asuntita tendrá que venir pronto –explicó la señora- porque ayer le mandé un telegrama. Tiene que preparar la casa para recibir a su marido. Verás qué gringo tan simpático.

Lucio se quedó de una pieza. “Sí –se dijo mentalmente-. Debe ser muy simpático. Pero yo ¿qué hago?” La crisis

se le venía encima antes de lo imaginado. Aquello era un mazazo en la cabeza, pero un mazazo asestado por la espalda. Como si el conflicto con don Nicanor no fuera suficiente, se presentaba el otro para acabar de desesperarlo. Pues bien, haría frente a todo el mundo, costare lo que costase.

-¿En qué estás pensando? —preguntó la tía— Pareces preocupado. ¿Las elecciones? ¿Cómo te fue en la gira?

Contestó que todo había marchado bien. Tan bien, que si las promesas no fallaban, tenía muchas probabilidades de triunfar.

-¿Cuándo vendrá Asuntita? —indagó Lucio, afectando despreocupación e indiferencia.

-Tal vez pasado mañana. Pero Nicanor no vendrá todavía, porque está en la cosecha y no puede dejarlo todo abandonado. Aunque el mayordomo es de confianza, hace falta el ojo del amo.

Él respiró, algo aliviado. Por lo menos dispondría de tiempo, sin la vigilancia del tío, para poder hablar con ella. Acordarían lo que fuera conveniente y se aprestarían a la batalla.

Se quedó a almorzar con doña Mercedes. Por instinto o perspicacia la simpática viejecita se daba cuenta de que a su sobrino le pasaba algo. Tenía la vaga impresión de que la noticia de la llegada de Wende no le había caído en gracia. ¿Por qué? ¿Estaría enamorado de Asuntita? ¿Sentiría celos del marido? Sería curioso. Porque a la buena señora no se le pasaba por la cabeza la idea de que entre los “primos”

hubiera ocurrido algo grave. Sin embargo, los cuidados durante la enfermedad, la intimidad en el trato y la confianza restablecida entre ellos, bien podían haber producido algo más que un cariño de hermanos... La anciana sentía cierta inquietud, al mismo tiempo que un impulso de piedad invadía su alma. ¿No tenía ella algo de culpa por haber insistido en que llegaran a quererse y reconciliarse? Es cosa tan frágil el corazón humano...

También Lucio comprendía vagamente la lucha interna que se operaba en el espíritu de la santa mujer que le había servido de madre. Y tenía que contenerse para no declararle la verdad y pedirle que le ayudara. No quería ofender su pudor con la confesión de unos amores culpables.

Asuntita llegó al otro día y Lucio fue a verla en el acto. No valía la pena de seguir extremando precauciones, desde el momento que se precipitaba el desenlace. La encontró preocupada y triste, pero no por eso menos decidida a dar cumplimiento a su palabra. Con el tío habían mediado nuevas escenas, nuevas explicaciones, pero sin ningún resultado. Ella insistía en el divorcio y don Nicanor en oponerse a lo que consideraba un crimen y un escándalo. Se preocupaba, sobre todo, por los niños que resultarían perjudicados. Cuando Asuntita le aseguraba que obtendría de su marido que quedaran a su cargo, el tío se apaciguaba un poco, pero persistía en la duda de que tal cosa pudiera alcanzarse. ¿Con qué derecho podía ella exigir de su marido ese sacrificio, después de haberlo engañado? Los niños, por otra parte estaban en poder del esposo y a éste le sería fácil retenerlos.

-¿Y si se niega en definitiva a entregarte tus hijos, persistirás en tu resolución de divorciarte? –preguntó Lucio con apremio.

-Le pediré el divorcio de todos modos, porque es lo correcto y lo leal de mi parte. Pero ¿qué haremos si se niega? Me quedaré sin mis hijos y perderé para siempre la protección de mi tío.

-¿No tienes confianza en mí? Y en cuanto a tus hijos, ya estabas resignada a no verlos por varios años. Con el tiempo todo cambia y te será fácil recuperarlos.

-¡Quién sabe! Los educarán aborreciendo y despreciando a su madre.

-Pues, entonces, ¿qué quieres que yo haga? Estoy dispuesto a desaparecer para que puedas quedar en paz con tu marido, como si no hubiera pasado nada.

-Eso nunca. Sería indigno, aunque Federico no llegara a saber la verdad. Tampoco yo me resigno a perderte, porque te quiero con toda mi alma. ¡Dios mío! ¿Cómo es posible que no haya una solución? ¿Por qué somos tan desgraciados?

-La solución existe –dijo él-. Si tu marido se niega, tienes el derecho de abandonarlo. Nos iremos juntos. Lo venderé todo a cualquier precio. No tengo miedo al trabajo.

-Esperá hasta que yo hable con él. ¿Por qué perder toda esperanza?

En esta angustiosa incertidumbre transcurrieron dos semanas. Lo peor era que, como Wende venía a lomo de

bestia desde punta de rieles, no se sabía a ciencia cierta la fecha de su llegada. La falta de telégrafo en el camino hacia la situación más complicada. En los últimos días los amantes se veían por momentos, temerosos de una sorpresa desagradable.

Hasta que un día, al llegar a casa de doña Mercedes, Lucio supo que Wende estaba en la ciudad desde esa misma mañana. Se abstuvo de hacer preguntas, pero la tía le informó que don Nicanor había sido avisado y que no tardaría en venir del campo.

-Debés ir a saludar a don Federico –apuntó doña Mercedes, no muy segura de lo que insinuaba.

Lucio guardó silencio y alegó una ocupación urgente para marcharse. Como tenía convenido con Asuntita que ésta le avisaría de todo por carta, pensaba que era mejor no salir de la quinta hasta saber a qué atenerse.

Durante tres días esperó en vano. Empezaba ya a impacientarse, cuando apareció Ricardo. La suerte le había traído a la ciudad.

-Asuntita está desde ayer en casa de sus tíos –le informó- y he conseguido hablar con ella dos palabras. El mismo día de la llegada de Wende le planteó el asunto y le dijo que quería divorciarse. Parece que el hombre se encerró en el mutismo más absoluto y que no contestó una palabra. Como la situación se prolongaba, ella dejó la casa y notificó a don Nicanor que si él la rechazaba, se vendría contigo, dispuesta a afrontar el escándalo. Tu tío ha tenido que conformarse y ahora anda en conciliábulo con Wende y de un humor de

todos los diablos. ¡Qué mujer, hijo qué mujer! No la creía capaz de tanto, ni cuando la veía a caballo con pantalones y montada como hombre, desafiando la murmuración de gazmoñas y beatas. Me encargó decirte que no te ha escrito porque no tiene a quién mandar, pero me rogó que te dijera todo lo que pasa. Su opinión es que debés estarte quieto hasta ver lo que sucede.

-¿Y tú, qué piensas? ¿Cómo acabará todo esto?

-Es difícil predecirlo, porque el enredo ha tomado mucho cuerpo. Otras veces he visto que las cosas se arreglan solas. Todo el mundo se calla y, si el marido llega a saberlo, se le dice que se trata de una calumnia. Generalmente lo cree o hace lo posible por creerlo. En último caso viene la separación, cuando el asunto no tiene remedio. Pero ustedes han procedido al revés y han empezado por donde debieron terminar.

Lucio se exaltó con la respuesta.

-Me extraña lo que dices –reprochó a su amigo-. Parece que me creyeras capaz de seguir sosteniendo una intriga miserable y de conformarme con el clásico triángulo. También ofendes a Asuntita, imaginando que es capaz de compartir su lecho con el marido y el amante.

-Dios me libre de pensar en eso. Precisamente porque ella es tan delicada y vos un caballero de la Tabla Redonda, es que la cuestión no puede arreglarse. Pero convendrás conmigo en que éste es un lío diferente a los demás, por lo que no me creo con aptitudes para resolverlo.

-Valiente consuelo el que me traes.

-Yo te previne muchas veces, cuando era tiempo, para que huyeras del peligro, porque veía sus consecuencias. No quisiste hacerme caso.

-¿Cómo hubieras procedido tú?

-Hombre, francamente, no sabría qué contestarte. El amor es el amor y contra su tiranía no hay reflexión que valga.

Convinieron en que Ricardo seguiría los sucesos y traería diariamente las informaciones que pudiera.

Durante algunos días Lucio estuvo sin saber a qué atenerse. Las cartas de Asuntita se limitaban a pedirle paciencia y calma. Don Federico Wende se negaba a todo entendimiento amistoso. Se separarían sin violencia, pero no permitiría que su esposa volviera a casarse. A este fin retendría a los niños. Ricardo presumía que el marido se aconsejaba de don Nicanor, empeñado en obstaculizar el divorcio, con la esperanza de que, andando el tiempo, las cosas se olvidaran y los esposos volvieran a juntarse.

-¿Y ese hombre –vociferaba Lucio- sería capaz de pasar por encima de lo sucedido? Ganas me dan de ir a abofetearlo.

-Ya es tiempo de que renunciés a las locuras –le calmaba Ricardo-. No tenés derecho para proceder en esa forma. Imaginate la campanada y sus consecuencias.

-Pues si no hay otro remedio, daré la campanada.

-¡Qué bonito! Y sacrificarás a Asuntita, cubriéndola de vergüenza.

-Hay que acabar con ésta situación. Mañana mismo me pondré en campaña para vender las casas y la estancia. Tengo proposiciones concretas. Nos iremos.

Lo que decía era verdad. El doctor Contreras, un viejo usurero, había prometido proporcionarle fondos mediante un simple contrato de retroventa sobre sus propiedades. Eso suprimiría trámites engorrosos y le permitiría disponer de dinero contante sin pérdida de tiempo.

-Sería un desastre –dijo Ricardo- porque no te daría más de la mitad de lo que valen tu estancia y tus casas. A lo sumo quince o veinte mil pesos, con la obligación de reconocer un crédito por el doble, que no podrías pagar al vencimiento.

-No importa. Me basta con lo necesario para el viaje a Buenos Aires y un tiempo de residencia en Montevideo, aparte de los gastos del juicio de divorcio. Luego trabajaré para que podamos sostenernos.

-Decididamente estás loco de remate. Debés empezar por revocar el poder otorgado a don Nicanor y por entrar en posesión de tus bienes, antes de realizar transacción alguna sobre ellos –insinuó Bejarano-. Como ustedes no han ajustado cuentas y seguramente debés a tu tío algún dinero, exigirá que le pagues, como requisito para cualquier arreglo.

Lucio montó en cólera. No podía imaginarse que don Nicanor se negara a dejarle disponer de sus bienes por desconfianza.

-Por desconfianza, no –dijo Ricardo, aclarando el concepto-. Pero sí para inmovilizarte.

Lucio habló de exigir a su tío una liquidación por la vía judicial, pero su amigo trató de disuadirle.

-No podés hacer eso –le aconsejó, conciliador-. Sería una vergüenza. Tenés que fijarte en muchas cosas. Entre ellas en lo que debés a tu tío, a su abnegación y sus cuidados. Con otro apoderado hoy estarías en la calle. Dirá que sos un ingrato.

-Que diga lo que quiera. Entre perder a Asuntita o perder la estimación de mi tío, prefiero lo segundo.

-Es que todo puede conciliarse, procediendo con calma. Y puesto que te hallás decidido a atropellarlo todo, por lo menos procedé con decencia para conseguir ese dinero. Pedíselo a tu tío con excusa de las elecciones. Decile que necesitás adquirir todas las acciones de la imprenta, porque has descubierto que el periódico te combate bajo cuerda. Tomá cualquier pretexto.

-¿Y si mi tío se resiste, maliciando la verdad?

-Siempre tendrás tiempo para cambiar de actitud. No lo echés a perder todo de un solo golpe.

Lucio aceptó ese temperamento. Escribiría a don Nicanor pidiéndole una suma suficiente para el viaje y propondría a Asuntita una escapatoria en regla. No creía que ella se negara. Se lo había prometido varias veces.

Ricardo no sabía qué hacer. ¿Cómo atajar a ese loco, que se empeñaba en llevar las cosas a sangre y fuego? ¿Prevenir a don Nicanor? Era cometer una infidencia. ¡Bah! Esperaba que no fuera necesario. Don Nicanor era un lince y no se

dejaría engañar por las patrañas de su sobrino. Era mucho hombre el viejo Mendoza...

La política, entre tanto, estaba dada “al traste”. Lucio no concurría a las reuniones y se negaba a recibir a los amigos. Pasaba los días muertos, recluso, enfurruñado, sin más compañía que la botella de whisky.

Ricardo se desesperaba, sin saber qué hacer, midiendo la gravedad de los momentos. A veces disputaba con su amigo y trataba de volverle a la realidad, sin conseguirlo. Le amenazaba con no volver a verlo ni ocuparse de sus cosas, con verdadera intención de dejarle correr a su suerte. Pero podían más la vieja amistad y el afecto. Si él se inhibía, se produciría la catástrofe irremisiblemente.

Lucio escribió a su tío y recibió de él una respuesta evasiva y dilatoria. Trataría de complacerle, pero carecía de dinero disponible por el momento. Pasados unos días haría un esfuerzo por servirle. ¿Sospechaba los planes del sobrino? Era muy probable. Asuntita, entre tanto, contestaba a las cartas de Lucio con reflexiones prudentes, que no excluían la resolución de seguirle si se presentaba la necesidad de recurrir a una medida extrema.

Ricardo vino con la noticia de que don Federico Wende no quería el divorcio y que tampoco deseaba la separación definitiva. Como entre él y su esposa no había mediado explicación alguna acerca de la conducta de ésta, estaba dispuesto a recibirla en el domicilio conyugal, corriendo un velo sobre lo que él consideraba un devaneo sentimental y pasajero. Don Nicanor insistía en que su sobrina debía

aceptar ese temperamento, que era la demostración de que el marido perdonaba, sacrificando su amor propio y si se quiere su dignidad, por el cariño a los hijos. Pero Asuntita se negaba obstinadamente. Ante la insistencia de su tío declaró que la conducta de su esposo era muy noble, pero que no podía prestarse a secundarla. Quería a Lucio y estaba dispuesta a seguir su suerte. Se sentiría humillada aceptando el perdón que su marido le otorgaba tan generosamente. No podría vivir a su lado sin avergonzarse. Tenía que cargar con la consecuencia de los hechos.

Pero pasaban los días y no se presentaban síntomas de que la cuestión de dinero llegara a arreglarse. Era evidente que don Nicanor sospechaba las intenciones de Lucio y sus proyectos de viaje. La indiscreción de un sujeto, tratante de caballos, le había hecho saber que su sobrino se ocupaba de comprar bestias de silla y de carga.

Excitado por las demoras y las dificultades, Lucio se decidió, en ausencia de Ricardo, a iniciar un recurso judicial contra su tío. Fue a ver a Arteaga, abogado de malas artes y de escasos escrúpulos, que se prestó a plantear una demanda por rendición de cuentas. Inició los trámites con una gestión para cancelar el poder otorgado desde Europa. Notificado el tío, sufrió un acceso de indignación incontenible. La contrariedad de Asuntita al saberlo no tuvo límites y se lo reprochó a Lucio en una carta. No vaciló en afear su actitud, agregando que habrían sido preferibles todos los sacrificios antes de recurrir a una medida semejante.

Don Pedro Toledo, abogado de don Nicanor, se puso al habla con Lucio sin pérdida de tiempo. Lamentando el

paso dado tan inconsultamente, que constituía un ultraje inferido a un hombre honrado y respetable, le aconsejaba retirar la demanda, dándole a entender que, con ella, sólo él, Lucio, resultaría perjudicado. Le recordó que desde el día de su llegada, don Nicanor le había exigido que entrara en posesión de sus bienes, para dar el finiquito a su gestión como mandatario, sin conseguir que Lucio se resolviera a hacerlo. Las cuentas estaban al día y serían presentadas conforme a ley. Sólo que ahora abarcarían los intereses capitalizados de los anticipos a largo plazo, que el mandante había pedido desde Europa y que su tío jamás tuvo la intención de cobrarle, así como muchos gastos ocasionados por la administración, que serían debidamente comprobados. Y como, además, Lucio era deudor de nuevas sumas recibidas desde su llegada, que la renta de las propiedades no alcanzaba a cubrir hasta la fecha, las reclamaría judicialmente, pidiendo que se trabara embargo de los bienes mientras ellas no fueran canceladas. Por lo tanto, y contra lo que esperaba, no podría disponer de recursos mientras el juicio no quedara ventilado. Don Pedro había creído de su deber informarle de todo esto, antes de proceder al cumplimiento de las instrucciones recibidas de su cliente y cuñado.

El atolondrado mozo, que ya estaba arrepentido de su conducta, por la reprimenda de Asuntita y que, además, temía que se realizaran todas las previsiones del señor Toledo, optó por disculparse, diciendo que su extraña conducta respecto a su tío había sido dictada por la necesidad urgente en que se hallaba de obtener algún dinero; que si planteó la rendición de cuentas por la vía judicial fue porque don Nicanor estaba disgustado con él y prefería evitar entrevistas desagradables;

que dicha rendición tenía por objeto conocer el estado de sus obligaciones pecuniarias respecto a su tío, con el objeto de saldarlas.

Don Pedro se esforzó en hacerle comprender que su actitud era mezquina y desconsiderada, pues ni con todos sus bienes y algo más, llegaría a cubrir lo mucho que debía a don Nicanor en el orden moral y material.

Lucio recibió estas reflexiones, verdaderamente arrepentido y con la cabeza baja. No podía revelar a don Pedro los motivos que tenía para exigir que se le proporcionara algún dinero. Mucho debía a su tío y era el primero en reconocerlo. Pero las circunstancias que atravesaba le obligaron a dar aquel paso, que lamentaría toda la vida. Le rogaba decir a don Nicanor que no se negara a proporcionarle los fondos que pedía y que estaba dispuesto a retirar la demanda y a darle una satisfacción pública si era necesario. Que se diera cuenta de su situación y no se obstinara en perjudicarlo.

Toledo le dijo con solemnidad:

-Esperaba de usted esa reacción, señor Salazar, dados sus nobles antecedentes.

Ya no le tuteaba como antes. Le hablaba con severidad, como para darle a entender que lo que trataban era muy grave y muy serio.

-Tendré mucho gusto –agregó– en transmitir a su tío sus explicaciones y su ruego. Yo mismo trataré de influir sobre él para que satisfaga sus deseos, aunque no tengo ninguna

idea sobre los motivos que usted pudiera tener para exigir esos fondos con tanta urgencia. Espero que mañana podré comunicarle el resultado de mis gestiones.

Pero la respuesta se la trajo al día siguiente don Nicanor en persona. Se presentó, atropellando la consigna del criado, que tenía instrucciones para decir a todos que Lucio no estaba en casa.

-Me has mandado un mensaje con Pedro –le abordó sabiendo que con él no podía contestarte. Querés dinero para realizar planes inicuos y malvados. Pues bien, vengo a decirte que no tendrás un centavo. Pleitearé todo el tiempo necesario para impedir tus proyectos. Procediendo así salvaré a las personas que quiero y quedaré en paz con mi conciencia, aunque tratés de difamarme.

-Tío –contestó Lucio, procurando revestirse de calma– ¿por qué se obstina en desesperarme y me precipita a hacer un disparate? ¿Cree que impidiéndonos viajar va usted a conseguir que desistamos? Nuestra resolución está tomada y nada nos hará retroceder. Si usted nos obliga, Asuntita se vendrá a vivir conmigo públicamente.

-No creo que seás capaz de aceptar semejante infamia. Te juro que lo impediré por cualquier medio.

-No podrá impedirlo. ¿Con qué derecho? Ni el padre de Asuntita se habría atrevido a tanto.

-Yo soy más que su padre, porque la recogí cuando era una pobre huérfana, sola y desamparada. ¿Por qué has venido a robarle la tranquilidad y a hacernos a todos desgraciados?

¿No se te cae la cara de vergüenza? ¡Maldita la hora en que viniste a perturbar la paz entre la gente honrada!

Lucio se exaltó a su vez. ¿Por qué estaba en Santa Cruz? Por culpa de don Nicanor. Lo había hecho venir por la fuerza, cercándolo por hambre, cuando tenía decidido quedarse en Europa, como si presintiera lo que aquí le esperaba.

Y era su tío quien ahora le recriminaba, como si no fuera el autor de lo que estaba sucediendo. Su tío, acostumbrado a hacer su capricho y a imponer su voluntad. ¡No, mil veces no! También él, Lucio, tenía su carácter y no permitiría que se le tomara como un juguete. Si era necesario iría a buscar a Asuntita a su propia casa y se la arrancaría por la fuerza. Y también buscaría al marido, para escupirle en la cara y gritarle su falta de delicadeza.

Don Nicanor llegaba al paroxismo, pero al mismo tiempo reconocía que las recriminaciones del sobrino tenían cierto fundamento.

-¡Quién había de creer –murmuró– que mis buenas intenciones y mi preocupación porque llegaras a ser un hombre de provecho, tendrían estas consecuencias! En cuanto a tu proyecto de buscar a Wende para insultarle, me parece el colmo del desvarío y el acto más infame, indigno de un caballero. Podés ir en busca de Asuntita, pero no creo que se atreva a seguirte, después de lo que pienso decirle. Para seguirte tendría que pasar sobre mi cadáver... ¿lo entendés, miserable?

Y salió sin aguardar respuesta.

La violencia del incidente tuvo la virtud de aplacar al enajenado. Sinceramente creía haberse excedido al hablar con su tío y, al mismo tiempo, pensaba en las consecuencias de su exaltación. Presumía el efecto que la relación de aquella escena tendría sobre Asuntita.

Al cerrar la noche recibió unas líneas trazada con mano temblorosa:

“Mi tío acaba de contarme lo sucedido esta tarde en tu casa. No sé cómo tengo fuerzas para escribirte, ¿Qué puedo decirte, cuando las cosas han llegado a semejante extremo? Es la primera vez que he visto llorar a mi tío, el hombre altivo y fuerte, y su llanto me ha partido el alma. ¡Cómo me arrepiento de haber sido débil y de haber cedido a los impulsos de mi amor! Yo tengo la culpa de todo y soy yo quien debe pagar las consecuencias. Lo único que puedo decirte es que si no puedo ser tuya para siempre, tampoco seré de nadie. Ya lo sabes: tuya hasta la muerte”.

Se quedó perplejo. ¿Qué significaba ese lenguaje sibilino? ¿Qué horrible tragedia le amenazaba? ¿Qué encerraba el tono desesperado y angustioso de la carta? ¡Pobre Asuntita! Por primera vez Lucio cayó en la cuenta de que le había faltado grandeza de alma. No cabía duda de que era un loco y de que estaba procediendo como un alucinado. Y era a él a quien correspondía sacrificarse. Escribiría en el acto para devolverle su palabra y para decirle que, no contando con los medios de realizar el plan que tenían convenido, era mejor resignarse. Que no temiera nuevas violencias de su parte. Que iría a ver a don Nicanor para comunicarle su resolución y decirle que al día siguiente saldría para la estancia.

Cerrada la misiva, se puso a escribir una comunicación para el directorio del partido. Expresaba en ella que se veía obligado a salir inmediatamente para su propiedad de Cordillera, en donde acababan de ocurrir sucesos que reclamaban su presencia. Agregaba que dejaba a su amigo, Ricardo Bejarano, encargado de los trabajos políticos; pero que si su ausencia perjudicaba los intereses electorales en juego, renunciaba a la candidatura y cedía sus aportes pecuniarios en favor de quien fuera designado para remplazarle.

Se disponía a escribir también a Ricardo cuando éste apareció con el rostro demudado. Lucio le mostró las cartas que encerraban su resolución. El amigo les dio un vistazo y se las devolvió diciendo:

-Ya es tarde.

-¿Qué quieres decir?

-Que Asuntita ha tomado veneno. Está casi agonizante. ¿Qué ha pasado aquí esta tarde?

Lucio se incorporó un momento y luego se desplomó en la silla como herido por un rayo. Ricardo acudió en su socorro. Le temblaba el cuerpo como a un azogado. Su mirada revelaba un extravío próximo a la locura.

-¡Me lo temía! –exclamó-. Yo la he puesto en ese trance. Yo soy el autor de esa desgracia. Mi tío tenía razón. Soy un miserable...

-Calma –interrumpió Ricardo-. Hay todavía alguna esperanza. Están haciendo esfuerzos para salvarla. ¡Qué escena, Dios mío!

Lucio corrió al dormitorio para vestirse.

-¿Qué vas a hacer? –le atajó Ricardo.

-Ir a su lado. ¡Te juro que si muere me destaparé los sesos!

-¡Basta ya de insensateces! –gritó Bejarano, fuera de sí-. ¿Hasta cuándo vas a sacar de quicio a la gente? ¿No te das cuenta? ¡Ir a verla ahora, cuando está rodeada de los médicos y el marido está presente!

-Pero ¿cómo quieres que me resigne a permanecer aquí, en espera del desenlace? Mi deber es estar con ella.

-Tu deber es estarte quieto y no comprometerla más con escenas melodramáticas.

Y tomándolo del brazo con energía algo brutal, Ricardo le obligó a sentarse.

-¡Te prohíbo que salgás! –le gritó-. Voy a acabar por encerrarte.

El cuitado cayó en una especie de paroxismo y, apretándose la cabeza entre las manos, se deshizo en lágrimas. Su amigo le dejó llorar, comprendiendo que eso podía aliviarle. Luego se sentó a su lado y después de un largo silencio, empezó a hablarle en tono insinuante.

-A nada conduce desesperarse. Yo creo que se salvará. ¿Por qué no había de salvarse? Es joven y fuerte. Pero calculá el escándalo que produciría tu presencia. Don Nicanor te saltaría al cuello. Acabarías de matarla. Los médicos han convenido en decir que se intoxicó con una conserva. Se mantendrá el secreto hasta donde sea posible.

-¿Qué dice mi tío? –interrogó el otro.

-A pesar de su fuerza de voluntad, está desesperado. Entra y sale de un cuarto a otro. Me llamó aparte para decirme que viera yo a lo que habías llegado. Me habló de una demanda judicial y de una violenta discusión contigo. Siempre ocurren estas barbaridades cuando estoy ausente.

-¿Crees que se salvará? –volvió interrogar Lucio, anhelante.

-Así lo espero.

-¿Llegaste a verla? ¿Te reconoció?

-No podía reconocer a nadie. Se debatía en las angustias del envenenamiento. Pero ya habían conseguido que arrojara algo. ¡Pobrecita! Cómo habrá sufrido, para llegar a resolución tan desesperada.

-¿Qué hacer ahora?

-Yo volveré por allá inmediatamente. Que venga conmigo el criado y con él te mandaré noticias de rato en rato. Yo vine corriendo para evitar que hicieras un disparate.

En casa de los Mendoza la situación había cambiado poco. Seguían allí los dos médicos que atendían a la enferma. Uno de ellos salió a fumar un cigarrillo y Ricardo aprovechó para pedirle noticias. El galeno anunció una pequeña reacción. Instantes después salía el mandadero a todo escape, llevando para Lucio un billete que decía: “Hay esperanzas”.

Como a la medianoche Ricardo expidió otro mensaje: “Mejorando. Los médicos dicen que puede salvarse”. A las

tres de la mañana, por último, Bejarano fue hasta la quinta personalmente para avisar que la enferma estaba fuera de todo peligro inmediato. Había que vigilar las consecuencias.

Ricardo pidió algo de comer, porque estaba sin probar bocado. Se sentía deshecho, porque esa misma tarde había llegado del campo. Dijo que no tenía ánimos para ir hasta su casa y se instaló en la hamaca, después de obligar a Lucio a que se acostara.

Los días subsiguientes fueron de relativa tranquilidad. Bejarano supo que don Federico Wende no se movió del lado de la enferma, suministrándole tiernos cuidados y que, cuando ésta se sintió más fuerte, marido y mujer sostuvieron una larga conversación cuyo resultado conoció por la misma Asunta. Don Federico deploraba lo sucedido y estaba dispuesto a facilitar el divorcio. Los niños seguirían en Europa, hasta terminar sus estudios de secundaria y no se les diría nada sobre los motivos de la separación de sus padres. Regresarían cuando fueran bastante hombres para comprender la situación. Vivirían, a elección de ellos, con el padre o con la madre. Si don Federico no había dado su aquiescencia anteriormente era porque don Nicanor se lo había aconsejado, con la esperanza de que ella volviera sobre sus pasos. Como las leyes del país no autorizaban ni siquiera la separación de cuerpos por mutuo consentimiento, se requería que los trámites de divorcio se realizaran en el extranjero. Con algún dinero se facilitarían las gestiones en Uruguay. En cuanto a don Nicanor, era obvio suponer que esta vez no se mostraría más papista que el papa.

El buen señor había sufrido tanto, que cuando habló con Ricardo se limitó a decirle que únicamente deseaba que lo dejaran en paz. Sólo exigía que se guardaran las formas. Asuntita seguiría con la tía hasta que se resolviera su viaje, porque debía residir en Montevideo tres meses antes de que el divorcio pudiera substanciararse.

En el litigio entre don Nicanor y Lucio, si bien éste declaró su desistimiento de las gestiones judiciales, el tío le envió las cuentas de su administración y le puso en posesión de todos sus bienes, sin reclamarle gastos ni intereses.

Don Nicanor Mendoza, por último, anunció que se iba a Las Maras por tiempo indefinido, agregando que no quería saber nada de nada. Desde el desgraciado suceso no había hablado más del asunto y se mostraba huraño y reservado. A la sobrina cuya salud seguía resentida y no había llegado a restablecerse del todo, la trataba con dulzura y con lástima. Evitaba referirse a los acontecimientos pasados y cuando escuchaba alguna alusión imprudente, se limitaba a murmurar: “Qué vida, señor, qué vida”...

Doña Mercedes había dado pruebas de una fortaleza y de un estoicismo admirables. Después de todo no dejaba de interesarse por Lucio y no veía con buenos ojos que su esposo le hubiera arrojado al agua del molino. Seguía creyendo de buena fe que, en lo sucedido, a ella le correspondía una parte de culpa. Ricardo sostenía que la señora de Mendoza era una santa y que forzosamente tendrían que canonizarla.

Lucio se preocupó de sincerarse ante Asuntita. Sus cartas eran modelos de humildad y de devoción por ella. Le reprochaba que hubiera tomado resolución tan extrema, porque debió ser el quien se sacrificara, deponiendo el feroz egoísmo de que había dado muestras. Le envió la carta que le escribiera la misma noche de la tentativa de suicidio. Ricardo era testigo de que se disponía a mandarla cuando recibió la fatal nueva. Para él pasaban los días tristes y monótonos. La actividad política y el arreglo de sus asuntos apenas le entretenían. Bebía más que nunca y se consumía en la espera de mejores días. Los amigos se extrañaban de su apatía y su mutismo.

Así las cosas, le sorprendió una carta de Asuntita, concebida en términos desconcertantes y extraños. Después de pensarlo mejor –le decía- había decidido romper toda clase de relaciones con él y desistir del matrimonio, lo que por cierto no significaba la intención de volver al lado del marido. Estaba convencida de que habían sufrido una equivocación y de que ambos tenían otros deberes que cumplir. Terminaba con un adiós conmovido, que no dejaba lugar a dudas sobre su resolución y que, además, reflejaba una amargura tan honda como inexplicable.

Lucio corrió en busca de Ricardo, su eterno paño de lágrimas. Tampoco éste comprendió lo que pasaba.

–¿Hasta cuándo van a seguir estos enredos? –exclamó, demostrando su impaciencia-. Me imaginé que todo estaba arreglado. ¡Al diablo con las mujeres! Siempre han de salir con su domingo siete. No lo hubiera creído de Asuntita. ¿Qué mosca le habrá picado?

Salíó para ir a verla, en busca de una explicación que los iluminara.

Lo acontecido era bien sencillo, sin embargo. Don Basilio Pedraza había llegado del campo y había estado en casa de los Mendoza, preguntando por el “doctor” Salazar. De paso entró a saludar a doña Mercedes. La conversación se trabó entre ambos, y Asuntita, que apareció en ese momento, sin quererlo participó de la charla.

Cuando doña Mercedes preguntó a don Basilio por la salud de sus hijas, el muy mentecato le contestó que, a Dios gracias, la Negra había salido de cuidados con toda felicidad y que había tenido un varoncito.

–¿Ha dado a luz? –interrogó la señora.

–Creí que ustedes lo sabían –contestó Pedraza-. He venido precisamente para participárselo al padre, que en todo se ha portado como un caballero. Necesitamos su autorización para bautizar al niño dándole su nombre. Hacerlo sin su consentimiento sería un abuso.

–Y el padre es Lucio, ¿no es cierto? –interrumpió Asuntita, intensamente pálida.

Don Basilio tuvo que confesarlo. Doña Mercedes no sabía qué hacerse. Sobrevino un silencio embarazoso, al que ella puso término.

–Pues ya sabe compadre –dijo- dónde puede encontrarlo. Vive en su quinta.

Asuntita, sin escuchar las reflexiones de la tía, que trataba de restar importancia al incidente, escribió la carta que mandó a Lucio y se encerró en su cuarto. Se negó a recibir a Ricardo, que tuvo que conformarse con la explicación de doña Mercedes.

Bejarano trató de atenuar la gravedad del caso, cuando fue a reunirse con su amigo. A Asuntita se le pasaría el berrinche. Había que explicarle que todo ocurrió en aquel viaje al norte, cuando con ella Lucio no tenía nada que ver. “Lo que no es en tu año no es en tu daño”. Es raro el soltero que no tiene hijos naturales...

Lucio zapateó contra la torpeza de Pedraza. ¿Qué necesidad tenía de ir con aquella noticia? ¿Cómo no había tenido la delicadeza de callarse?

Ricardo le hizo comprender que era injusto y exagerado. Él mismo, por encargo de Lucio, al comprar la casita y los terrenos que había regalado a la Negra, le había autorizado para pensar que reconocería al vástago. Para el criterio de Pedraza, aquello era como si su hija se hubiera casado y no tenía de qué avergonzarse. Claro que hubiera sido mejor que, ante los parientes, permaneciera callado. Pero así son las gentes sencillas. ¿Cómo podría imaginarse que provocaba un conflicto? ¿Qué sabía él de la situación? Era necesario ser humano.

De manera que, cuando Pedraza llegó a la quinta aquella misma tarde, Lucio le recibió atentamente.

-Doctor Salazar -anunció solemnemente- venga a comunicarle que ha nacido un infante que no tiene nombre

y a quien mi familia y yo no queremos bautizar como el hijo de un padre desconocido, es decir, como hijo de una mujer de la calle. En casos semejantes hay personas capaces de atribuir a un párvulo el nombre que les da la gana. Aunque pobres y humildes, no somos capaces de eso. Felizmente usted es soltero y nadie sale perjudicado. Como usted me hizo prometer con don Ricardo que su hijo sería reconocido, he venido a pedirle que formalice el reconocimiento con los procedimientos legales. No he hablado de matrimonio, porque conozco la realidad de la vida, aunque mi hija, dicho sea de paso, no desmerece al lado de ninguna señorona empingorotada. Además, usted nunca le habló de matrimonio y ella es la primera en confesarlo.

Salazar accedió a todo y creyó que el incidente quedaba terminado. Pero la carta que mandó a Asuntita dándole explicaciones, le fue devuelta intacta. Igual suerte corrieron otros mensajes y el mismo Ricardo no consiguió entrevistar a la agraviada.

En situación tan crítica Lucio se decidió a ir a buscarla. En cuanto Asuntita lo vio aparecer, corrió a encerrarse en su cuarto.

-Dice que no quiere verte -explicó doña Mercedes-. Pero la pobre está como alma en pena. En vano he tratado de aplacarla. Me ha dicho que no merecía que le pagaras como le has pagado.

-Pero si todo eso pasó antes...

-Dice que es igual. Que no puede casarse, sobre todo después de lo que ha sucedido, con un hombre que

seduce mujeres para luego abandonarlas. Que lo mismo harás con ella.

-Pero, tía, yo necesito explicarle...

-Mejor será no violentarla, porque es capaz de repetir su hazaña. ¿No la conocés? Primero muerta que doblegada. Dejá que pase un tiempo y regresá otro día. Tal vez se calme.

Lucio no estaba muy tranquilo, pero todavía alimentaba alguna esperanza. No podía terminar así una pasión que había provocado catástrofes. Seguiría buscándola hasta conseguir hablarle.

Pero después de nuevas tentativas infructuosas vio cómo su insistencia provocaba un suceso irremediable. Doña Mercedes le dio la noticia, verdaderamente apesadumbrada. Asuntita estaba en casa de su marido. Había querido cortar por lo sano, después de obtener la promesa de que don Federico la mandaría a Alemania, en donde viviría a lado de sus hijos. Él la acompañaría hasta el puerto de embarco y regresaría a Santa Cruz para seguir atendiendo sus negocios.

El abatimiento de Lucio no tuvo límites. ¿Sería posible que la perdiera así? ¿Tendría, pues, que abandonar toda esperanza?

XIII

Obstinadamente recluso en la quinta, sin querer saber de nada ni de nadie, Lucio Salazar era la imagen del hombre taciturno e intratable. Cuando venía Ricardo, única persona que conseguía verlo, se encerraba en un mutismo obstinado, hasta el extremo de que su amigo empezaba ya a ofenderse y a formar el propósito de no regresar. No se inmutó gran cosa cuando Bejarano, después de mil circunloquios y rodeos, le comunicó que Asuntita y su marido se habían ausentado sin despedirse de nadie. Desde que Lucio supo que ella había vuelto a casa de Wende, perdió hasta la más remota esperanza de recuperarla. ¿Qué más le daba que estuviera en Santa Cruz o a muchas leguas de distancia? La sabía perdida para siempre y se consideraba víctima de un destino inexorable.

-Si supieras –le decía a Ricardo, en los raros momentos en que se decidía a soltar algunas palabras- si supieras lo qué es perder para siempre la esperanza.

Aquel día fue uno de los pocos en que estuvo algo comunicativo y se mostró tratable.

-La esperanza nunca se pierde –contestó el amigo, buscando un tema que pudiera interesarle.

-Sí, se pierde. Es como si faltara el aire. Mientras yo tenía que luchar con los demás, nada me arredraba. Pero desde que dejó de quererme comprendí que todo había terminado.

-¿Y quién dice que ha dejado de quererte? Donde hay amor hay celos; y ella sólo por celos ha llegado a los extremos que ha llegado.

-Si hubiera sido solamente por celos, podía haber recapacitado. Pero no lo hizo. Lo que quiere decir que su orgullo era más grande que su amor.

-Los temperamentos como el suyo –insinuó Ricardo- no retroceden cuando se deciden a hacer algo. La conocés mejor que nadie. Por vos lo atropelló todo y ante los conflictos que por tu culpa se le crearon, prefirió morir que abandonarte. No puede concebirse un sacrificio más completo. Por lo mismo el choque fue más violento cuando descubrió que la engañabas.

-No la engañé. No se presentó la ocasión para decirle lo que había pasado. Mejor dicho, no me atreví a decírselo. Tampoco creí que fuera necesario.

-¿Lo ves? No fuiste leal y sincero y eso es lo que una mujer como ella no puede perdonar.

-¿Para qué hablar de lo que no tiene remedio? Lo horrible es que no puedo resignarme. Mi pena es de las que no caben en el pecho. Me atormenta, me asfixia, me estrangula el alma. ¿Crearás que en las noches hablo solo? No es posible vivir en ese estado.

-Comprendo tu situación, pero es necesario que tratés de sobreponerte. Sólo el tiempo llegará a curarte.

Pero Ricardo comprendía que el caso de su amigo era muy grave. Sus recursos de persuasión se estrellaban contra mil factores contrarios: la neurosis, la incompleta adaptación al ambiente y, sobre todo, la forma en que Lucio se entregaba a la bebida desde hacía unas semanas, precisamente desde que se le presentaron tantos disgustos y dificultades. La cantidad de botellas vacías alineadas en el corredor atestiguaba el consumo de los últimos días, en una serie ininterrumpida de embriagueces solitarias. Cuando Ricardo se lo hizo notar, se encogió de hombros. Dijo que era lo único que le proporcionaba algún consuelo y que, además, aquella era una forma como otra cualquiera de matarse.

Las reflexiones y los consejos eran inútiles. Cuando Bejarano le dijo que perdería las elecciones si persistía en su aislamiento, negándose a asistir a las reuniones políticas y hasta a hablar con sus partidarios, dejó escapar un terno, que era la demostración de su estado de ánimo.

-¡Qué me importan las elecciones, ca...nastos! ¡Qué me importa nada!

Por fin Ricardo arregló con los amigos una especie de emboscada. Les franquearía la entrada de la quinta subrepticamente, llegarían en comitiva y obligarían a Lucio a acompañarlos. De otro modo la elección estaba perdida.

Vinieron, efectivamente, y le sorprendieron sin darle tiempo de ocultarse. Como venía excusándose con el pretexto de hallarse enfermo, comprobaron fácilmente que no lo estaba. Tenían una reunión y debía ir con ellos de grado o por fuerza.

Se resistió hasta donde pudo, pero llegó Ricardo y, haciéndose el sorprendido, intervino ante Lucio, hablándole aparte.

-Se comenta por ahí que te estás muriendo por los desdenes de una mujer casada. Lo peor es que dan su nombre y que ambos son el tema de las habladurías más ridículas y malévolas. No permitás que ruede la bola. Acompañales siquiera para que cesen los comentarios.

-Que digan lo que quieran. Yo no voy a ninguna parte.

-¿Y piensas pasarte así el resto de tu vida?

-Pronto me iré de aquí, sacudiendo el polvo de mis zapatos.

-Pero mientras llega el momento de sacudirlo, por lo menos no te convirtás en el hazmerreír de las gentes. Conservá tu dignidad y no te portés como un chiquillo atolondrado. Pensá que has contraído obligaciones y que no podés abandonarlas.

Y como observara que su amigo vacilaba, decidió por su propia cuenta:

-Señores –gritó, encarándose con los presentes-, Lucio ha estado efectivamente muy enfermo y sólo hoy ha dejado la cama. Pero no quiere hacerles un desaire. Espérenle un rato mientras se arregla.

La noticia fue recibida con una salva de aplausos. Se abrieron unas botellas de cerveza y se ensancharon los ánimos.

Pero en la reunión anunciada Lucio no dio señales de interesarse por nada y sólo se dedicó a beber sin tasa. Cuando

le pidieron un discurso, soltó algunas incoherencias que causaron hilaridad, extrañeza y desagrado. Estaba borracho perdido y apenas se daba cuenta de lo que hablaba. Hurtado tomó la palabra para decir que Salazar se hallaba enfermo y que pedía le disculparan, dando a entender que por su estado de salud el alcohol le había producido esos estragos. Tuvo una indisposición horrible y como la reunión era en una casa de familia, tuvieron que acostarlo.

Desde ese día no se negó a asistir a las reuniones políticas, quizá porque le proporcionaban la ocasión de embriagarse. Le acompañaban Bejarano y Hurtado y hacían lo posible por evitar que se excediera. Pero a las primeras copas ere hombre al agua y se entregaba a toda clase de extravagancias, armando verdaderos escándalos. Para colmo de males cayó enfermo, pero de veras, con un nuevo ataque palúdico que le tuvo muchos días en cama. Cuando se mejoró y abandonó el lecho, las elecciones habían pasado. No se inmutó al saber su fracaso. ¡Para lo que todo aquello le importaba! Ricardo sostenía que los autonomistas habían jugado sucio, porque Cabrera había resultado elegido por una minoría, como tercer diputado. Pero los candidatos gubernistas no les llevaban mucha ventaja. Con algún empeño la candidatura autonomista habría triunfado íntegramente o, cuando menos, la minoría habría correspondido a Salazar., que en ciertas provincias obtuvo una votación considerable. Fue en la capital y en Warnes donde Cabrera alcanzó una cifra algo más elevada. Pero era natural que así sucediera. La familia de Cabrera residía en Warnes y en la capital Salazar había abandonado la campaña por negligencia, embriaguez y enfermedad prolongada. Con morboso deleite comentaba su derrota.

-Es natural –repetía-. En todo sentido soy un fracasado.

En vano los elementos oficialistas le mandaron emisarios. Anularían la elección de Cabrera, cuyas credenciales estaban tachadas por fraudes comprobados. No le perdonaban sus excesos regionalistas ni su violencia en la propaganda política. Con una reclamación de Salazar, el ingreso de éste a la Cámara estaba asegurado.

Pero se negó en redondo. No quería reclamar nada. No tenía interés en ir al Congreso. Sólo pensaba en liquidar sus bienes y en alejarse del lugar en donde había sufrido tanto.

-¿A dónde pensás ir? –le preguntó Ricardo-. ¿A Europa?...

-Dirían que voy detrás de ella. Quiero probar fortuna en Estados Unidos. Allí hay campo para todos y pueden rehacer su vida los desengañados.

Pero pasaban los días y no se resolvía nada. Quería abandonar Santa Cruz y parecía que la tierra lo sujetara. Después de laboriosos trámites sólo consiguió vender una de las casas, con cuyo producto pagó a don Nicanor lo que debía de préstamos y adelantos, reservándose algún dinero para sus propias necesidades.

Seguía bebiendo, aunque en forma un tanto morigerada. El médico decía que el alcohol agravaba la dolencia palúdica y que era necesario evitarlo. Trataba de entretenerse volviendo a los libros, pero la lectura sólo le daba breves consuelos y distracción muy escasa. Como su visitante más asiduo era Hurtado y la tentación de la bebida era muy fuerte para ambos, empezaban por tomar una

copa, con la resolución de no seguir adelante. Tras muchas vacilaciones se servían otra y, con grandes propósitos de enmienda, se administraban la tercera, punto de partida de la serie interminable. Las intervenciones de Ricardo tenían muy mediocres resultados, y más bien le obligaban a acompañarlos. Para cuatro días de vida...

Doña Mercedes se preocupaba siempre por la salud de su sobrino y por todo lo que con él se relacionara, aun cuando en la pasada enfermedad, en un acceso de fiebre, Lucio se había negado a recibirla. Guardaba para ella el injusto resentimiento de no haber impedido el regreso de Asuntita a casa del marido. Respecto a su tío, tenía la vaga sospecha de que hubiera sido el inspirador de la conducta de don Basilio Pedraza, lo que tampoco era cierto. Sus relaciones seguían interrumpidas y Ricardo servía de intermediario para ciertas gestiones relativas a negocios, en que se requerían las informaciones y los consejos del antiguo apoderado. Pero el resquemor de Lucio continuaba, aun después de saber que la ayuda de don Nicanor en las elecciones de Montero había sido tan decidida y eficaz como si entre ellos no hubiera pasado nada.

Las negociaciones para la venta de la estancia marchaban lentamente, porque el presunto comprador se empeñaba en regatear el precio, y tanto Ricardo como el tío era de opinión que a Salazar lo estaban robando. Era preferible esperar una oportunidad más favorable o sacar el ganado y venderlo en partidas a los precios de plaza.

Lucio no llegaba a reponerse de la enfermedad. Aunque habían desaparecido los ataques agudos, persistían los efectos

perniciosos y los reflejos en el hígado y los riñones. El médico apelaba a todos los recursos aconsejados por la experiencia y a los últimos adelantos de la terapéutica para combatir el terrible azote de las zonas tropicales. Le suministraba quinina en inyecciones y le recetaba compuestos arsenicales. La tonificación del organismo se hacía difícil por la pérdida del apetito y por la psicosis del paciente, que se manifestaba en sus accesos de maniático. Había que agregar los estragos del alcohol para completar el cuadro.

Como la recaída era inminente y Ricardo comprendía que su amigo necesitaba cuidados más prolijos que los que podía proporcionarle la casera, pensó en realizar un plan que desde hacía tiempo venía madurando. En uno de sus viajes al norte pasó por casa de los Pedraza y habló con la Negra, pidiéndole que se trasladara a la ciudad para ocuparse del enfermo. La encontró algo resentida por el desvío con que Lucio la había tratado, pero dispuesta a ser útil si aquél la necesitaba y si era su voluntad que ella le asistiera. Convinieron en que Ricardo le mandaría un propio en caso necesario. Luisa ignoraba lo sucedido con Asuntita o, si algo sabía, prefería aparentar que lo ignoraba.

Por eso fue que un día, de los más agitados para el paciente, Ricardo le anunció que la Negra se encontraba casualmente en la capital, que había sabido de su enfermedad y que deseaba verlo. Vencida la resistencia, porque se encastillaba en el propósito de no recibir a nadie, aquella misma noche apareció la muchacha y Lucio la acogió con simpatía. Como el enfermo estaba agitado. Ricardo le rogó que se quedara. Se mostró tan

atenta y servicial, que no tardó en demostrar su utilidad. No se dejaba sentir sino por donde podía hacer falta. Insensiblemente fue tomando a su cargo la dirección de la quinta.

Cuando habló de regresar al campo, donde su presencia era indispensable, Lucio la retuvo diciéndole que todavía la necesitaba, por lo menos hasta ponerse fuera de cuidado.

-Tú me estás sanando –le dijo- ¿Por qué no me acompañas un poco más?

Tras de una corta vacilación ella tuvo que confesarle:

-Mi hijo me necesita. No tiene sino tres meses. ¿No te das cuenta de que es muy tierno para abandonarlo?

Él guardó silencio y le propuso, en transacción:

-Quédate por lo menos una semana.

Accedió la Negra y él le estrechó la mano.

La Negra se había desarrollado y se había embellecido con la maternidad. Era una real hembra, llena de atractivos y de gracia.

-¿Y por qué no te lo mandan? –interrogó, refiriéndose al niño-. Aquí hay sitio para que lo cuides.

-¿Y mis vaquitas?

-Que las atienda tu padre.

-Bueno...

-Te irás cuando te canses.

-Vos te cansarás primero. Nos iremos cuando ya no te hagamos falta.

Hablaba en plural, como si también el niño viniera a encargarse del enfermo.

-No es eso. Tengo que viajar pronto. Acompáñame siquiera hasta que me vaya.

Convinieron en ello y días más tarde Ricardo hacía la solmene presentación del señor don Ricardo Salazar y Pedraza: un pedacito de carne sonrosada, con unos ojazos negros e inquisitoriales.

-¿Ricardo? –preguntó Lucio.

-El nombre de su padrino –informó la Negra.

El aludido se pavoneaba.

-Ya ves que eras mi compadre sin saberlo –comentó festivamente.

Lo mejor que tenía el arrapiezo era que no molestaba. Instalado en su hamaca se pasaba las horas muertas charlando solo y moviendo las manecitas como si quisiera atrapar algo. Lucio no le miraba. Pero Ricardo le hacía mil fiestas y se complacía en repetir:

-Felizmente ha salido a la madre.

La Negra estaba en todo y se preocupaba especialmente de la comida, preparando para Lucio cosas agradables, nutritivas y sanas. La salud de éste se iba reponiendo poco a poco, si bien seguía mostrándose taciturno y enfurruñado.

Empezó a salir en las noches, acompañándose de Ricardo o de Hurtado. Como en la casa tenía que beber con moderación porque la Negra le exigía que obedeciera al médico, se reunía con amigos en el Universal y no era rara la vez que se recogía tarde y algo iluminado.

Ella le dejaba hacer y le cuidaba. Con muy buenos modos y sin insistir demasiado, sólo procuraba que no bebiera con exceso. Hizo venir una vaca de La Senda y le obligaba a tomar leche fresca en las mañanas, mezclada con unas gotas de coñac. Ordeñaba personalmente y le pasaba la tutuma desbordante, que él apuraba con gusto. Luego bebía ella y se burlaban el uno del otro al ver los bigotes blancos que les dejaba la espuma sobre los labios. La Negra era tan espontánea, tan natural y tan suave, que comunicaba a su alrededor una tranquilidad sedante.

Cuando venían amigos ella se eclipsaba discretamente para dejarles a sus anchas; especialmente si llegaba Ricardo, con quien sabía que Lucio celebraba largos conciliábulos. Sólo acudía cuando Bejarano la llamaba a gritos.

-¡Que venga mi comadre! ¿Dónde está mi ahijado? ¡Que se presente a saludar a su padrino con un discurso a lo Basilio Pedraza!

Ricardo quería mucho a la Negra, por buena y por resignada. Jamás se le oía una protesta, jamás una alusión a los motivos que podía tener Lucio para mantenerse apático, silencioso y alejado. Por su cuenta y riesgo el “compadre” organizó un buricito en el cumpleaños de Luisa, para lo cual vino Pituca y se invitó a otra muchacha. Hurtado era también

de la partida y tuvo la idea de traer música de banda. Como el motivo era tan especial, Lucio no se atrevió a oponerse a la celebración improvisada. Comieron, bebieron y bailaron. El carácter alegre y decidor de Pituca se impuso hasta el extremo de transformar en buen humor la murria del dueño de casa. Lo sacó a bailar y le empujó a hacer lo propio con la Negra y con la otra muchacha que también era del campo. Ricardo estaba radiante ¿Aquello no era el principio de una nueva vida para el desesperado?

Pero al día siguiente Lucio estaba más fosco que antes, como si hubiera cometido una debilidad de la que estuviera avergonzado. Se perdió de la casa por dos días y apareció al tercero en un estado lamentable: el traje sucio y la barba crecida. Había perdido el sombrero y volvía sin un centavo, aunque salió con una fuerte suma que acababan de entregarle. La Negra calló como siempre y se preocupó de darle de comer y de preparar el baño.

Luego se supo de cómo Salazar había caído en manos de unos sujetos de malos antecedentes y de conducta sospechosa, que le arrastraron a una guarida de placer barato. Allí le hicieron beber y le desvalijaron. Ricardo se alarmó, comprendiendo el peligro de que tal aventura fuera el principio de una serie de escapatorias semejantes. Y propinó a su amigo una reprimenda cariñosa y enérgica. La Negra callaba, pero con la pena retratada en la cara.

La hazaña se repitió, desgraciadamente, con una frecuencia harte inquietante. Lucio estaba agotando su salud, derrochando su dinero y entregándose a la crápula. Las cosas llegaron al extremo de que alguna vez le hallaron

tirado en la calle o dormido en un banco de la plaza. Por eso fue que la pobre Negra, sin protestar y sin quejarse, resolvió liar sus bártulos, coger a su hijo y desaparecer, trasladándose a la vivienda de unos parientes, mientras de La Senda venían a buscarla. Cuando, después de la última bacanal, Lucio volvió a su casa, se encontró nuevamente solo, más triste y abatido que nunca, más vencido y desmoralizado.

Se quejó a Ricardo:

-¿Ya lo ves? Todas son iguales. También ésa me ha abandonado. Velas y buen viento. El buey solo bien se lame.

-Pues tendrás que lamerte con mucho cuidado, porque estás que no hay por dónde cogerte. Te estás convirtiendo en una ruina humana. Sólo que ahora yo también te dejo y te juro que no volverás a verme en esta casa. Sos un monstruo de egoísmo y un hombre de una inconciencia que espanta.

-De modo que tú crees que ésa ha hecho bien en abandonarme.

-En primer lugar no te permito que la llamés “esa”, como si se tratara de una mujerzuela despreciable. “Esa”, es una mujer honrada, digna de respeto y de lástima. Su única falta consiste en haber caído en manos de un hombre sin consideración y sin alma. Me arrepiento de haber turbado su tranquilidad y de haberla traído para hacerla sufrir un trato tan inhumano.

-Nunca le he tratado mal...

¡No, qué ibas a tratarla mal! Hacías gala de tu indiferencia para con ella y con su hijo. Te dejabas servir como un amo,

sin una palabra cariñosa ni una mirada de gratitud para tanta abnegación. Pues ha hecho muy bien en irse. Ahora mismo voy a felicitarla.

-De manera que también estás en contra mía...

-¿Y quién no ha de estarlo? Mirá a tu alrededor y te darás cuenta de que matás todos los afectos que se te consagran... Asuntita, tus tíos, la Negra, yo... Acabarás por quedarte como un hongo.

Lucio tuvo una reacción salvadora. Abrazó a Ricardo y le dijo con expresión conmovida:

-Tienes razón. Soy un tipo despreciable. No soy digno de tu amistad ni del afecto noble y desinteresado de la pobre Negra. Pero es que soy tan desgraciado...

-Tu desgracia es pura autosugestión. Te empeñas en torturarte. Descuidás tu enfermedad y cada día los nervios te juegan alguna mala pasada. ¿No podés revestirte de un poco de carácter?

-Sí, estoy resuelto a cambiar. Vamos a buscar a la Negra y a pedirle que regrese. ¿Crees que me perdonará?

-No me cabe duda, aunque yo le aconsejaría que no lo hiciera.

-Haré lo que ella diga, porque he visto que me hace mucha falta.

-¿Y aquello del buey solo?

-Pura baladronada. Me sentía ofendido.

-Ofendido porque la víctima se rebelaba.

La Negra -¡quién lo hubiera creído!- tuvo la entereza de plantear sus condiciones. Volvería sí, pero siempre que Lucio cambiara de vida. Lo sometería a prueba y le dejaría para siempre si volvía a las andadas.

Lucio aceptó, corrido y humillado.

-Una cosa más -indicó la Negra-. Nos iremos a La Senda por una temporada. El doctor ha dicho que sólo podrás restablecerte en el campo, dejando de beber, comiendo bien, haciendo ejercicio y durmiendo temprano. Nada de amigotes chupacos.

-Nos iremos a donde quieras -concedió el atormentado-. Lo único que te pido es que no te ofendas por mis brusquedades y por mis cambios de carácter.

-El doctor dice que son los nervios. Yo no quiero violentarte. Como sé que estás enfermo tendré paciencia. Cuando estés sano podrás hacer tu voluntad. No te retendré a la fuerza.

Ricardo comentó a solas con la Negra:

-Comadre, lo que usted no haga por él, no podrá hacerlo nadie. Usted es su salvación. No lo desampare.

De la casita de La Senda, que el mismo Lucio le comprara, hizo la Negra un nidito humilde pero limpio y confortable. Llevaron algunos muebles, ciertos objetos indispensables y el saldo de la provisión de cerveza y licores que quedaba. El médico había aconsejado que no privasen a Lucio del alcohol

radicalmente. No se compraría más y esas pocas botellas serían administradas con cuentagotas. Un cajón de libros y las cachimbas eran el complemento del equipaje.

Si Lucio se hubiera encontrado en estado normal, aquella existencia monótona habría acabado por aburrirle. Pero como después de tantos excesos era casi un ente y su salud era tan precaria, no tardó en sentirse a gusto y acabó por acostumbrarse.

Se pasaba los días sentado a la sombra de la “cola de pato” o tendido en la hamaca, la pipa en la boca, a veces con un libro en la mano, a veces sin hacer nada, con la mirada perdida en el espacio. Se entretenía por largas horas siguiendo el paso de las nubes y buscándoles semejanzas con los objetos reales. Tan pronto se imaginaba un barco de vela como un castillo con almenas y torres; luego creía ver una mujer de formas opulentas, indolentemente recostada, un rebaño de ovejas o un caballo encabritado. Como el viento soplaba con fuerza en las capas superiores de la atmósfera las nubes pasaban hacia el sur en una sucesión de figuras caprichosas, variadas e interminables. Algo así como si ante sus ojos se desarrollara una gigantesca película cinematográfica.

Otras veces su atención se fijaba en la tierra, en los animales y en las plantas. Las hormigas constituían uno de sus favoritos entretenimientos. Le gustaba observar las filas interminables de los laboriosos insectos, ocupados afanosamente en el acarreo de granos de maíz y de arroz, de restos de comida y de hojas trituradas, hacia sus almacenes subterráneos. Algunos ejemplares de esa fauna minúscula, a veces de los más pequeños, sostenían sobre la cabeza,

arrastraban o empujaban pesos o volúmenes enormes, varias veces mayores que sus propios cuerpos. Y todo en un trajín incesante y presuroso, sin detenerse un momento, con una actividad que ya quisieran imitar los hombres.

A la hora de la siesta se ocupaba de los lagartos multicolores que abandonaban los matorrales y las guaridas, para celebrar reuniones en el descampado que se extendía delante de la casa. Salían a tomar el sol, azorados e inquietos, poniéndose a salvo al menor ruido sospechoso. Fueron tomándole confianza y, a sabiendas de que nada tenían que temer de aquel ser inmóvil, que lo mismo podía ser un hombre que un objeto inanimado, se acercaban cautelosamente y se quedaban mirándole con descaro, acezando rítmicamente. Verdes, rojos, azules, amarillos y grises. Los había de todos colores y de variadas dimensiones. Lucio los encontraba graciosos e inofensivos.

-¿Ya estás conversando con los jaúcis? -le decía la Negra-. ¿Te cansaste de las hormigas?

Él sonreía y continuaba su interminable silencio.

Solamente en las mañanas se sentía algo animado y se arriesgaba a dar una vuelta por los contornos. La Negra le arrastraba hasta el corral, para ordeñar y tomar leche. Después le mandaba solo por los chacos, a deambular entre los platanales que ostentaban el verde tierno de las hojas nuevas, anchurosas y tersas, mecidas por el viento como banderas tremolantes. Le complacía ver los arrozales que empezaban a doblarse bajo el peso de las espigas entre verdosas y amarillentas, al inclinarse impulsadas por la

brisa, en ráfagas uniformes en oleajes rumorosos y suaves. También se solazaba contemplando las inmensas manchas rojas de los ceibos floridos y los penachos de las palmeras que sobresalían por encima de la oscura sombra del bosque. ¡Lindo rincón el de La Senda! ¡Cuánta paz para su alma atormentada!

Algunos días llegaba muy temprano hasta la laguna bordeada de juncos y de floridas plantas acuáticas y se bañaba al aire libre, regresando a la casita para acabar su habitual aliño: camisa y pantalón de caqui y zapatones de cuero crudo. El almuerzo era frugal pero escogido, dentro de los recursos del campo: arroz, huevos, yuca y carne salada o de gallina.

Al cabo de un mes Lucio presentaba ya un aspecto robusto y hasta conversaba de naderías. Empezaba a interesarse por la vida. En ausencia de la Negra que, en los momentos libres de las atenciones de la casa, iba a ver a su padre o a chismorrear con las vecinas, solía aprovechar de que la sirvienta anduviera por la cocina para acercarse a la hamaca de Ricardito, hacerle algunas carantoñas y provocar sus risas. Pronto se hicieron buenos amigos y una tarde hasta llegó a tomar en brazos al pequeñín. En tal actitud le sorprendió la Negra y él, como si le hubieran descubierto en falta, se alejó corrido y avergonzado.

Don Basilio venía de vez en cuando, pero se retiraba algo cohibido por la actitud reservada que notaba de Lucio. La situación irregular no era un obstáculo para que el padre de Luisa lo considerara como miembro de la familia. La que ponía una nota alegre con sus visitas casi diarias era Pituca,

siempre ocurrente y dispuesta a burlarse de las tristezas de su cuñado postizo.

Ricardo venía de tarde en tarde, especialmente cuando volvía de Santa Cruz y entonces era portador de noticias frescas. Se ocupaba de los negocios de su amigo y de sus cuentas. Sus informaciones eran interesantes aun cuando Lucio las recibía con aparente indiferencia. ¿Qué se le daba a él que Cabrera, cuyas credenciales fueron tachadas en La Paz, hubiera cantado la palinodia y se hubiera entregado al Gobierno con armas y bagajes, renegando del autonomismo y de sus prédicas, a cambio de ser admitido en la Cámara? ¿Qué le importaba el precio del ganado y de los productos de Cordillera? ¿Qué, las hablillas de necios y desocupados, que comentaban su reclusión en el campo y la atribuían a causas diversas? Hasta se decía que estaba atacado de lepra.

Las veleidades políticas de Cabrera y su pandilla eran cosas previstas y descartadas. Los nombramientos para algunos cargos en favor de connotados autonomistas, demostraban que los campeones de la causa cruceña se daban por satisfechos. La Región había virado en redondo y defendía la política del Gobierno. Lucio se encogía de hombros. ¡Que les hiciera buen provecho! Y respecto a sus asuntos personales, que Ricardo obrara como creyera conveniente. Lucio insistía en vender la estancia. Quería estar libre para irse en cuanto se sintiera fuerte. Lo que realmente le preocupaba, aunque quería aparentar otra cosa, era el comentario sobre su conducta y su vida. ¿Por qué se empeñaban en mortificarle? La verdad era que todavía no llegaba a serenarse. Su primera intención fue la

de aturdirse, mientras realizaba el proyecto de expatriarse. Quería que Asuntita supiera el daño que le había hecho y que, a lo menos, alguna vez se sintiera invadida de remordimiento. Pero aquella maldita enfermedad que le obligó a recibir en su casa a la Negra, torció sus planes y dio pábulos a la creencia de que buscaba alivio en los brazos de otra mujer, precisamente a la mujer que había sido la causa del rompimiento. Y cuando quiso librarse del yugo, refugiándose en la disipación y el libertinaje, resultó que esa compañía le era necesaria, que no podía prescindir de ella, porque en su desolación y en su abandono era un consuelo y una ayuda, que la costumbre había hecho indispensables. Por obra de las circunstancias se veía, pues, amarrado a una alianza no buscada, dando lugar a comentarios que seguramente habrían llegado hasta Asuntita, provocando su desprecio y afirmando su convicción de haber procedido bien al abandonarle.

¿Qué extraño sino le había conducido a esos extremos?

No comprendía que era una víctima de su falta de voluntad. Había permitido que se le infiltrasen las tres peligrosas ponzoñas que en Santa Cruz no perdonan a nadie: la política, el alcohol y las mujeres. De la primera creía haberse librado, gracias a su carencia de ambición y a la conciencia de su superioridad intelectual, que le ponía a cubierto de las vanidades lugareñas. Hasta agradecía las experiencias que le proporcionaban la suerte.

Pero no podía emanciparse del dominio de los otros dos venenos. El alcohol, que empezara por ser un antídoto contra el aburrimiento y contra la ausencia de estímulos espirituales,

acabó por convertirse en requerimiento imperioso y en tiranía obsesiva y lacerante. El amor le había atraído siempre, como una inclinación propia de su temperamento sensual y de su genio romántico. Sus pasadas aventuras, hasta las más intensas, no dejaron en su corazón otra huella que la del recuerdo complacido o ligeramente mortificante. Pero aquellos arrebatos pasionales, aquellas crisis espantosas que en sus relaciones con Asuntita llegaron a dominarle, eran para él cosas nuevas, a las que no estaba acostumbrado. Ahora se confesaba que bajo tales influencias fácilmente habría llegado al crimen. ¿Tendrían razón los autores nórdicos que pintaban en páginas exóticas e inquietantes lo que es “el amor en los trópicos”, lleno de violencia pasional y sanguinaria? ¿O sería la extraña seducción de la mujer cruceña la que producía esas exacerbaciones colindantes con la insania?

Conversando una tarde sobre estas cosas con Ricardo, que estaba muy lejos de ser un espíritu superficial y poco cultivado, porque amaba la lectura y poseía un agudo sentido de observación y de análisis, Lucio se orientó un tanto en el dédalo de sus cavilaciones, aunque no llegó a conclusiones definitivas ni del todo satisfactorias sobre su caso.

—Con relación al amor —comentó Bejarano— insisto en que tu dolencia es en gran parte imaginaria. Es el fruto de cierto desequilibrio ocasionado por la debilidad nerviosa que te ha producido la malaria. Ya se te pasará, aunque no lo creas. Otros afectos te devolverán la calma. Lo del alcohol es mucho más grave. Sólo te librarás su dominio a fuerza de carácter. Por suerte estás al principio. El

alcoholismo es un mal endémico que tiene acogotada a nuestra población, así en la ciudad como en el campo. Causa horrores en todo orden, tanto en lo físico como en lo moral. Es el agente más activo de la degeneración de nuestra raza. Y sus principales víctimas, no te quepa duda, son los forasteros o los inadaptados. Podría citar decenas de muchachos distinguidos, de familias acomodadas, que salieron a ciudades del interior o al extranjero, a Europa, a los Estados Unidos, a Chile, a Buenos Aires, para estudiar una carrera, que terminaron o no terminaron, pero que al volver a Santa Cruz se sintieron extraños y desorientados. No tardaron en darse a la bebida. Profesionales que habían hecho estudios brillantes, que tenían gran porvenir, a los pocos años estaban convertidos en verdaderos despojos humanos. El médico Cáceres, el dentista Gonzáles, el abogado Aguayo, son casos recientes de *delirium tremens*, que todo el mundo recuerda con lástima. De tal influencia sólo se salva el que quiere salvarse. No puedo creer que un hombre como vos siga esa pendiente. Sería una lástima.

-Te aseguro que yo no siento la necesidad de beber, ni el impulso irresistible de hacerlo como lo sienten otros. Bebo de puro desesperado. Te prometo que sabré contenerme.

Una carcajada de Pituca interrumpió el diálogo.

-¡Bravo! —exclamó—. ¡Bravísimo! Resolución tan heroica merece un trago.

Y ella misma les sirvió un coctelito de mucuri.

La verdad era que en los cuatro meses transcurridos desde que Lucio se refugiara en La Senda, ni una sola vez había

bebido hasta embriagarse. Con delicadeza extraordinaria la Negra no trataba de privarle totalmente del alcohol, sino que se lo permitía con medida y con intervalos cada vez más largos. Tenía aleccionado a su padre para que en sus visitas no pidiese ni aceptase bebida alguna, bajo el pretexto de que a Lucio le hacía daño. Don Basilio protestaba, diciendo:

-Caramba, hija. Seguro que vamos a apolillarnos. En el gusto por el aguardiente se diferencia el hombre de los animales.

Ricardo vino un día con la noticia de la muerte de Natalio Peñarrieta, uno de los diputados designados por mayoría en la misma elección en que Lucio fue derrotado. También era portador de un telegrama, por medio del cual el presidente de la Cámara invitaba a Salazar a incorporarse al Congreso, como representante. Lucio no demostró interés especial por el asunto, pero Ricardo y la Negra vibraron de entusiasmo y pusieron el grito en el cielo cuando él les dio a conocer la intención de renunciar al mandato.

¡No faltaba más! ¡Qué disparate! Era la oportunidad de que Lucio tomara su desquite. El viaje a La Paz le vendría de perilla. El cambio de clima es lo mejor para el paludismo. En el Congreso se haría conocer y luciría sus dotes.

Y aunque nada conseguía animar al desencantado, se dejó convencer y regresaron a la ciudad para disponer el viaje. La Negra se quedaría en la quinta, porque ya tenía dos meses de embarazo. Salazar rehusó las fiestas de despedida preparadas por los “correligionarios”. Declaró que éstos eran gubernistas y que él quería permanecer independiente.

En la sede del Gobierno no tardó mucho tiempo en darse cuenta de la mediocridad del ambiente y del círculo interesado y mezquino en que se desenvolvía la política. Presentó algunos proyectos de ley y los defendió flojamente, por su impericia en la práctica parlamentaria. Se quedaron durmiendo en las comisiones y los otros representantes cruceños se desentendieron de ellos, porque no llevaban sus firmas y no les interesaba que surgieran, aunque algunos revestían importancia. Aburrido y desanimado, Salazar se dedicó a la vida de club y a la baja galantería de burdeles y lupanares. Ni para qué agregar que todo eso recrudeció en él la inclinación a la bebida y derivó en cierta afición al juego, que anteriormente no tuvo.

Regresó al cabo de tres o cuatro meses, más abúlico y más desmoralizado. Ya no pensaba en liquidar lo poco que tenía, ni en marcharse al extranjero. Decididamente Santa Cruz había acabado por dominarle.

El tiempo fue pasando y su vida se tornó vulgar, monótona y rutinaria, sin más variantes que los viajes anuales al Congreso, de los que regresaba sin dinero y sin otros lauros que los muy efímeros de algún proyecto inocuo, de algunas “minutas de comunicación” que no producían ningún resultado. Cuando terminó el periodo, comprendió que era inútil insistir, porque ya nadie quería apoyarle ni la política le interesaba.

Por influencia de Ricardo se casó con la Negra, que le había dado ya tres hijos y que corría con el manejo de sus mal librados intereses, ocupándose de todo, incluso de la marcha de la estancia. Era una gran administradora y a su

celo infatigable se debía que la familia se mantuviera a flote, mientras el marido jugaba, bebía y, si no alcanzaba todavía el más bajo nivel de la degradación, era sólo por la energía tranquila pero firme de aquella mujercita admirable. Del Lucio que llegó de Europa no quedaban ni los rastros. Los clásicos franceses y las ediciones raras yacían en el fondo de un cajón cubierto de polvo y telarañas. Las estatuillas de porcelana o de bronce andaban rodando por ahí, descabezadas. Para nada le servía la profesión. Acabó por aceptar trabajitos de agrimensura, mezquinamente remunerados. De los instrumentos de ingeniería sólo quedaban restos destrozados.

A veces se veía a Salazar transitando por las calles, trémulo, mal vestido, con el paso vacilante y la mirada extraviada. Ni la sombra de aquel gallardo mancebo que llegara diez años antes, con la cabeza poblada de ilusiones, con una salud de hierro y con ímpetus espirituales suficientes para llevarse todo el mundo por delante.

Una tarde que el señor Wilson y don Marcelino Buceta le vieron pasar por la plaza, rehuyendo el encuentro con personas conocidas, comentaron en voz baja:

-Ahí va Salazar. ¡Qué lástima! A ése también se lo tragó el ambiente. ¿Hasta cuándo esta tierra tan hermosa y tan rica malogrará tantas inteligencias en flor y marchitará tantas esperanzas?

El que se expresaba así era el bueno del inglés, cada día más viejo y maniático, pero siempre pulcro y atildado. Don Marcelino le contestó, con su invariable fe en el futuro de su pueblo:

-¿Cuándo? Cuando esta tierra de promisión despierte a la vida por el contacto con el mundo, por una inmigración que le inyecte nueva sangre y por la implantación de la industria en gran escala. Cuando esta raza inteligente, que desciende de hombres esforzados, reciba el estímulo económico de los caminos, de los ferrocarriles y de la navegación aérea. Yo no creo que ese día esté muy lejano.

-Amén –corroboró el señor Wilson, adoptando los aires del más auténtico pastor anglicano.

FIN